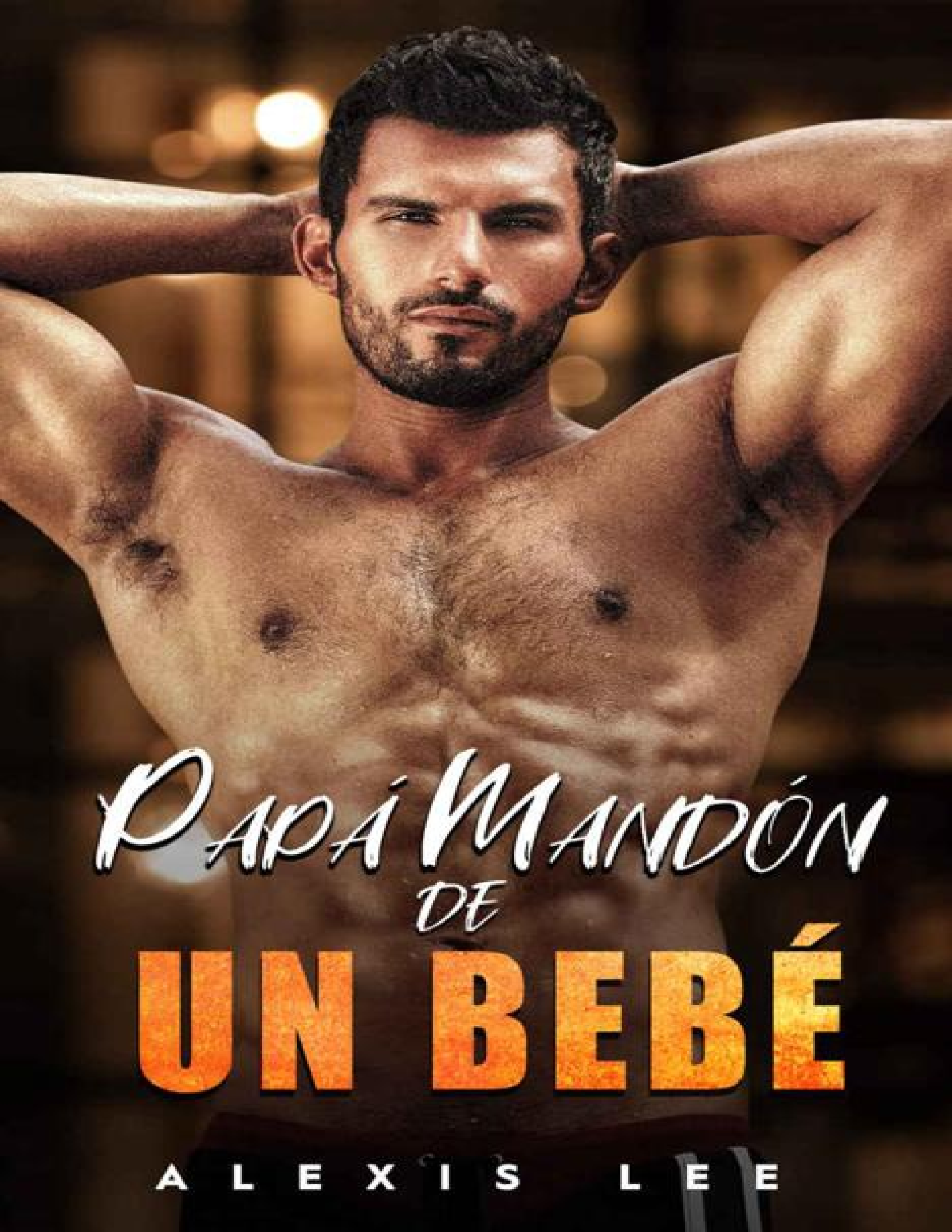

Papá Mandón
de
UN BEBÉ
ALEXIS LEE

PAPÁ MANDÓN DE UN BEBÉ

Un romance de segunda oportunidad con un bebé secreto

(Bebés y papás alfasexy)

ALEXIS LEE

Copyright © 2024 by Alexis Lee.

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Capítulo 1

Angelica

Si el sexo desarrollara piernas y una personalidad de mierda con una estructura ósea espectacular, sería este hombre.

Una mueca estropea sus facciones cinceladas, contorsionando sus pómulos afilados y enfatizando sus labios. De alguna manera, aún lucen suaves y atractivos, el labio superior un poco más lleno que el inferior y distintivo con su forma de arco. Tengo que estirar el cuello para mirar su rostro, y con la luz de la lámpara de araña enmarcando su halo de rizos oscuros y rebeldes, parece algo que el mismo Miguel Ángel habría esculpido. Unos ojos como nubes de tormenta me miran con desprecio, desbordantes de fastidio e ira. Instintivamente, me interpongo entre él y Camry.

¿Estás preparada para enfrentarte a un hombre que parece casi el doble de tu tamaño en altura y peso, Angelica?

Él arquea una ceja perfectamente arreglada ante mi acción, y mi estómago da un vuelco como si fuera una trapecista.

No, no lo estás.

—¿Y bien? —dice, y mis mejillas se calientan de fastidio por su tono.

Aun así, tengo que reprimir el impulso de estremecerme cuando el rico barítono de su voz me envuelve. Profunda y ronca, me distrae de nuestro predicamento actual. ¿Por qué estamos aquí de nuevo? ¿Se supone que debo estar enojada con él por algo? Casi olvido que me ha hablado hasta que Camry aprieta mis dedos otra vez. Le devuelvo el apretón.

—¿Y bien qué? Dios mío, reacciona. Estoy chillando.

—¿Y bien, va a disculparse por derramar mi bebida?

Parpadeo. —Estaba intentándolo antes de que le gritaras —digo, con palabras cargadas de ira.

Cierto, por esto estamos enojadas con él. Es un imbécil. Había armado un escándalo cuando Camry derramó su bebida en su regazo. Su amigo se había ido a buscarle un pantalón de repuesto, pero él había seguido intimidando a Camry. Finalmente intervine cuando parecía que Camry estaba al borde de las lágrimas. Ella es la más sumisa de las dos, pero a veces intento dejar que libre sus propias batallas.

—Esperaba que se disculpara trayéndome otra bebida —dice, girando el hielo restante en su vaso, pareciendo aburrido con la conversación.

—Yo esperaba que te disculparas por ser un imbécil —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. No digas nada más. No digas nada más. —Claramente fue un accidente. Todos vieron a Amanda hacer tropezar a Camry —Continúo porque ya estoy lanzada—. Son clientes como usted, señor, los que dan mala reputación a los ricos. Vienen a los restaurantes con su mala actitud, traje caro, cara bonita y egocentrismo inflado. Luego hacen llorar a los empleados para alimentar su frágil ego y esperan que les besemos el trasero.

Camry jadea y aprieta mi mano de nuevo, más fuerte esta vez. Una advertencia de que me estoy aventurando en territorio peligroso, pero este estallido es una combinación de muchas cosas. No solo por la forma en que le había hablado a Camry cuando derramó el whisky sobre él. Es el estrés de trabajar horas extra para ganar lo suficiente para pagar la hipoteca y las facturas médicas pendientes este mes, combinado con la falta de sueño por quedarme despierta aún más tarde de lo habitual para terminar las tareas y mantenerme al día con mis cursos y el próximo aniversario de la muerte de mi madre.

—¡Noticia de última hora, amigo, no importa cuán caros sean tus trajes o cuánto ganes, no tienes derecho a nada! —No sé cuándo nos acercamos tanto, pero mi dedo está clavado en su pecho, y él me mira con una emoción desconocida en sus ojos. Algo oscuro y ardiente. Mis instintos me gritan que me aleje de él, como una sirena sonando en mi cabeza, advirtiéndome que estoy en peligro. Su mandíbula está tan apretada que los músculos de sus mejillas saltan erráticamente. Tengo la sensación de que está luchando por controlarse. Conteniéndose para no arremeter.

Camry me jala hacia atrás, y tropiezo con ella. —Lo-lo siento mucho —balbucea.

Abro la boca para decirle que no tiene que disculparse, pero ella me calla con una mirada. El hombre continúa mirándome, aunque yo estoy mirando a Camry con incredulidad.

—Te traeré una nueva bebida, o p-pagaré la tintorería de tus pantalones. Solo... por favor, perdónanos.

—Olvídalo —dice. Su tono carece del fastidio de antes, pero hay algo ahí. Algo que se derrite en mi estómago como cera caliente. Algo carnal. No ha apartado la mirada de mí, pero la intensidad de esos ojos de nube de tormenta hace que mi piel se caliente—. Tu amiga tiene ra...

—¿Qué está pasando aquí? —La voz chillona y estridente de Henrietta lo interrumpe.

Camry y yo intercambiamos una mirada nerviosa mientras la atención del hombre se centra en la mujer mayor. Nos volvemos hacia ella, soltándonos en el proceso. Desde que llegamos al restaurante esta noche, pudimos notar que Henrietta lo gobierna con su puño perfectamente manicurado. Su reputación de despedir y poner en la lista negra a los empleados no ayuda. Es exactamente el tipo de mujer hermosa que Disney contrataría para interpretar a una villana. Cabello rubio platino, ojos azul cielo, facciones perfectamente simétricas. Si no tuviera cerca de cincuenta años y obviamente no se inyectara Botox como si fuera una cura para todo, incluso podría ser agradable a la vista.

—Nada —chilla Camry. Aclara su garganta e intenta de nuevo—. Ya lo hemos solucionado. Iba a traerle otra bebida...

Henrietta jadea dramáticamente cuando sus ojos se posan en la entrepierna húmeda del hombre. Sus manos huesudas cubren su boca. —Oh, querido, ¿ellas hicieron eso? —pregunta.

Camry y yo entrecerramos los ojos ante el falso tono de simpatía. —Lo siento mucho. No son nuestras. Son de una agencia de espera que el hotel insistió en contratar para ayudar con el evento benéfico señor...

—Emory. Llámeme Emory —dice el hombre. Su expresión se ha cerrado, sus ojos ahora tan oscuros que casi son negros mientras observa a Henrietta. Emory. El nombre le queda bien.

—Lo siento mucho, Emory. Soy Henrietta, la maître. Ninguno de mis empleados habría causado semejante desastre —se acerca a él pavoneándose, sus tacones repiqueteando en el suelo de mármol mientras se interpone entre Camry y yo para llegar hasta él—. ¿Ninguno se ofreció a limpiar esto? Puedes usar mi oficina para cambiarte, y me ocuparé de ellos de inmediato.

Nos lanza una mirada fulminante, y mis rodillas tiemblan.

Oh, Dios. Va a contarle lo grosera que fui. Si me despiden de la agencia por su culpa, estoy perdida. Nunca encontraré otro trabajo que dé tantas propinas y se ajuste a mi horario escolar. Nunca ganaré lo suficiente para pagar la hipoteca y las facturas del hospital de mamá este mes. Perderé la casa.

—Eso no será necesario —dice Emory con suavidad. Da un paso alejándose de Henrietta, sus ojos se posan brevemente en mí antes de volver a ella.

—¿Estás seguro, Emory? —pregunta ella, acercándose un poco más, prácticamente ronroneando. Mis labios se curvan por sí solos.

Emory levanta una ceja ante el evidente intento de coqueteo de Henrietta—. Estoy seguro —responde—. Otra de tus camareras hizo tropezar a Camry. Fue un accidente.

Mi mandíbula cae. Los ojos de Camry se abren de par en par. Henrietta hace una pausa.

—¿Es eso cierto? —Vuelve sus ojos escépticos hacia nosotras mientras Emory continúa.

—Sí, ella no tenía la intención de derramar la bebida. No es gran cosa —Se encoge de hombros.

Mete las manos en los bolsillos, y me maldigo a mí misma por mirar cómo la tela de sus pantalones se estira sobre los músculos de sus muslos.

—Si acaso, busca a esa otra camarera y dile que madure.

Henrietta frunce los labios—. Aún puedes venir a mi... quiero decir, usar mi oficina para cambiarte.

Los ojos de Emory se entrecierran—. ¿Hay algo malo con el baño?

—¡Oh, no! —Henrietta se retracta—. Por supuesto que no. No hay nada malo con...

—Bien. Entonces puedo cambiarme allí —la interrumpe—. Lo siento, pero molesté a Camry y... a su amiga.

Me toma un rato darme cuenta de que está esperando que le diga mi nombre. Mantengo la boca cerrada. Ya siento que estoy corriendo un riesgo solo por estar en la misma habitación que él.

Henrietta frunce el ceño, y Camry me mira de reojo. No estoy segura de por qué no quiero

decirle mi nombre, pero no lo hago.

—Molesté a Camry y a su amiga —repite, con sus ojos fijos en los míos.

Un escalofrío recorre mi columna por la forma en que esos ojos parecen acariciarme. Por un momento, me pregunto cómo han cambiado las cosas tan drásticamente. ¿Cuándo pasamos de la ira a la atracción? —¿Hay alguna forma en que pueda compensarlas? Parece que les he causado cierta... angustia.

Henrietta frunce el ceño. Obviamente no le gusta esta sugerencia. Y a mí tampoco.

—¿Quieres compensarlas después de que una de ellas derramó tu bebida? —pregunta Henrietta, con incredulidad en su voz.

—Una propina —sugiere él—. Por causar una escena.

De repente, me vuelvo hiperconciente de mi entorno. El hecho de que estemos en las afueras del área de asientos del restaurante no quita que la gente en las mesas cercanas vio nuestra pequeña discusión y mi pequeña crisis. Una pareja mayor nos mira fijamente. Junto a ellos, un hombre y una mujer, posiblemente hermanos, también prestan mucha atención.

Henrietta fuerza una risa—. No seas tonto, Emory. Si acaso, ellas deberían estar ofreciendo compensarte a ti.

Camry palidece, y yo miro con furia a Henrietta.

—Eso no va a suceder —dice Emory—. Y realmente esta no es una decisión que te corresponda tomar. Se me permite dar propina a Camry y a su amiga, ¿verdad? Hasta donde sé, no va en contra de la política del restaurante.

Henrietta retrocede como si la hubiera abofeteado físicamente. Bien podría haberlo hecho—. Bueno, por supuesto. Tienes razón, Emory.

Emory se vuelve hacia Camry y hacia mí y busca su cartera. Parpadeo mirando sus manos y luego a Camry, quien niega sutilmente con la cabeza. No quiero su dinero, y Camry tampoco.

—Gracias, Emory —empiezo, acercándome a Camry—. Apreciamos la oferta, pero independientemente de las circunstancias, aún te debemos una...

—No me deben nada.

—...bebida. Lo que intento decir es... Por favor, quédate con tu dinero.

Por el rabillo del ojo, veo a Henrietta asentir con aprobación. Emory se detiene con la cartera abierta.

—Lo siento de nuevo —dice Camry, finalmente interviniendo—. Normalmente no soy tan torpe. Reemplazaré tu whisky.

—Insisto —intenta él.

Camry niega con la cabeza—. No es necesario. Guárdalo para tu nuevo camarero.

Asiento.

—Además, me siento mal por... por arruinar unos pantalones tan bonitos.

Emory inclina la cabeza hacia Camry, quien rápidamente baja la mirada a sus pies. Se vuelve hacia mí, sus ojos una vez más adoptando esa emoción extraña que hace que mi estómago dé volteretas.

Me encojo de hombros—. Estoy de acuerdo con Camry.

Henrietta aplaude ruidosamente para disipar los últimos restos de tensión en el aire—. Muy bien —anuncia—. Me alegro de que esto se haya resuelto. Señoritas, vuelvan al trabajo. Emory, espero que disfrutes del resto de la noche y, por supuesto, gracias por cualquier contribución que hayas hecho a la caridad.

—De nada —dice él.

Henrietta hace un gesto amplio con la mano, indicándonos que nos vayamos. Camry se apresura después de lanzarme una mirada severa. Supongo que discutiremos mi crisis con Emory después del turno. Recojo mi bandeja y empiezo a seguirla, cuando Emory se acerca para detenerme.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Mis nervios se alteran con el contacto. Mi piel se calienta tan rápidamente bajo su toque que casi aparto el brazo de su agarre. Henrietta se aclara la garganta.

—Puedes hablar con ella después de su turno —interviene—. Ya ha perdido bastante tiempo.

Respiro aliviada cuando me suelta.

—De acuerdo entonces —dice, y esos ojos grises se encuentran con los míos intensamente mientras se dirige a mí directamente—. Te estaré esperando.

Capítulo 2

Emory

La risa de Jackson resuena en la espaciosa sala, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, ganándonos miradas de desaprobación de las mesas vecinas.

—No es tan gracioso —refunfuño en mi vaso.

—Definitivamente lo es. —Su risa se disuelve en risitas—. Deberías estar agradecido de que finalmente te haya convencido de salir. Esta es la mayor emoción que has tenido desde que te hiciste cargo de la empresa.

Gruño mientras escaneo la sala en busca de la familiar cabeza de cabello castaño brillante. —No llamaría a esto emoción. Casi les cuesta sus trabajos, Jackson.

—Al menos reconociste tu error antes de que fuera demasiado tarde —dice Jackson sarcásticamente y se encoge de hombros.

Frunzo el ceño. Un recuerdo de la expresión afligida en el rostro de la joven camarera cuando Henrietta había sugerido que ella se "encargaría de ellas" cruza por mi mente. Era evidente que necesitaba este trabajo y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para mantenerlo. Quiero saber por qué. Por alguna razón, siento curiosidad por ella. El sentimiento es tan extraño para mí que no puedo hacer nada más que beber de mi vaso y fingir que no la estoy buscando.

El Wild Heart ocupa las dos plantas superiores del Four Seasons, Pensilvania. Con sus áreas de comedor de concepto casi completamente abierto en ambos pisos y una increíble vista de 360 grados del centro de Pensilvania, no es sorprendente que esté clasificado como uno de los mejores lugares para cenar en la ciudad. Desde sus relucientes suelos de mármol hasta las ostentosas lámparas de araña, tapicería de terciopelo y paredes de color crema, el lugar es la definición de diccionario de comida lujosa.

Escaneo la sala de nuevo en busca de cabello castaño satinado. Al no encontrarla, me vuelvo

para tomar un sorbo de mi vaso y me encuentro con la mirada conocedora de Jackson.

—No estás siendo muy discreto, Emory. Si vas a pasar el resto de la noche lamentándote por una mujer a la que—me señala con su vaso—casi haces que despidan, entonces me voy a mi habitación.

Jackson me lanza una mirada significativa cuando mi cabeza se gira bruscamente hacia las puertas dobles que conducen a la cocina cuando se abren. La persona que sale no es la amiga de Camry. Frunzo el ceño.

—¿Para qué dijiste que era este evento benéfico? —pregunto. Los invitados de esta noche parecen ser mayormente ancianos. Y, por supuesto, extremadamente ricos. Mi padre jamás sería visto muerto en estos eventos. Le gustaba fingir que era más joven de lo que era.

—Es para el Hogar de Ancianos de Pensilvania —chasquea Jackson—. ¿No leíste la invitación?

—Alyse la leyó.

—¿Te refieres a la asistente que despediste hace tres días? —señala Jackson—. ¿Al menos hiciste una donación?

—Lo hice.

Jackson me estudia por un largo momento. Sus ojos dorados brillan con algo conocedor. Me mira tanto tiempo que empiezo a inquietarme. —¿Cómo lo estás llevando, Emory?

—Estoy b...

—Antes de que me mientas, recuerda con quién estás hablando.

Mi mandíbula se cierra de golpe. Jackson no es alguien que he conocido recientemente. No es un colega de trabajo o un cliente. Es mi mejor amigo y la única persona que ve más allá del exterior áspero, que me ve como algo más que solo el despiadado hombre de negocios y uno de los solteros más codiciados de California. Termino el resto de mi whisky de un solo trago y me recuesto pesadamente contra el suave respaldo acolchado de mi silla.

—Está mejor que cuando él lo dejó —empiezo—. Tengo las finanzas en marcha, nuevas empresas entrando y socios que quieren una parte del pastel. Me ha llevado cinco malditos años, Jackson, pero finalmente nos he sacado de ese agujero infernal. Es hora de empezar a

expandirnos, pensar en grande. La junta está indecisa porque creen que soy demasiado joven, que mis ideas son demasiado audaces.

—Bueno, en primer lugar, felicidades por arreglar tú solo la mierda que tu padre dejó atrás...

—No fue solo. No finjas que no ayudaste.

—Sí, bueno, ayudé con la ejecución. Tú fuiste el cerebro, Emory. Más te vale estar malditamente orgulloso de ti mismo. La tía Lucy lo estaría.

Al mencionar a mi madre, sonrío. Demonios, sí que lo estaría. Ana también, me doy cuenta. Ambas estarían orgullosas de mí. La familiar culpa que me consume cada vez que se menciona a mi familia surge con venganza, pero he tenido años para enmascarar esa reacción.

—¿Crees que estén enojadas porque corté lazos con papá y Adam?

Jackson se congela ante mi pregunta, con el vaso a medio camino de sus labios. Sé que es porque rara vez he hablado de mi padre y mi hermano desde el accidente. Desde que mi padre se dio de alta de rehabilitación por tercera vez, solo para que yo lo llevara de vuelta. Desde que mi hermano dejó de responder mis llamadas y de hablarme en general. Hasta hace poco, eso es.

—No, creo que lo entenderían. Incluso la familia puede ser tóxica a veces.

—Eso es cierto. —La culpa sigue royéndome. Mi agarre en el vaso vacío se aprieta mientras recuerdo la última discusión a gritos que tuve con mi padre.

—Hablando de familia... ¿Jas sigue evitándote?

Bendita sea el alma de Jackson Anton por conocerme tan bien.

Suspiro. —Como si fuera la peste. Ni siquiera responde mis mensajes. Te juro, Jackson, que no tenía idea de que se sentía así por mí. Jas ha sido como una hermana pequeña para mí. Era la mejor amiga de Ana.

—Lo sé, Emory. —Jackson toma un sorbo de su vaso, sacudiendo la cabeza divertido—. Eres terriblemente despistado.

Me río. —Juro que es solo cuando se trata de mujeres.

La expresión de Jackson se vuelve seria. —He oído que Adam ha estado en contacto con la junta directiva para conseguir un puesto entre los ejecutivos.

Suspiro. —No lo entiendo. Nunca ha querido saber nada del negocio. Lo odia. Siempre ha sido así. Es un ingeniero de corazón. Entonces, ¿por qué ahora? ¿Por qué mostrar interés ahora? No nos hemos hablado en más de un maldito año.

—Quizás por fin se siente culpable por dejarte manejar todo lo de tu padre, además de lo de la tía Lucy y, em, el fallecimiento de Ana.

Me burlo. La última vez que Adam me habló, me recordó amablemente que era mi culpa que estuvieran conduciendo en primer lugar. —Lo dudo.

—Oye, sigue siendo tu hermano pequeño. Tal vez estaba lidiando con todo de manera diferente a ti, pero también los perdió, Emory.

Trago saliva. Los ojos de Jackson están sobre mí, pero los míos vuelven a escanear la habitación. Las puertas dobles en el extremo opuesto de la sala que conducen a la cocina se abren, y mi ritmo cardíaco aumenta cuando vislumbro un cabello castaño. Frunzo el ceño cuando un camarero sale con una bandeja de comida. No es ella.

—Oye, ¿has notado que Camry y su amiga no han salido de la cocina?

Jackson frunce el ceño. —No puedes evitar este tema cada vez que surge, Emory. Tendrás que hablar de ello algún día. —Suspira—. ¿Cuál es Camry? ¿La que hiciste llorar?

Un dolor sordo comienza en mi pecho que ignoro diligentemente. —Sí, espero no haber arruinado su noche.

—Definitivamente lo has hecho —reflexiona Jackson—. Ve a buscarla y discúlpate adecuadamente.

—Lo intenté —resoplo.

—No, intentaste tirarles dinero como haces con cada inconveniente en tu vida. Y no funcionó. Un consejo, intenta usar palabras.

Pongo los ojos en blanco mientras me levanto. —Iré a buscarla. Con suerte, podré tener un momento a solas con su amiga. Tampoco la he visto.

La sonrisa de Jackson es astuta.

Rápidamente expliqué. —Para poder disculparme apropiadamente con ella también.

—Esa es la guapa que te llamó la atención por ser un imbécil, ¿verdad? —Jackson sonríe lascivamente—. Por supuesto que te sentirías atraído por ella.

Lo ignoro. Detengo a una de las camareras para preguntar por el paradero de Camry. Me dice que busque cerca de la entrada. Encuentro a Camry cerca de la entrada del restaurante hablando con la maître. La misma mujer rubia y delgada que había intentado llevarme a su oficina antes. Camry no parece estar angustiada, así que espero hasta que su conversación termina y la mujer se ha ido antes de acercarme.

—Camry —la llamo para captar su atención.

Ella gira y se congela cuando me ve. ¿He traumatizado potencialmente al personal porque no pude controlar mi temperamento? Muy posiblemente. —No estoy tratando de causarte más problemas —explico, mientras meto las manos en mis bolsillos—. Solo quería disculparme por mi comportamiento y la forma en que te hablé antes. —Hago una pausa y escaneo la habitación —. ¿Está tu amiga por aquí? La he estado buscando.

Camry da un paso atrás y parpadea hacia mí. —Le quedan unos treinta minutos hasta su próximo descanso. La encontrarás en los baños del personal entonces.

—Oh, no la he visto sirviendo...

—Está atendiendo las mesas VIP arriba —dice, sus ojos revoloteando por la habitación.

Inmediatamente miro hacia arriba a mi izquierda, donde el balcón de marfil obstaculiza mi vista de los clientes sentados en esa sección. Frunzo el ceño y vuelvo a mirar a Camry.

Está mirando a todas partes excepto a mí. No parece en nada a su amiga. Su amiga es obviamente la más atrevida de las dos con su lengua afilada y mirada implacable. Su amiga me habría mirado a los ojos. Mis labios se contraen al pensarlo.

Esos grandes ojos expresivos brillando hacia mí, esa boca de capullo de rosa apretada en una línea severa. Nunca había entendido el término tentación andante hasta que ella se interpuso entre Camry y yo. Era una cosita pequeña. Delgada y baja, con la piel más pálida que he visto jamás y un puñado de pecas esparcidas por su nariz y mejillas. Era adorable pero feroz.

Nunca antes me había sentido atraído por lo adorable. No, mi tipo era sexy, sensual, despampanante. Generalmente rubia, con piernas que parecían interminables y una obsesión por todo lo que fuera de marca. Pero ella era diferente, y alguna parte de mí claramente lo anhelaba.

—Bien, pues, lamento lo de antes. De verdad.

Ella me mira fijamente durante unos segundos, mordisqueando su labio inferior mientras parece sopesar mis palabras. Me preocupa que pueda rechazar mi disculpa hasta que me muestra una tímida sonrisa.

—Disculpa aceptada, Emory.

—Gracias. —Le dedico una sonrisa.

Para cuando regreso a mi asiento, ya estoy ideando un plan para entrar en la sección VIP del evento. Y estoy confundido por el hecho de que no me ubicaron en VIP desde el principio. Alyse era incompetente, obviamente. Por eso ya no está. Todo el mundo sabe que prefiero estar dentro de las cuerdas de terciopelo.

Jackson me mira con escepticismo

cuando pido que nos trasladen a la sección VIP en el nivel superior. Pero para su incredulidad, cuando se lo menciono al maître, ella está encantada de complacerme. Es una tarea hercúlea no fruncir el ceño abiertamente a la mujer cuando acaricia mi brazo mientras nos guía a Jackson y a mí escaleras arriba. La sala está aún más ricamente adornada que el área principal del comedor. Está alfombrada en rojo oscuro, y los asientos y mesas están cubiertos de seda color crema. En este piso, la araña está lo suficientemente cerca como para ver cada luz parpadeante. La iluminación es más tenue que abajo, pero veo a la morena que he estado buscando casi de inmediato. Dios, su cabello es hermoso. Me imagino pasando mis dedos por las sedosas capas y me muerdo el labio. Ni siquiera presto atención a dónde nos sentamos. Mis ojos están pegados a ella. Distantemente, oigo a Jackson ordenar por mí.

Ella le dedica una sonrisa al hombre cuyo pedido está tomando, y se me revuelve el estómago. Jesucristo, no es solo adorable. Su sonrisa transforma todo su rostro. Es resplandeciente. La baja iluminación en esta sección hace imposible ignorar la forma en que su rostro parece brillar. O la manera en que su cabello resplandece cuando se mueve. Mi corazón late con fuerza mientras ella ríe con el hombre. Quiero ser él.

Estoy perdiendo la maldita cabeza.

No ha pasado ni una hora desde que la conocí, y ha logrado hacerme sentir celos de un completo desconocido.

Se le cae el bolígrafo y se agacha para recogerlo. Mi corazón se detiene cuando la falda que lleva puesta se amolda a la curva de su trasero y sus muslos. Dios mío. Se endereza, y nuestros ojos se conectan a través de la sala. Su sonrisa vacila, sus ojos se estrechan en rendijas, su rostro transformándose de nuevo, antes de que se vuelva hacia su cliente y termine su conversación.

Gira y sale por las puertas que conducen a la escalera de empleados sin mirar atrás, y casi me río de la obvia indignación en su comportamiento.

Jackson se aclara la garganta, captando mi atención. —No la mires tan fijamente. Ya estás rayando en lo espeluznante, devorándola con los ojos de esa manera.

Pongo los ojos en blanco. —No la estoy devorando con los ojos.

—Tal vez no estés familiarizado, devorar con los ojos significa mirar abiertamente... —explica Jackson lentamente.

—No es lo que estoy haciendo.

Jackson sonríe. Yo frunzo el ceño.

—Lo siguiente será que pidas que sea nuestra camarera.

Considero sus palabras. —No es una mala...

—No lo harás —interrumpe Jackson, agitando su dedo hacia mí—. Mirar fijamente desde la distancia está bien. Pero trazo la línea en el acoso descarado.

Aprieto los labios.

—Alguien debería haberte enseñado a coquetear como nosotros, la gente común —suspira Jackson—. Eres como un cavernícola. No siempre puedes conseguir lo que quieres, Emory, cuando se trata de mujeres.

Sonrío ante los refunfuños de Jackson. Él lo sabe mejor que eso. Siempre consigo lo que quiero,

especialmente cuando se trata de mujeres. No parece sorprendido cuando respondo.

—Ya es mía por esta noche. Aunque ella aún no lo sepa.

Capítulo 3

Angelica

Puedo sentir sus ojos sobre mí mientras sirvo a los Cartwright.

Se me pone la piel de gallina mientras su mirada me taladra. No lo miro. No puedo darle la satisfacción de saber que su mirada fija me está afectando. Han pasado horas. La ceremonia de agradecimiento a los asistentes por sus donaciones ya ha terminado, y aunque el presidente explicó que mantuvieron el anonimato de los donantes, secretamente deseo poder saber más sobre Emory. Quizás si supiera cuánto donó, estaría menos irritada por el hecho de que claramente había pedido que lo trasladaran a la zona VIP para poder encontrarme.

Irritada. No acalorada e incómoda por caminar con las bragas húmedas debido a la forma en que un completo desconocido me mira fijamente.

Por qué haría algo así está más allá de mi comprensión. ¿Podría estar interesado en mí? No, alguien como él, con alguien como yo? Eso no puede ser cierto.

Tal vez sea una táctica de intimidación. Un recordatorio de que, aunque Camry y yo nos hayamos librado por los pelos, él sigue siendo quien tiene el poder entre nosotros. El pensamiento me hace apretar los dientes. Mi lujuria se desploma hacia la ira y la confusión. El calor en sus ojos tiene más sentido ahora. Quizás se esté excitando con este juego enfermizo.

Tengo que respirar profundamente para evitar volverme a mirarlo con el ceño fruncido a él y a su amigo. Necesito un descanso. Necesito alejarme de él. Está al otro lado de la sala, pero bien podría ser el único aquí por la forma en que parece ocupar el espacio. Pienso en cómo la chaqueta azul marino del traje que lleva se amolda a la anchura de sus hombros y a los gruesos bíceps de sus brazos, y tengo que aclarar mi garganta para concentrarme en la mesa frente a mí. No es el momento de estar deseando a un bastardo sádico que se ha obsesionado un poco conmigo.

El señor Cartwright me sonríe cuando les pregunto si necesitan algo más.

—No, creo que estamos bien por ahora.

Gracias a Dios.

Me disculpo y me apresuro hacia la parte de atrás, donde le hago saber al personal de cocina que tomaré mi último descanso de treinta minutos. El calor familiar de su mirada se adhiere a mi piel mientras me dirijo al baño. El baño del personal está adornado con mármol oscuro y detalles dorados. Supongo que es un poco menos glamuroso que los destinados a los invitados, pero sigue siendo increíble.

En el cubículo, presiono mi frente sudorosa contra la puerta y tomo respiraciones profundas para calmarme. Un escalofrío me recorre. Solo necesito que esta noche termine. Al menos los Cartwright y las otras mesas que he atendido esta noche dejarán una buena propina. Me lo merezco después de todo esto. Me duelen los pies. Me duele la espalda. Estoy exhausta, solo quiero meterme en mi cama y dormir durante días, no pasar la próxima hora tratando de fingir que no puedo sentir a Emory taladrándome la cabeza con la mirada.

Después de esta noche, nunca lo volveré a ver.

El pensamiento toca una fibra sensible en mí que hace que mi estómago se tense incómodamente. Jesucristo, Angelica. Contrólate. Dejo escapar un largo suspiro mientras salgo del cubículo y me echo agua fría en la cara. Cuando me miro en el espejo, frunzo el ceño. Mis mejillas están rojas. Hago una mueca al ver mi pelo, los mechones salvajes y encrespados por correr de un lado a otro y la humedad de la cocina. Inmediatamente me lo recojo en un moño bajo con la goma que llevo en la muñeca.

Salgo disparada del baño cuando entran otras dos camareras y empiezan a hablar de los diversos bombones de la zona VIP. Doblo la esquina que lleva de vuelta a las puertas de la cocina y choco contra alguien. Tropiezo hacia atrás y casi me caigo antes de que una mano me agarre del brazo y me estabilice.

—Tranquila, no puedo dejar que te enamores de mí tan pronto.

Me quedo inmóvil. Esa voz. Dios por favor, no. Mi cabeza se levanta de golpe y me encuentro cara a cara con esos ojos de nube de tormenta otra vez. Se han suavizado hasta adquirir el color de un cielo nublado, con motas de azul claro visibles en sus iris. Las mariposas en mi estómago despiertan con una ferocidad que me provoca náuseas. Reprimo la necesidad de poner mi mano allí por si deciden salir volando.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunto aturdida. Bien hecho, Angelica. Al menos tienes suficiente presencia de ánimo para darte cuenta de que no debería estar en la sección de empleados del restaurante.

—Me perdí —dice—. Estaba buscando el baño.

Intento dar un paso atrás, cuando él acorta la distancia entre nosotros. Estamos incómodamente cerca, y me veo obligada a mirarlo hacia arriba mientras su mano aún sujeta mi brazo. Mi cuerpo reacciona como si hubiera sido electrocutado. Como si acabara de notar el contacto. Su mano es grande y cálida. Noto que las yemas de sus dedos son un poco ásperas. El calor se extiende desde ese punto hasta mi cuello y a través de mis hombros, bajando hasta mi pecho, y mi corazón se agita.

—Los baños VIP están arriba detrás de las puertas rojas con el letrero de Baño —digo y me obligo a respirar—. ¿Puedes soltarme, por favor? —logro chillar.

Mi corazón está en mi garganta cuando me muestra lo que imagino es su intento de una sonrisa tímida. El pobre órgano se detiene por completo.

—Cierto, lo siento —se ríe.

Y maldita sea, mi pobre corazón no estaba preparado para los dos hoyuelos que se asoman por debajo de sus pómulos. Hoyuelos. Naturalmente. Porque no era lo suficientemente sexy por sí solo. Me suelta, pero ninguno de los dos se mueve. Estoy congelada, atrapada mirándolo. Y él sigue mirándome. Noto que ha perdido la corbata y los botones superiores de su camisa blanca están desabrochados. Vislumbro piel desnuda y bronceada, y una fina cadena de oro que rodea su cuello. Hay un pequeño colgante circular unido que se acurruca en la base de su garganta, y mis dedos de los pies se curvan cuando su garganta trabaja al tragar, su nuez de Adán subiendo y bajando con la acción.

¿Cómo puedes hacer que tragar sea sexy?

—Eh, necesito... necesito volver al trabajo —tartamudeo.

Emory no se mueve. —Voy a ser sincero. En realidad no estaba buscando el baño.

Parpadeo. —¿Qué estabas...?

—¿Cómo te llamas, preciosa? Se me están acabando las formas de llamarte en mi cabeza.

¿Está coqueteando conmigo? ¿O estoy tan cansada que estoy alucinando? Necesito dormir un poco porque esto no puede estar pasando.

—¿Y bien? —insiste, ladeando la cabeza mientras espera.

—Ang-Esme —suelto de golpe. Nunca le des tu verdadero nombre a un extraño. Mi madre debe estar revolviéndose en su tumba ahora mismo porque Esme sigue siendo, técnicamente, mi nombre. Lo siento, mamá.

—¿Angesme?

—No, no. Es Esme. Lo siento.

—Esme —dice lentamente. Como si lo estuviera saboreando. Hace que mi nombre suene delicioso con su voz profunda y rica. Creo que nadie más debería llamarme Esme. No después de cómo lo dice él—. Está bien, Esme. La verdad es que te estaba buscando. Quería disculparme por mi comportamiento anterior.

Mis cejas desaparecen en mi línea del cabello. —¿Qué? Deberías estar disculpándote con Camry.

—Ya lo he hecho —dice y sonríe como si supiera lo que está haciendo.

Frunzo el ceño. Eso explica cómo supo dónde encontrarme.

—Disculpa aceptada entonces —digo apresuradamente—. Realmente necesito volver a mis mesas...

—Aún no me he disculpado, Esme —dice, con la voz teñida de diversión.

—Yo...

—Déjame invitarte a una copa. Es cómo decimos lo siento en el mundo de los negocios.

—Estoy en horario de trabajo.

—Te esperaré en el bar después de tu turno —dice en respuesta, extendiendo la mano para colocar un mechón de cabello rebelde detrás de mi oreja. Frunce el ceño y luego mete las manos en sus bolsillos.

Hago una mueca. Mi cabello es un desastre después de estar fuera tanto tiempo. Solo puedo

imaginar lo que debe pensar de él. Sus ojos me recorren rápidamente antes de volver a encontrarse con los míos. Soy la primera en apartar la mirada, hacia mis pies. Me pregunto si él siquiera se pone nervioso. Descarto el pensamiento de inmediato. No. Emory probablemente nunca ha estado nervioso en su vida.

—Sin presiones, Esme. Eres libre de rechazarme. Puedo soportarlo.

Le creo. —De acuerdo —digo después de una pausa—, pero mi turno no termina hasta dentro de una hora.

—Te esperaré —responde.

—De acuerdo.

Asiente. —Te veré pronto, entonces. —Me guiña un ojo mientras se aleja, y me quedo parada en el pasillo, atónita, con las mejillas sonrojadas. Durante el resto de mi turno, estoy atrapada en mi cabeza, pensando en esos ojos gris tormenta.

Camry se reúne conmigo en el área del personal después de que nuestros turnos han terminado. Ni siquiera noto su saludo porque mi estómago está dando volteretas. El paso de cada minuto me ha dejado más aprensiva sobre encontrarme con Emory.

—¿Estás bien, Angelica?

Finalmente me devuelve a la realidad con un ligero toque en mi brazo para llamar mi atención.

—Lo siento —murmuro, jugueteando con el nudo de mi delantal—. Emory me encontró y me convenció de tomar una copa con él, y estoy algo asustada.

Para mi incredulidad, Camry sonríe. —¿Por qué estás asustada? ¡Eso es tan emocionante!

Me burlo. —Camry, no hay forma de que no esté jugando conmigo. Es un imbécil millonario que quiere vengarse de mí por haberlo regañado.

—Oh, vamos. No seas así. —Camry se apoya contra los casilleros del personal mientras hablamos, pareciendo alegre—. Obviamente le gustas. Ha estado tratando de llegar a ti toda la noche. Esto podría ser algo bueno. ¿Por qué no puedes aceptarlo?

Hay silencio entre nosotras por unos momentos.

—Camry, ¿por qué querría estar con alguien como yo? Una camarera aburrida y cualquiera.

—Oye. —La voz de Camry es suave ahora, y desliza su mano en la mía, así que encuentro su mirada—. Angelica, eres jodidamente increíble, y todos los que te conocen pueden verlo. ¿Por qué tú no?

Vuelvo a bajar la mirada.

—Además, necesitas desesperadamente un descanso. Y acostarte con alguien. —Sonríe con picardía—. Solo déjate divertir esta noche. —Me da un suave apretón en la mano antes de soltarla.

Tal vez tenga razón. He estado trabajando tan duro últimamente, sería agradable hacer algo divertido, por una vez. —De acuerdo, lo intentaré.

Terminamos de cambiarnos la ropa de trabajo, y Camry me está animando todo el tiempo. Antes de irse, me recuerda que me divierta una vez más, con un codazo en el hombro y una mirada de complicidad al salir.

Me doy unas últimas pasadas con el cepillo por el pelo y respiro hondo antes de salir de la sala de personal y caminar hacia el bar. Las mariposas revolotean en mi estómago y el camino parece interminablemente largo.

Está sentado en el bar como dijo que estaría. Se ha quitado la chaqueta y la ha colgado en el respaldo del taburete más cercano, y el blanco intenso de su camisa contra su piel crea un hermoso contraste. Las mangas de su camisa están enrolladas hasta los codos y dejan al descubierto la piel tersa de sus antebrazos. Tiene un brazo extendido sobre el respaldo del taburete vecino mientras el otro traza distraídamente la condensación de su vaso.

Tal vez Camry tenía razón en nuestra conversación anterior. Necesito esto. Sea lo que sea. Un descanso.

Realmente es una obra de arte. Un reloj de oro rodea su muñeca izquierda, brillando en la tenue iluminación del área del bar. El comedor ha sido despejado, y la mitad del personal se ha ido. Solo unos pocos clientes deambulan cerca del bar. Como si pudiera sentir mis ojos sobre él, Emory levanta la mirada y encuentra la mía. Espero algún tipo de sonrisa alentadora, tal vez un gesto amistoso invitándome a unirme a él, pero simplemente me mira, inexpresivo. La imagen de la perfecta ignorancia y el derecho. No está sorprendido de que me haya presentado.

Lleva el vaso a sus labios y da un sorbo mientras cruzo la habitación hacia él. Sus ojos recorren mi cabello, que he logrado domar con el cepillo y liberar del moño bajo. Bajan hasta el escote en V de mi vestido, deteniéndose en mi escote antes de recorrer el resto de mi atuendo. Es un vestido sencillo que mi madre me hizo antes de fallecer. La tela es de un rojo intenso, ajustado en la parte superior y acampanado en la cintura. La falda cae justo por encima de las rodillas. Por alguna razón, no me desagrada la forma en que sus ojos se deslizan por el dobladillo antes de volver a encontrarse con los míos.

Cuando me acerco, se baja del taburete para ofrecerme uno.

—Esme.

—Emory.

—Me alegro de que hayas decidido acompañarme.

—No querría dejarte aquí solo en el bar lamentándote —le respondo.

Él se ríe. —Gracias por apiadarte de mí. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Gin tonic, por favor.

Emory le hace una seña al camarero y pide por mí. El camarero me trae rápidamente la bebida y desaparece hacia el otro extremo de la barra mientras Emory centra toda su atención en mí. Me cuesta no retorcerme bajo lo que siento como su escrutinio.

—¿Eres de por aquí? —pregunto abruptamente. La tensión en el silencio me estaba volviendo loca.

—De California —responde—. Supongo que tú sí eres de aquí, ¿no?

—Sí, de Harrisburg.

—¿Trabajas aquí pero vives en Harrisburg? —pregunta incrédulo—. ¿Cómo vas a volver a casa? ¿Conduces?

—Lo de esta noche es algo temporal —no sé por qué estoy ansiosa por tranquilizarlo—. Pero tomaré un Uber. —Lo que me va a costar un ojo de la cara, pero mi único otro medio de transporte ya se ha ido.

Frunce los labios, y espero que me reprenda. En cambio, me sorprende volviendo a su bebida. Bebo todo lo que puedo de mi copa sin parecer inmadura, y el alcohol me relaja. Emory parece notar el cambio en mí.

—¿Podemos ser sinceros el uno con el otro, Esme? —pregunta. Su voz se ha vuelto más profunda, ronca y oscura.

—Creo que debería recordarte que somos extraños, pero supongo que podemos... ser sinceros el uno con el otro, sí.

Me sonríe, y mi corazón se me cae a los pies. Nadie debería tener una sonrisa tan perfecta. Ni una cara. Ni una boca. Ni unos dientes. Y esos hoyuelos. —Creo que eres una de las mujeres más hermosas que he conocido jamás.

No puedo contener mi bufido lo suficientemente rápido. —Creía que estábamos siendo sinceros.

Emory frunce el ceño. —Yo no miento, Esme.

Me echo hacia atrás sorprendida por la sinceridad de sus palabras. —¿Crees que yo soy la más hermosa...?

—Sí —me interrumpe—. Y puedo ver por esa expresión adorablemente confundida en tu cara que es la primera vez que te lo dicen. Siempre supe que el resto de mi especie era un fracaso, pero el hecho de que no sepas lo hermosa que eres es una prueba más.

Me quedo boquiabierta.

—Entonces, ¿por qué una jovencita tan guapa como tú acaba trabajando en un lugar donde tiene que lidiar con imbéciles como yo, eh? —pregunta, alargando la mano para acariciar las puntas de mi cabello.

No puedo decir si realmente quiere la respuesta o si solo está hablando por hablar, así que me quedo callada. Pero entonces, me mira a los ojos.

—En serio. ¿Qué haces aquí?

—La universidad es cara. —Odio cómo suenan las palabras al salir de mi boca, como si me estuviera quejando—. Ha sido... difícil. Seguir adelante.

—No tienes a nadie que te cuide. —Frunce el ceño, como si fuera una injusticia—. ¿No... padres?

Niego con la cabeza. —Mis padres, eh... no están. —Decido no dar más detalles. No puedo soportar más simpatía de extraños en ese aspecto.

Pero él asiente, y por alguna razón, tengo la sensación de que lo entiende.

—Te entiendo, Esme. Probablemente... más de lo que crees.

Su mano se mueve de mi pelo a mi barbilla, y su pulgar me acaricia la mejilla. Está mirando mis labios mientras me acaricia el rostro, y me sorprende la forma en que me está leyendo. Intentando conocerme. No puedo encontrar palabras para responder.

—Estaré aquí el resto de la noche, Esme. ¿Puedes bajar la guardia, solo por ahora, mientras nos conocemos?

Mi corazón se acelera. ¿Por qué este hombre —este hombre guapo, rico, que podría tener a quien quisiera— está invirtiendo su tiempo en mí? Sí, es solo una cita, una noche. Pero aun así, el interés que muestra parece genuino. Me está confundiendo, haciéndome preguntarme si podríamos ser algo más. Pero aplasto esa esperanza tan pronto como surge.

Incluso si es solo por esta noche, tal vez no sería tan terrible dejarme fingir, por un momento, que esta es mi vida. No trabajar como una loca, estudiar todas las noches, luchar por pagar mis deudas. Solo hablar con Emory y divertirme.

—De acuerdo —digo finalmente, y me siento segura de mi decisión.

Hablamos en el bar durante un par de horas, pero no parece tanto tiempo. Quizás las copas ayudan a que pase más rápido. O tal vez es la forma en que me hace reír, o cómo me sonríe cada vez que lo hago. Como si fuera lo más musical que ha escuchado jamás. Como si quisiera oírlo una y otra vez. Como si yo fuera la única persona en la sala.

—Por favor, no me digas que estrellaste el barco.

—Bueno, digamos que mi padre se arrepiente de haberme emborrachado a la tierna edad de catorce años. —Me lanza una sonrisa diabólica.

Me río y mi mano sube para cubrir mi boca. Es una vieja costumbre; siempre me he avergonzado

de mi sonrisa torcida. Pero él me detiene con su mano y no me suelta.

—¿Por qué haces eso? —pregunta y busca sinceramente en mi rostro con sus ojos.

—Oh, eh, no lo sé. Es solo una costumbre.

—¿Por qué —comienza y se inclina hacia mí, atrayéndome por la mano para que yo también me acerque a él— te atreverías a privar al mundo de esa hermosa sonrisa, ángel?

Mis párpados revolotean involuntariamente cuando me llama así —ángel— como si fuera un regalo del cielo y no solo una camarera cualquiera. Pero ni siquiera tengo tiempo de asimilarlo antes de que cierre la distancia entre nosotros y sus labios se encuentren con los míos.

Sus labios son tan suaves y tiernos sobre los míos, como las alas de una mariposa acariciando mi boca. Mis ojos se cierran y el resto del bar se desvanece. Solo somos él y yo.

Me atrae más cerca, solo por un momento, antes de alejarse. Fue rápido, pero me deja aturdida, y mis ojos permanecen cerrados. Al reabrirlos, mi mano roza mi bebida y la derrama en mi regazo.

—Oh, mierda —digo mientras mis mejillas se enrojecen, mirando fijamente la mancha de licor que mancha mi vestido. Él se ríe un poco por lo bajo y alcanza las servilletas.

—¿Un poco nerviosa? —pregunta, sonriendo, mientras seca delicadamente mi vestido.

—Tal vez un poquito —respondo, aún sonrojada. Una bebida entera derramada en mi vestido es vergonzoso e incómodo. Ninguna cantidad de servilletas va a ayudar.

—Tengo una habitación arriba. ¿Por qué no subes? Tengo una camisa que puedes ponerte para irte a casa.

Lo miro con sospecha, pero él levanta las manos inocentemente. —Nada de trucos, lo juro —dice, y sonrío.

—De acuerdo. Pero solo por la camisa.

Nos ponemos de pie, y él coloca su mano suavemente en mi espalda baja mientras caminamos hacia su habitación.

Me guía hacia la suite y toma mi abrigo y mi bolso, y me quedo allí insegura.

—Puedes dejar esto aquí. Ponte cómoda. —Se dirige al armario mientras me quito los zapatos—. Toma —dice cuando regresa, lanzándome una camiseta que es demasiado grande para mí.

Empiezo a dirigirme al baño para cambiarme antes de darme cuenta de que no podré bajar la cremallera de mi vestido sin ayuda. —Eh, ¿Emory?

Él levanta la mirada desde donde está preparándose una bebida, y señalo la cremallera en mi espalda.

—¿Podrías ayudarme con esto?

Sonríe y se mueve detrás de mí. Aparta mi cabello y mi piel se eriza al sentir sus ásperas yemas de los dedos. Puedo sentir su aliento en la nuca, sentir su cuerpo tan cerca del mío. Empieza a tirar de la cremallera suavemente, con cautela, mientras se inclina sobre mí.

Cierro los ojos involuntariamente al sentirme abrumada por su proximidad. Una vez que el vestido está desabrochado, desliza sus manos bajo la tela, ahuecando mi cintura y atrayéndome contra él.

—Creí que habías dicho nada de trucos —susurro, y no como protesta.

—Bueno, tal vez miento un poquito —responde, inclinándose para susurrar en mi oído.

El sonido de su respiración ronca en mi oído es embriagador, y me apoyo en él para mantener el equilibrio. Eso, aparentemente, es suficiente señal para él porque envuelve un brazo alrededor de mi cintura y me levanta en brazos como si no pesara nada.

Se sienta en el sofá, y yo chillo involuntariamente mientras me acomoda para que lo esté montando. Se mueve, y jadeo cuando la dura longitud de su miembro presiona contra la entrepierna de mis bragas. Me mira a los ojos, y el calor de su mirada sería suficiente para que yo apartara la vista, si no estuviera hipnotizada por esos iris color tormenta.

—¿Está bien esto, ángel?

Mi estómago da un vuelco. La lujuria me posee mientras sus manos se posan en mis muslos, pero mis palabras tiemblan. —Bueno... no soy muy buena en...

Sus dedos acariciando la piel de mi muslo me calman y distraen. —Oye, no espero nada de ti, Esme. Yo quise esto. Yo tengo que cumplir, y yo lo haré, no tú. Si en algún momento quieres

parar, solo dímelo, ¿de acuerdo? No quiero hacerte sentir incómoda.

Es tan sincero. Desearía poder concentrarme en las palabras que está diciendo y no en la pulsante necesidad que recorre mi cuerpo. —De acuerdo —respiro suavemente—. De acuerdo. —Muevo mis caderas tentativamente, y la cremallera de sus pantalones roza mi clítoris. Un gemido se me escapa, y Emory se ríe.

—Pobrecita —arrulla—. Estás desesperada, ¿verdad?

Agarra mis caderas por debajo del vestido. El contacto envía escalofríos de placer por mi columna. Usa su agarre para guiarme en un movimiento de balanceo deliberado, sus caderas empujando para encontrarse con las mías mientras me frota contra él. Dejo escapar un sonido vergonzoso. Una mezcla entre un gemido y un jadeo, y las pupilas de Emory se dilatan, sus ojos volviéndose tan oscuros que solo un delgado anillo gris los rodea.

Una mano desaparece y reaparece en la base de mi espalda, donde la arrastra lentamente hasta acunar la parte posterior de mi cuello. Me atrae hacia abajo para que quede equilibrada con mis manos sobre su pecho, mi puño cerrado en el material de su camisa. Y entonces, atrae mi boca hacia la suya.

Mi jadeo sorprendido es toda la invitación que necesita para deslizar su lengua entre mis labios. Esta vez, no es tierno. Es feroz. Sabe a whisky y a algo peligroso. Algo delicioso que humedece mi sexo en preparación para él. El beso es duro y exigente, nuestro roce volviéndose más desesperado cuanto más saquea mi boca con su lengua. Un escalofrío me recorre, y mis brazos se debilitan sobre su pecho. Su agarre se relaja, y ralentiza el beso hasta que no es más que un suave movimiento de nuestros labios juntos.

Gimo cuando se aparta. No sé en qué momento cerré los ojos, pero cuando los abro de nuevo, él me está mirando con fiereza.

—Necesito sacarte este vestido, ángel. Ahora.

—Sí —acepto apresuradamente.

No pierde tiempo en desnudarme. Estoy tan excitada que no me doy cuenta de que me ha dejado desnuda hasta que me acomoda de nuevo en el sofá y se desliza de rodillas entre mis piernas. Mis mejillas arden al darme cuenta de lo que está haciendo. El instinto me hace intentar cerrar las piernas.

—No —protesta él, sus manos se apresuran a mantener mis muslos abiertos—. No te escondas de mí, Esme.

Dejo escapar un grito frustrado cuando baja la cabeza para inhalarme. —¡Emory!

—Hueles jodidamente bien. Tienes un coño tan bonito. No intentes esconderlo de mí. Te mereces esto. —Jadeo cuando pasa el dorso de sus nudillos por mis pliegues provocativamente —. Estás tan mojada. ¿Todo para mí, ángel?

Asiento en silencio, mis ojos se cierran cuando repite la acción. Estoy recostada en el sofá, mis muslos separados y mis pies plantados en el sofá, abiertos para él. Mi vergüenza anterior se derrite bajo su ardiente mirada. Está de rodillas ante mí, y nunca me he sentido más poderosa que en este momento. Un nudo de placer se forma en la boca de mi estómago.

—Voy a probarte, ¿de acuerdo? —pregunta casi con anhelo. Separa los labios de mi coño con sus pulgares y gime ante el sonido húmedo que hacen al separarse—. Joder —respira. Presiona un beso suave en mi clítoris, como si lo estuviera saludando. Mis piernas tiemblan y él chasquea la lengua—. Quédate quieta. Mírame. Córrete tanto como quieras, cuando quieras. No te contengas. ¿De acuerdo?

Asiento.

—Con palabras, ángel, dime que entiendes.

—Entiendo.

Y entonces baja la cabeza y pasa la punta de su lengua entre mis pliegues, y pierdo todo sentido de la realidad. Me lame y me chupa como si estuviera hambriento. Gime y suspira como si estuviera comiendo lo más delicioso del planeta. Estoy temblando cuando desliza un dedo dentro de mí. Mi gemido es fuerte y sin restricciones. Mis muslos tiemblan en sus manos donde me mantiene abierta. Mis manos migran a su cabello, los suaves rizos sedosos se enredan en mi puño, y él aparta su boca de mí para besar el interior de mi muslo.

—Puedes tirar más fuerte, ángel. Puedo soportarlo.

Lo hago cuando empieza a follarme con su dedo mientras chupa mi clítoris. Siento que el nudo en mi estómago se aprieta bruscamente. —Por favor —suplico. No tengo idea de qué estoy suplicando, pero Emory parece entender. Saca su dedo y lo reemplaza con dos. Los desliza

profundamente, y los dedos de mis pies se contraen por lo fuerte que se curvan. Sus dedos rozan algo dentro de mí que hace que mi orgasmo se dispare a través de mí. El nudo de placer se desenrolla de golpe. Me corro con un grito desesperado del nombre de Emory. Mis muslos tiemblan y mi corazón late con fuerza mientras me ayuda a atravesarlo.

Cuando bajo de mi éxtasis, saca sus dedos de mí y se sienta sobre sus talones.

—Prueba esto —me insta, y cuando mi boca se abre, desliza sus dedos, cubiertos de mí, en mi boca. Algo en la forma en que mira mi boca envuelta alrededor de sus dedos, el sabor de mí misma en mi lengua, hace que mi cuerpo se contraiga más fuerte con las réplicas de mi orgasmo —. Ese es el sabor de la satisfacción —sonríe.

Miro con ojos nublados el bulto en sus pantalones y decido que Camry tenía razón. No podría hacer daño tener sexo caliente y sudoroso con un casi desconocido. Especialmente uno como Emory.

Capítulo 4

Emory

Hace los sonidos más dulces. Tengo que recordarme no apresurarme por su bien. Y por el mío, porque mi polla está tan dura que estoy mareado por la cantidad de sangre que bombea directamente hacia ella.

Dios, la forma en que sus paredes se contraían alrededor de mis dedos, los pequeños temblores que la recorrieron después de su orgasmo. Su suave y húmedo coño. Hermoso, estirado y listo para mí. Mi polla da un tirón impaciente en mis pantalones y gimo. Está sentada en mi cama con solo mi camisa puesta. Sus labios entreabiertos y sus ojos aún desenfocados por el orgasmo de hace unos minutos. Una vista seductora contra la blancura descarnada de mis sábanas y el resto de la habitación. Está jugueteando con la costosa colcha. Puedo adivinar lo que está en su mente, y no está haciendo nada para calmar mi furiosa erección.

No sé en quién me he convertido con ella, pero este Emory no es el mismo Emory que pasa por las mujeres como si fueran ropa interior. Me estoy asegurando de que esté cómoda, comprobando cómo está, dándole un descanso después de un solo orgasmo en caso de que esté nerviosa. ¿Quién soy?

Su cabello cae sobre su rostro y ella lo coloca detrás de su oreja. Mi corazón da un vuelco aterrador como si quisiera saltar fuera de mi pecho. Me mira a través de sus pestañas, y me olvido de mí mismo y de mi corazón escapista.

—¿Te sientes bien? —pregunto mientras me siento a su lado.

Asiente tímidamente, y cedo al impulso de agarrarla y atraerla hacia mí. Paso una mano por su espalda para acariciar suavemente su trasero. Ella gime cuando presiono un beso en su cuello y hombro.

—¿Quieres más, ángel? ¿Hmm? ¿Es por eso que te has vuelto tímida conmigo?

Ella asiente. Su cabello se mueve a nuestro alrededor con su movimiento. Envuelvo su cabello alrededor de mi puño y lo uso para tirar de su cabeza hacia atrás, obligándola a mirarme.

—Palabras, Esme.

—Sí —dice, esos hermosos ojos marrones brillando con deseo. Con pasión sin explotar—. Quiero más.

Me inclino para que nuestros labios estén a un pelo de distancia. Estoy hablando contra su boca. —¿Quieres que te folle, ángel?

Sus párpados caen ante mis palabras. Su respuesta es desesperada. —Sí, por favor, Emory.

Los restos de mi autocontrol se van por algún desagüe en mi cerebro mientras tomo su boca en un beso brutal. La desnudo de mi camiseta antes de ayudarla a subir más a la cama. Nuestros besos anteriores palidecen en comparación con este. He aprendido cada parte importante de su boca, enredando mi lengua con la suya, pero cuando la recuesto en la cama y la sigo, el beso es lento.

Una exploración profunda y sensual del uno al otro, la dejo liderar por un momento hasta que no puedo soportarlo más, y succiono su lengua en mi boca. Ella hace un pequeño gemido embriagador que consumo ansiosamente. Mis manos recorren sus costados y su espalda, puedo sentir sus pezones rozando mi pecho desnudo con cada respiración. Su cuerpo suave y flexible se amolda al mío como si hubiéramos sido moldeados de la misma arcilla. Como si fuéramos las mismas piezas de un rompecabezas. Estoy en un campo minado sensorial. Un toque equivocado, algo equivocado, y explotaré.

Dedos tentativos rozan mis brazos cuando me echo hacia atrás para inclinar mi boca sobre la suya. El toque es el detonante. Nuestro beso se vuelve frenético cuanto más audaz se vuelve su toque. Hasta que nos estamos besando tan desesperadamente, tan desenfrenadamente, que nos estamos lamiendo las lenguas y mordisqueando los labios. Su mano encuentra la hebilla de mi cinturón y lo libera de mis pantalones antes de abrirlos también. Tengo que agarrar su muñeca para evitar que meta su mano por la parte delantera de mis pantalones. Por el bien de ambos.

Ella se aleja del beso para quejarse en protesta. —¿Puedo tocarte? —pregunta, jadeando.

Mi única respuesta es bajarme de ella y deshacerme del resto de mi ropa. Está boquiabierta ante mi erección cuando estoy desnudo. Es de un tono rojo furioso, la punta goteando líquido

preseminal por el eje mientras lo tomo con una mano y le doy unas cuantas caricias para aliviar la presión. Se lame los labios ante la acción, y mi polla se sacude en mi mano. Solo la idea de esa bonita boca envuelta alrededor de mí me hace gemir.

—Tócame —digo finalmente mientras ella se sube a gatas y se arrastra hasta el final de la cama, sus caderas y cabello balanceándose, sus pecas brillando en la luz. Sus dedos rozan mis muslos mientras se sienta sobre sus rodillas. Recorren mis caderas mientras traza la V en la parte inferior de mi estómago. Envuelve sus suaves manos alrededor de mi polla y acaricia experimentalmente. Mis rodillas casi se doblan ante la sensación. Sus ojos se ensanchan cuando un hilo de líquido preseminal se escapa y baja hasta su mano. Tengo que apoyarme cuando se inclina y chupa la cabeza en su boca.

—Oh, mierda —respiro—. No hagas eso ahora, ángel. —Me detengo y la aparto suavemente de mí.

—Eres como un dios griego —dice, con asombro en su voz.

Mi polla se contrae. Una risa sorprendida brota de mí, y ella suspira.

—Vaya.

—Tú eres como una diosa —le respondo.

Se sonroja y baja la cabeza. Sus dedos se detienen en mi tatuaje, y me tenso. Me mira, con los ojos brillantes. Es un tatuaje de los nombres de mi madre y mi hermana como los puntos de una brújula. La fecha en que murieron está tatuada en mi costado junto a él en números romanos.

—Es hermoso —dice.

—Mi madre y mi hermana —explico.

Ella asiente pero no ofrece sus condolencias. No puedo empezar a explicar lo que eso me hace sentir. No tener que explicar lo que les pasó o estar agradecido por otra condolencia inútil. Es como si ella entendiera. Su exploración la lleva a mis hombros. Mis palmas enmarcan su cintura mientras ella se acerca más a mí y presiona besos en mi clavícula. Traza besos de hombro a hombro y luego sube a mi cuello y mejilla. La beso ferozmente cuando llega a mis labios. Una de mis manos acuna su trasero y la atrae hasta que está pegada a mí, mi polla acunada contra su estómago y sus pechos presionados contra mi pecho. Cuando me alejo, está aturdida.

—Acuéstate —ordeno. Espero a que se arrastre hasta el centro de la cama y se acomode contra las almohadas antes de alcanzar un rollo de condones en la mesita de noche. Hay cuatro, más de los que posiblemente necesitaría para una noche—. Abre las piernas para mí.

Ella hace lo que le digo. Está ruborizada allí, los labios de su sexo de un atractivo tono rosa y brillantes por su excitación.

Con una rodilla en la cama, estiro la mano para acariciar su pantorrilla.

—Tan hermosa. Perfecta, ángel.

Ella gime cuando mi mano sube por su muslo, y dejo que mi pulgar roce contra ella.

—Por favor, Emory.

—¿Por favor qué, Esme? ¿Hm? Dime qué quieres.

—Fóllame, Emory —puedo ver cómo el rojo en sus mejillas se oscurece mientras dice las palabras, pero las dice de todos modos.

—Lo que tú quieras, Esme.

Una parte de mí lo dice en un nivel que aún no estoy listo para explorar. Me subo completamente a la cama y salpico su estómago y pecho con besos hasta que se está riendo. Levanto la mirada, y la visión me deja sin aliento. Es etérea así, despreocupada y riendo en mi cama, la luz reflejándose en su cabello esparcido a su alrededor como un halo castaño.

Mis labios envuelven un pezón, y sus risitas se transforman en suspiros mientras venero cada seno. Rodando y pellizcando los pezones antes de succionarlos. Sus uñas se arrastran por mi cuero cabelludo mientras sostiene mi cabeza cerca. Es tan sensible, tan receptiva a mi atención. Cuando mis dedos serpentean hacia su sexo, está empapada. Acepta dos de mis dedos a la vez, aunque el ajuste es apretado. Su cuerpo se sacude.

—Sí —jadea—. Me voy a correr —encuentro su punto G y froto. Su cuerpo se arquea, empujando su seno más profundamente en mi boca—. ¡Oh Dios, oh Dios, Emory!

Su segundo orgasmo la deja débil cuando pasa. Me ayuda a desenrollar el condón sobre mi miembro en un aturdimiento, y luego se aferra a mí mientras me posiciono sobre ella. Una de sus piernas está sobre mi hombro, la otra enroscada alrededor de mi cadera. Su trasero está acunado

en mis manos, y mis labios rozan los suyos suavemente mientras comienzo a hundir mi miembro en ella. Es como deslizarse dentro de un guante cálido de terciopelo.

—Joder, ángel.

—Oh, Dios mío.

Respiramos al unísono, sus ojos giran, y sus uñas arañan mi espalda hasta acunar mi trasero desnudo en un esfuerzo por acercarme más. Llego hasta el fondo con un empujón entrecortado de mis caderas que hace que sus muslos tiemblen cerca de mi cabeza. Ella cierra el espacio entre nuestros rostros y me besa, y me sumerjo en ella. La follo tan duro que la cama se sacude con la fuerza de mis embestidas. Nos besamos hasta quedarnos sin aliento, hasta que ella ya no puede devolverme el beso. Su pequeño cuerpo está temblando, suaves maullidos escapan de ella, sus uñas clavándose en mi piel mientras me insta a follarla más rápido. Giro mis caderas y ajusto mi ángulo para encontrar su punto G, y ella gime. Un hermoso grito que me deja saber que lo he encontrado.

—¿Justo ahí? —susurro, mis labios rozando su oreja.

—Sí, sí, sí —balbucea—. Justo ahí, justo ahí, justo a... ¡oh, Dios... Emory!

Siento las primeras ondas de su orgasmo alrededor de mi miembro, y mi propio orgasmo me hace enterrar mi rostro en su cuello y gemir.

—Me estoy corriendo —balbucea—. Oh...

Ajusto mi agarre sobre ella para frotar contra ella, mi pelvis rozando contra su clítoris, y ella se corre con un fuerte grito de mi nombre. Sus paredes se cierran a mi alrededor, encerrándome. Me corro tan fuerte que veo estrellas, puntos negros nadan en mi visión y el sonido húmedo, slap slap slap de piel encontrándose con piel se mezcla con mis gruñidos y sus gemidos mientras bajamos de la cima. Ruedo sobre mi espalda y la arrastro conmigo, para que quede acunada en mi costado. Ella viene fácilmente. Nuestra respiración aún viene en jadeos.

Ella tararea y yo río entre dientes.

—¿Estás bien?

—Perfecto —dice ella—. Eso fue perfecto.

No puedo evitar reír.

—Eres maravillosa para mi ego.

Ella ríe suavemente.

—Gracias por eso —susurra seriamente.

—Aún no hemos terminado —me burlo, sentándome y tirando de ella sobre mi regazo. Ella jadea—. No pensaste realmente que una ronda me satisfaría, ¿verdad?

Ella me mira con escepticismo.

—Oh, ángel, hay tanto que tengo que mostrarte y tan poco tiempo. Estaremos despiertos toda la noche.

—¿Toda la noche? —repite.

La muevo más abajo hacia donde mi miembro ya se está endureciendo de nuevo en el condón.

—Toda la noche, ángel.

Usamos todos los condones. La quinta ronda me encuentra follándola sobre el lavabo del baño. Desnudo. No se han creado palabras que puedan describir posiblemente la sensación de deslizarme en su sexo sin un condón. Se siente como llegar a casa. Y Dios, la forma en que me ruega que me corra dentro de ella es suficiente para debilitar la determinación de cualquier hombre de sangre caliente. Solo la idea de mi semilla en ella. Por supuesto, ella está tomando la píldora y está limpia, y yo también. Me hago pruebas regularmente y tengo prueba de mi limpio historial de salud. Cuando terminamos, la limpio y la llevo a la cama. Está cansada, y quiero cuidar de ella, después de todo esto. No hay protestas de su parte, y no puedo explicar por qué se siente tan bien cuando se acurruca en mi pecho y se queda dormida de inmediato, pero el orgullo florece en mí cuando suspira contenta y se acurruca más cerca. Podría acostumbrarme a esto, me doy cuenta de repente, justo antes de que el sueño me venza. Es un pensamiento que nunca he tenido antes.

Sé antes incluso de abrir los ojos que se ha ido. La luz del sol de las ventanas está calentando mi costado mientras me despierto, pero el espacio donde ella yacía anoche, acurrucada contra mi costado, está frío, lo que significa que se ha ido hace un tiempo. No estoy seguro de por qué, pero mi pecho duele ante el pensamiento. Palpo la cama en su búsqueda de todos modos. Incluso

la habitación se siente vacía. Sé que ella no está aquí. Me siento lentamente, las sábanas acumulándose alrededor de mi cintura mientras observo mis alrededores.

Miro hacia la mesita de noche buscando una nota o algo, aunque mi instinto me dice que no me moleste, que no habrá ninguna. No hay nada. Me siento decepcionado, lo cual me sorprende. Esta es la situación ideal después de una aventura de una noche. No tener que lidiar con la mujer a la mañana siguiente. Nada de conversaciones incómoidas sobre el momento de irse. Nunca me he sentido así por alguien. Este impulso de cuidarla, de hacer cualquier cosa para estar cerca de ella, para hacerla feliz. Me doy cuenta de que no sé su apellido. Ni siquiera tengo su número.

Mi teléfono suena desde algún lugar del hotel. Lo encuentro en la sala de estar y contesto sin mirar el identificador de llamadas.

—Rhodes.

—¿Dónde estás? Tu vuelo sale en una hora —la voz de Jackson suena por el altavoz.

—Mierda —suspiro, pasándome una mano por el pelo.

—Supongo que al piloto no le importará, ya que tú eres el dueño del avión y todo eso, pero tienes una reunión con la junta... —se interrumpe y yo pongo los ojos en blanco.

—También soy dueño de la empresa; la junta también puede esperar.

—No deberían tener que hacerlo, no si quieres ganarte su simpatía.

—Odio cuando eres la voz de la razón.

—Es una locura que yo, posiblemente la persona más impulsiva que conozco, sea tu voz de la razón.

—Estaré allí en treinta minutos.

—¿Y me contarás todo sobre nuestra amiguita camarera? ¿Cómo fue?

Me tenso mientras me agacho para recoger mi ropa esparcida por el suelo y encuentro sus bragas.

—No, no es asunto tuyo.

—Supongo que fue bien. ¿Ya la has echado?

Aprieto la mandíbula mientras entro al baño y tiro la prenda sobre el mostrador.

—Se había ido antes de que me despertara.

El silencio es mi respuesta. Y luego una carcajada que me hace estremecer.

—¿En serio se esfumó sin más?

Pongo el teléfono en altavoz y procedo a cepillarme los dientes mientras él divaga sobre lo perfecto que es eso para mí. Estoy considerando preguntarle al maître sobre ella hasta que Jackson me interrumpe.

—Debe gustarte —dice, como si fuera un hecho.

Exhalo lentamente.

—No lo sé.

—Estás decepcionado porque se fue sin despedirse —observa.

Parpadeo mirando el teléfono. Odio cuando hace esto.

—Como sea, estoy demasiado ocupado. Tal vez si las cosas fueran diferentes, la buscaría...

Jackson suspira.

—Tal vez necesites algo así ahora mismo.

—No —disiento—. No estoy listo. Te veré pronto, Jackson.

El vuelo de regreso a California está lleno de silencio. Jackson no viaja conmigo, así que el silencio me da tiempo para pensar en Esme. Incluso cuando aterrizo, durante la reunión de la junta y las citas. Mientras escucho a uno de los viejos amigos de mi padre explicarme por qué cree que Adam podría ser una buena opción para el negocio, todo en lo que puedo pensar es en los sedosos mechones del cabello de Esme bajo las luces de mi habitación. En la sensación de sus uñas clavadas en mi piel, el sonido de su voz en mi oído, suplicando por más. Incluso el recuerdo de su aroma me distrae. Ya la extraño. Darme cuenta de esto me pone nervioso, una sensación inusual para mí.

Cuando regreso a casa, me observo en el espejo del baño. Mis ojos se posan en el par de bragas negras de algodón sobre el mostrador que traje conmigo, y suspiro. El impulso de encontrarla me está volviendo loco. Al menos conseguir su número o saber cómo está. ¿Por qué me importa? Sacudo la cabeza mientras salgo del baño, apagando las luces al salir. Mi madre siempre decía que lo que tiene que ser, será. Si está destinado a ser, volveré a ver a esa pequeña morena de carácter fuerte.

Capítulo 5

Angelica

Las puertas de mi clase de Ética Avanzada se cierran de golpe detrás de mí en mi prisa. Apenas llego al baño del pasillo antes de vaciar el contenido de mi almuerzo en el lavabo. Me limpio la boca y suspiro antes de abrir el grifo.

¿Por qué está pasando esto?

Han sido semanas sintiéndome rara. Mareada, con náuseas, de todo. Al principio lo atribuí al agotamiento; estoy a solo dos semanas de graduarme pero sigo trabajando casi todas las noches. Camry está empezando a preocuparse, y yo también. Marco el número de la clínica de la universidad y finalmente pido una cita.

Me siento en la sala de espera, viendo distraídamente la televisión que muestra mensajes de salud pública. De repente me quedo sin aliento cuando un nuevo hombre aparece en pantalla, un médico advirtiendo sobre los peligros de la gonorrea. Se parece a Emory. Había estado tratando de sacarlo de mi mente, intentando no pensar en él por las noches cuando estoy acostada, anhelando su tacto, o durante el día, deseando que estuviera allí para comentar ingeniosamente sobre algo estúpido que dijo uno de mis profesores. Pero ahora, de repente vuelvo al momento de ese primer beso en el bar. Su voz llamándome ángel, sus labios contra los míos. Es casi suficiente para hacerme arrepentir de haberme ido sin conseguir su número, sin al menos-

—Lewis —llama la enfermera mi nombre desde el pasillo.

—Sí, aquí estoy —respondo y me levanto para seguirla a la sala de examen. La luz fluorescente sobre mí hace que me dé vueltas la cabeza mientras camino por el pasillo, y me invade una repentina sensación de temor.

Parpadeo. Y luego parpadeo de nuevo, esperando que cuando abra los ojos, la cosa frente a mí ya no esté allí. Sumergida en un frasco de mi orina hay una pequeña tira de papel con dos líneas rosas. Estoy embarazada.

—Esto no puede estar pasando —digo, y la enfermera me mira impotente.

—Va a estar bien, cariño —dice, y sus ojos se arrugan con simpatía.

—Tienes opciones. Podemos ponerte en contacto con algunos recursos, sea cual sea tu decisión sobre el... sea lo que sea que decidas hacer.

La mera casi mención de un bebé es suficiente para que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Tengo que irme. —Me levanto de repente y empujo la puerta para abrirla—. Hay alguien a quien tengo que llamar. —La enfermera me llama, pero no dejo de caminar hasta llegar a mi coche.

—¿Qué pasa, nena? —Puedo escuchar la sonrisa de Camry a través del teléfono.

—Camry... —logro decir antes de romper en llanto—. Estoy... estoy...

—Espera —responde Camry, con un tono mucho más serio. Cualquier indicio de mi angustia es suficiente para que deje lo que está haciendo—. Voy para allá.

Nos encontramos en mi casa. Estoy llorando en el sofá cuando llega Camry. Me envuelve en un abrazo, acariciándome la cabeza y susurrando suavemente.

—Angelica. —Su voz es suave y temerosa. Nunca estoy así—. ¿Qué está pasando?

—Estoy... estoy... —sollozo, tratando de contenerme, pero las siguientes palabras salen como un gemido—. ¡Estoy embarazada!

—Oh, Angelica... —Hace una pausa, y ambas nos quedamos sin palabras por un momento—. Todo va a estar bien. —Más silencio—. ¿Fue ese imbécil de Emory?

—Sí. —Sorbo por la nariz—. Pero en realidad no fue tan malo. Hablamos, y fue agradable, y realmente parecía que le importaba, aunque ambos sabíamos que esto era algo de una sola vez. A menos que... —Las lágrimas corren por mi cara y se acumulan en mi barbilla mientras divago—. ¿Habrá hecho todo eso solo para acostarse conmigo? No sé si siquiera contestaría si lo llamara.

—No lo sé —responde Camry con dudas—. Pero lo más importante ahora es lo que tú quieras hacer. ¿Has pensado en ello?

Lo había hecho, pero no podía asimilar ninguna de las dos opciones. Lo lógico sería abortar. Soy joven, estoy a punto de graduarme de la universidad y tratando de comenzar mi carrera. No necesito un bebé con un hombre al azar que probablemente no ha pensado en mí dos veces desde que nos acostamos. Un hombre con el que probablemente nunca vuelva a hablar. Pero al mismo tiempo, la idea de deshacerme de una vida potencial es abrumadora y aterradora.

—No lo sé. Es decir, supongo que sí, pero no puedo decidir —digo, con la voz cargada de lágrimas.

—Bueno, sea lo que sea que decidas, te apoyaré —responde Camry y suena tan sincera que un par de lágrimas frescas ruedan por mi cara—. Si quieres abortar, te llevaré. Y el seguro de la universidad debería ayudar. —Baja la voz—. Pero... ¿quizás esto sea algo bueno? —Duda, como si tuviera miedo de decir algo equivocado—. Siempre has querido una familia grande. —Camry comienza—. Tal vez ahora sea un buen momento para empezar.

Me burlo. —¿Cómo puede ser este un buen momento? ¿Cómo voy a ir a la facultad de derecho con un hijo?

—Te ayudaremos. —Cuando la miro inquisitivamente, aclara—. Yo, mi mamá y mi papá. Cuidaremos al bebé. Sabes que eres como de la familia para nosotros.

Las lágrimas dejan de fluir por un momento mientras lo considero.

No quiero abortar. Tampoco quiero un bebé ahora mismo, pero no creo que pudiera acabar con una vida antes de que siquiera comience. Después de una larga pausa, susurro. —¿De verdad crees que podría hacerlo?

Camry sonríe. —Angelica, puedes hacer cualquier cosa. Te estás graduando con honores en uno de los programas más desafiantes de aquí, todo mientras trabajas en dos empleos. Además, ya sabes, después de todo lo que has pasado... —Se interrumpe—. Mi punto es que puedes manejarlo. Y estaré ahí en cada paso del camino. Lo que me lleva a...

—El imbécil —termino su frase—. Sí, supongo que tengo que

tienes que decírselo, ¿eh?

Camry asiente solemnemente.

Llamo al Five Seasons, pero solo con su nombre de pila no pueden darme ninguna información

suya. Llamo al restaurante, pero dicen lo mismo. Tal vez si les contara sobre mi situación, me ayudarían, pero la idea de hacer eso me mortifica.

¿Qué les diría? Sí, me acosté con uno de sus donantes millonarios y ahora estoy embarazada. ¿Me pueden ayudar?

Después de un par de llamadas más, estoy lista para rendirme. Regreso a donde Camry está sentada pacientemente.

—No puedo contactarlo.

Camry guarda silencio por un momento.

—¿Realmente quieres hacerlo? —pregunta con conocimiento de causa.

Hago una pausa mientras intento desentrañar mis sentimientos.

—Supongo que siento que... que sé que esto no fue algo serio para él, que probablemente hace esto cada semana. Siento que no querría que la tuviera. —Apenas noto que el bebé de repente se ha convertido en ella—. Y me presionaría para hacer algo que no quiero hacer.

—Bueno, nunca lo sabrás a menos que hables con él —responde Camry.

—Es decir, es un CEO exitoso que se acostó conmigo por una noche, ¿realmente crees que quiere un bebé ahora? Probablemente hace esto en cada viaje de negocios —trato de racionalizar. En el fondo, reconozco que estoy aterrorizada de ser rechazada por él después de la noche que pasamos juntos. Sería más fácil no intentarlo.

—Tal vez —dice Camry, entrelazando su mano con la mía—. De cualquier manera, me tienes a mí apoyándote.

—Sí —respondo, encontrando mi equilibrio y empezando a sentirme confiada—. Podemos hacer esto. Puedo hacer esto. Sin él.

Capítulo 6

Emory

Entro a zancadas por las puertas de la nueva sucursal con confianza, donde veo a Jackson charlando con la secretaria en la recepción. Le doy una palmada en la espalda y él se gira para saludarme con un abrazo.

—Felicidades, tío —le digo—. Esto se ve increíble.

La sucursal de A-tech en Pensilvania es minimalista, pero conociendo a Jackson, cada silla blanca esculpida y lámpara decorativa probablemente sea de diseñador.

—Gracias, Emory. Me alegro de que hayas podido venir. —Me sonríe y se gira para guiarme por el pasillo—. Hablemos en mi oficina. ¿De verdad has venido desde California solo para felicitarme por abrir una nueva sucursal? —pregunta una vez que atravesamos la puerta corrediza blanca de su oficina. Nos sentamos uno frente al otro en su escritorio.

—Por supuesto, tío —respondo—. Tengo que asegurarme de que estemos unidos cuando aparezcas en la lista de Forbes de jóvenes multimillonarios.

Se ríe y pone los ojos en blanco.

—Vamos, Emory. Sabes que entre nosotros dos, tú llegarás primero.

—Sí, bueno, ya veremos. —Me reclino en mi silla y pongo las manos detrás de la cabeza—. Tal vez si alguna jovencita guapa no me estafa primero, dejándome sin casa ni hogar.

—Hablando de eso —Jackson suena como si hubiera estado esperando esta conversación—, ¿dónde está tu más reciente conquista? ¿No quisiste traerla?

—Nah —respondo—. Solo estaba interesada en el dinero. Quería comprometerse como que ayer. Lo terminé.

—Vaya, tío. Pensé que te gustaba —dice Jackson, pero en realidad no suena sorprendido.

—Sí, bueno, no tanto.

—Vamos, hombre. No me digas que esto es porque esperas que esa pequeña mesera explosiva vaya a reaparecer de repente. —Se ríe—. ¿Es por eso que estás realmente aquí?

La sonrisa desaparece de mi rostro y me ocupo mirando por su ventana.

—Jackson, ¿qué tan estúpido crees que soy?

—No estúpido. —Levanta las manos a la defensiva—. Tal vez solo un poco romántico.

—Mira, tío, ya lo superé. Eso fue hace años. Simplemente no estoy tratando de establecerme ahora.

Sonríe con suficiencia.

—Sí, bueno, no nos estamos haciendo más jóvenes, Emory. Tal vez sea hora de que sigas adelante.

—Oh, sí, y puedo adivinar con quién quieres que siga adelante. —Miro hacia el techo y suspiro, ya sabiendo lo que va a decir.

—Jasmine todavía tiene sentimientos por ti. Y sabes, los tres siempre hemos sido cercanos...

—Jackson, es tu hermana pequeña, y es como una hermana para mí. —Lo miro con severidad—. No va a pasar, fin de la historia.

Suspira.

—Está bien. Quería intentarlo una última vez. Pero probablemente la verás mientras estés aquí. Está administrando la sucursal por mí, ¿sabes?

—Sí, sí —respondo, justo cuando el teléfono de Jackson empieza a sonar. Mira el identificador de llamadas.

—Mierda, lo siento, tío, es la escuela de mi hijo, ¿te importa si contesto?

Hago un gesto con la mano y él contesta el teléfono.

Jackson habla por teléfono durante un par de minutos y termina la llamada con un "Estaré allí pronto". Me mira con desesperación.

—Lo siento, tío. Es una emergencia. ¿Te importaría ayudarme?

—Sí, claro. ¿Qué puedo hacer?

—Tengo algunas entrevistas para un asistente legal. Estamos buscando a alguien que pueda ser el enlace entre aquí y California. ¿Puedes realizarlas? Siempre has tenido buen juicio para estas cosas.

—Sí, puedo hacerlo —respondo. No estoy emocionado con la idea, pero interrogar a unos cuantos jóvenes futuros abogados no suena como la peor manera de pasar el tiempo. Es divertido estar a cargo, y tiene razón. Siempre he sido bueno dando entrevistas.

—Muchas gracias, tío. Realmente lo aprecio. —Rápidamente agarra su chaqueta y me da un apretón en el hombro antes de salir por la puerta—. ¡La primera entrevista es en quince minutos! Solo habla con mi secretaria. Ella te ayudará.

Jackson se dirige a la escuela de su hijo, y yo recojo los currículums y las cartas de presentación de su secretaria. Las dos primeras entrevistas van bien, ambos son chicos en la escuela de derecho. Nada especial, pero tampoco malos. No se los recomendaría a Jackson, pero eso es probablemente porque mi notoriamente intimidante estilo de entrevista los puso nerviosos, y al final, ambos estaban tropezando con sus palabras y evitando mirarme a los ojos.

La tercera candidata debería estar subiendo las escaleras ahora. Su currículum muestra que ha terminado la escuela de derecho pero aún no ha presentado el examen de la barra. Solo está trabajando en una cafetería. Esto me parece extraño, y estoy medio tentado a descartarla de inmediato.

El nombre es Srta. Angelica Lewis.

Hay un golpe en la puerta de la oficina de Jackson, y le digo que pase mientras finjo revisar su currículum. Pero un segundo después, noto que no se sienta, así que levanto la mirada. De pie en la puerta está Esme, la chica en la que no he podido dejar de pensar durante cuatro años.

Capítulo 7

Angelica

—Esme —Su voz aún tiene ese sonido sedoso, profundo y pulido como la caoba rica.

Me quedo congelada en la puerta, mirándolo con los ojos bien abiertos. Probablemente parezco un ciervo encandilado por los faros. Nunca esperé volver a verlo después de aquella noche. Mucho menos en una entrevista para la que me he estado preparando meticulosamente durante la última semana.

—Emory —susurro y escondo mis manos repentinamente temblorosas detrás de mi espalda. Este hombre, este hombre que no he visto en cuatro años, es el padre de mi hija. El padre de Anastasia. Y él no lo sabe.

De repente, su rostro se ilumina con su sonrisa ganadora. —Es bueno verte.

Su voz se desliza como miel sobre mis oídos. Ya es embriagadora. Extiende su mano, y cuando la estrecho, la electricidad estalla a través de mi cuerpo. Mientras tanto, él está perfectamente compuesto, pero hay un brillo en su mirada que reconozco de la noche que nos conocimos.

—Por favor, siéntate —Señala la silla mientras toma su lugar detrás del escritorio, aún sonriendo.

—Emory —Parpadeo—. Lo siento, es que estoy tan sorprendida de verte aquí.

Juguetea con un anillo de plata en su dedo medio y se ríe por lo bajo.

¿Podría estar realmente... nervioso? ¿O feliz de verme?

—Por supuesto. Es un poco loco. Casi como... —Mira hacia otro lado y murmura "una señal" en voz baja. Apenas lo capto, pero la idea me envía en espiral de pensamientos sobre lo que eso podría significar.

Aliso ansiosamente los bordes de mi falda lápiz gris. Se siente tan extraño verlo después de todo este tiempo, en este contexto. Entrevistando para un trabajo, teniendo todo el poder. Mis mejillas empiezan a enrojecerse involuntariamente por la vergüenza de ser entrevistada por alguien con quien me acosté.

—Pero, por favor —continúa después de una pausa incómodamente larga—. No dejemos que nuestra... historia se interponga en lo que estoy seguro será una entrevista impresionante —Me guiña un ojo, y casi me desmayo—. Estoy reemplazando a Jackson hoy —Se recuesta en su silla, afectando de nuevo su habitual confianza en sí mismo—. Tal vez, si todo sale bien, incluso pueda poner una buena palabra.

Sacudo la cabeza instantáneamente. —Oh no, por favor —Lo miro con seriedad—. No quiero conseguir este trabajo por ninguna otra razón que... las correctas —Me muerdo el labio. Sueno estúpida, pero ¿cómo más se supone que diga que no quiero que me dé este trabajo porque te metiste en mis pantalones?

Me está mirando tan intensamente que casi siento la necesidad de desviar la mirada. Pero entonces se ríe. —Por supuesto, Esme.

Una parte de mí piensa que mi nombre suena mal saliendo de su boca. Que debería haberme llamado ángel. Me sonrojo de nuevo ante el pensamiento.

—¿O debería llamarte... —Me estremezco—. Angelica?

—Oh, cierto, sí. Lo siento por eso —Dios, este es el peor escenario posible—. Yo... no me gusta dar mi nombre a extraños. Es, um, algo que mi madre me enseñó.

Su rostro se suaviza. ¿Lo recuerda?

—No te preocupes por eso —Puedo ver que quiere decir algo más, pero no lo hace. Luego vuelve a ser el de siempre, y se inclina hacia adelante, con algo seductor en sus ojos gris tormenta—. Aunque, difícilmente somos extraños ya.

Me quedo sin palabras. Él se recuesta.

—Entonces, Angelica —Mira mi currículum antes de dejarlo caer de nuevo sobre el escritorio—. ¿Una cafetería? ¿Qué haces allí?

Frunzo el ceño. —No todos podemos ser millonarios.

Levanta una ceja hacia mí. —Tal vez no todavía.

¿Está... coqueteando?

—Lo que quiero decir, Angelica, es por qué siempre te subestimas? Veo que te graduaste de la facultad de derecho, y te fue bien —Hace una pausa—. Entonces, ¿por qué estás solicitando un puesto de asistente legal?

Frunzo el ceño y respondo bruscamente. —Oye, intenta pagar las clases para el examen de la barra mientras aún estás pagando préstamos estudiantiles.

Me mira, y por un momento, estoy aterrorizada de que me vaya a echar de la oficina en ese mismo instante. Pero entonces, sonríe. —Ahí está esa chispa —Sus ojos bajan a mis labios antes de encontrarse con los míos de nuevo. Mi corazón se salta un latido—. He extrañado eso, Angelica —Vacila.

—He extrañado... —Mi corazón aletea, y de repente, estoy mirando sus antebrazos, gruesos y venosos, sus enormes manos sujetando mi currículum con dedos tensos. Las mangas de su camisa blanca están enrolladas, justo como estaban cuando lo conocí en el bar aquella noche.

Se aclara la garganta.

—Angelica —Se levanta de su silla, y mi corazón está en mi garganta—. Te conozco —Comienza a rodear su escritorio y se pasa una mano por sus oscuros y brillantes rizos—. Sé que puedes hacer esto. Tienes el trabajo si lo quieres.

Se detiene frente a mí y se apoya contra el escritorio. La excitación me quema mientras lo miro a través de mis pestañas. Él me mira intensamente.

Lleva una mano a mi barbilla, y su otra mano se mueve para colocar un mechón suelto de mi cabello detrás de mi oreja. Inclina su enorme figura hacia abajo para que su rostro esté cerca del mío. Puedo ver motas doradas en sus iris, y mis párpados aletean. Puedo decir que quiere besarme, y inicialmente resisto la idea. Pero es tan tentador, tan cerca de mí, que me hace ablandarme ante su toque.

—Yo...

Pero me silencia presionando sus labios contra los míos.

El beso es eléctrico, apasionado. Su boca se mueve contra la mía, como piezas de un rompecabezas destinadas a encajar. Comienza lento y suave, y recuerdo cómo me cuidó aquella noche. Luego, cuando empieza a intensificarse, con nuestras lenguas jugueteando, recuerdo cómo me devoró.

Su mano traza una línea por mi espalda, y gimo suavemente en su boca. Deseando más.

Rodeo su cuello con mis brazos, y él me levanta, con un brazo bajo mi trasero y el otro alrededor de mi espalda. Seguimos besándonos mientras tantea la puerta detrás del escritorio y me lleva a un baño privado. Cierra la puerta con llave tras nosotros.

Todos los pensamientos sobre el trabajo, sobre mi secreto, sobre cualquier cosa que no sea el momento presente, han abandonado mi mente. Solo somos él y yo.

Es como si nuestros cuerpos se recordaran mutuamente. Me sienta en el borde del lavabo, y mi espalda se arquea para acercarme más a él. Me atrae hacia sí, estrechándome con fuerza entre sus brazos, y puedo sentir su fortaleza. Y entonces, se aparta.

—Angelica... —Se interrumpe y desvía la mirada—. Quiero que sepas que he pensado en ti todos los días desde que nos conocimos.

No sé qué decir. Solo lo miro, con su rostro sonrojado, sus labios oscuros, su cabello alborotado.

—Me... dolió cuando te fuiste aquella mañana.

Empiezo a decir algo, pero me hace callar.

—Está bien. Es lo que yo habría hecho, con cualquiera... excepto contigo.

—Emory, yo...

Pone un dedo sobre mis labios.

—Solo quería que supieras... contigo, es diferente.

Y entonces empuja su dedo entre mis labios.

Me mira con tanta intensidad que mis ojos se cierran ante el calor de su mirada. Separo los labios, y mi lengua se encuentra con su dedo. Su otra mano se enreda en mi cabello, echándome

la cabeza hacia atrás. Baja su boca a mi cuello, y sus labios rozan mi piel, dejando un rastro de besos suaves como el roce de un ángel. Cuando aumenta la presión y empieza a mordisquear la delicada piel de mi garganta, se me escapa un suave gemido.

Retira su dedo de mi boca, y su mano traza una línea por mi cuerpo, como si intentara recordar cada curva. Cuando llega al borde de mi falda, empieza a moverse más rápido en mi cuello, casi frenéticamente mientras sube la tela por encima de mi cintura para exponer mis bragas.

Gimo cuando su dedo húmedo roza el interior de mis muslos.

Acerca sus labios a mi oído y susurra con voz ronca:

—Sí, ángel. He echado de menos esos sonidos.

Aparta mis bragas a un lado y deja que su dedo recorra mis labios vaginales, tan suave y tiernamente que mi respiración se entrecorta de anticipación.

—¿Qué quieres? —susurra en mi oído. La sensación de su aliento en mi piel electrifica mi cuerpo.

—Te quiero a ti, Emory —respondo, y mi mano sube por su brazo musculoso para enredarse en su cabello.

—Eso es lo que quería oír. —Desliza un dedo dentro de mí, y nuestras miradas se encuentran mientras gimo suavemente. Sus ojos observan mi rostro intensamente, quemándome con su calor mientras frota mi punto G lentamente, provocando sonidos que solo he hecho para él antes. Mi otra mano agarra su camisa blanca desesperadamente mientras oleadas de placer recorren mi cuerpo.

Me besa de nuevo mientras me acaricia, su pulgar frotando mi clítoris mientras su otro dedo se mueve dentro de mí, pero mi boca se niega a cooperar, susurros y gemidos escapando de mi boca abierta hacia la suya.

—Estás tan húmeda, ángel —murmura—. He echado de menos este coño.

Mi cabeza se inclina hacia atrás mientras me acerco al clímax, abrumada por la sensación. Su otra mano se mueve hacia mi cuello, rodeando mi garganta. Me siento totalmente bajo su control, totalmente a su merced. Pero no me asusta. Me excita.

—Córrete para mí, Angelica. —Tan pronto como dice esas palabras, un orgasmo pulsa a través de mí. Mi visión se oscurece mientras mi sexo palpita, mis gemidos escapando como jadeos y chillidos por la presión en mi cuello. Mi agarre en la camisa de Emory finalmente se afloja mientras lo supero, con la cara sonrojada y las piernas temblorosas.

—Esa es mi buena chica —murmura, soltando mi cuello y acariciando mi cabello.

—Eso fue... increíble, Emory.

—Lo fue. —Tiene una sonrisa maliciosa en su rostro—. Pero aún no hemos terminado.

Me folla allí mismo en el lavabo. Llegamos juntos esta vez, y me doy cuenta de cuánto he echado esto de menos. Qué fáciles son las cosas con él. Qué orgásmicas.

Su ternura, su atención, es agradable en el momento, pero cuando terminamos, mirándonos y recomponiéndonos, es suficiente para hacerme sentir horrible por el secreto que le estoy ocultando. No estuvo bien que decidiera ocultarle a Anastasia. Mientras me ayuda a limpiarme, decido contarle todo.

Volvemos juntos a la oficina y nos sentamos de nuevo en nuestros respectivos asientos. Suelto una risita por lo absurdo de todo. Él sonríe.

—Bueno, Angelica. Creo que has aprobado tu entrevista con nota.

Me recompongo, preparándome para la difícil conversación que estamos a punto de tener.

—Emory... hay algo que necesito decirte.

Me mira con sinceridad, pero justo entonces, alguien llama a la puerta.

—Adelante —responde Emory mientras yo trato frenéticamente de alisar mi cabello.

Una mujer entra, hermosa y delgada como una modelo.

—Espero no interrumpir nada. —Nos sonríe ajena a todo.

—No, Jasmine, pasa —responde Emory, devolviéndole la sonrisa. Se recuesta en su silla, haciéndole un gesto para que entre. Hay algo en su lenguaje corporal que me hace darme cuenta de que existe una familiaridad entre ellos.

—Solo vengo a dejar esto... —dice ella con voz seductora mientras camina detrás del escritorio para pararse justo al lado de Emory en la silla—. Pero principalmente, solo quería saludar —Se inclina por la cintura para dejar los papeles de una manera ridículamente seductora.

Él le devuelve la sonrisa de una manera que solo le he visto dirigirme a mí.

Luego, ella se inclina para besarle la mejilla y coloca delicadamente una mano en su pecho.

—¡Nos vemos luego! —le dice mientras se dirige hacia la puerta.

Mi cara se enrojece al darme cuenta de lo que está pasando. Todas esas cosas que me dijo eran mentira. Solo me estaba utilizando de nuevo. Esa mujer era claramente su novia; era lo suficientemente hermosa para serlo, a diferencia de mí. Frunzo el ceño mientras analizo esto. Emory la engañó conmigo, y eso es todo lo que fue esto. Una parte de mí se rompe por dentro. Estoy enojada y herida. Ya no hay posibilidad de que le cuente sobre Anastasia, y necesito salir de aquí antes de decir algo de lo que me arrepienta.

—Jasmine —llama Emory para detenerla mientras sale de la oficina, con un tono de molestia en su voz, y hay un dejo de vergüenza en su rostro. Pero ella ya se ha ido. Se recuesta en su silla y sonríe tímidamente después de que ella se va, como si estuviera acostumbrado a esto.

Hay un momento de silencio después de que ella se va.

—Entonces —Emory se vuelve hacia mí expectante, como si nada hubiera pasado—. ¿Qué estabas diciendo?

Lo miro con disgusto, parpadeando para contener las lágrimas en mis ojos. —Solo estaba diciendo —recojo mis cosas—que necesito irme —Empiezo a caminar hacia la puerta mientras Emory frunce el ceño. Trato de ocultar el temblor de mis manos mientras abro la puerta. Tan pronto como la cruzo, las lágrimas comienzan a fluir.

Puedo oírlo llamándome mientras me voy.

Capítulo 8

Emory

Me quedo sentado detrás del escritorio, atónito, durante unos vergonzosamente largos momentos. No tengo idea de qué pudo haber causado que Angelica se fuera con tanta prisa después de todo lo que dije. Pensé que había sido claro sobre lo que ella significaba para mí, pero cuando se fue, parecía herida. ¿Había hecho algo mal?

Y entonces me doy cuenta: Jasmine. No le había dado mucha importancia al encuentro. Sí, ella era coqueta, pero eso era normal para mí. Estaba acostumbrado a ignorarlo. Pero obviamente, no lo era para Angelica. De repente me doy cuenta de que ella debe haber pensado que había algo romántico entre Jasmine y yo.

Salgo de la oficina rápidamente, sin molestarme en recoger mis cosas. Me apresuro hacia la puerta, con la esperanza de alcanzarla en el estacionamiento. Pero ya se ha ido.

De camino de vuelta, Jasmine me detiene.

—¿Cómo fue esa última entrevista? —ronronea, poniendo una mano en mi pecho para detenerme.

Aparto su mano. —Jasmine, tienes que parar esto.

Ella parpadea hacia mí con fingida ignorancia. —¿A qué te refieres?

—Me refiero a todo el coqueteo. Tiene que parar. Te lo he dicho antes: eres como una hermana para mí. Nunca va a pasar nada.

Se sonroja y baja la mirada. —Emory, vamos. Somos perfectos el uno para el otro. Te... te darás cuenta eventualmente.

—No, Jasmine —digo, elevando el volumen de mi voz—. Nunca me voy a "dar cuenta". ¿Quieres saber quién es esa mujer? Es alguien a quien... aprecio. Alguien a quien he estado

esperando durante mucho tiempo.

Puedo ver que está a punto de llorar, pero no me quedo. Me apresuro de vuelta a la oficina de Jackson para obtener el número de Angelica de su currículum.

No contesta la primera llamada. Ni la segunda. Ni la tercera. Empiezo a desesperarme. No puedo soportar la idea de no volver a verla. He esperado tanto tiempo para que reapareciera en mi vida. Era cierto lo que le dije, que había pensado en ella todos los días desde que nos separamos. No quería admitirlo ante nadie, ni siquiera realmente ante mí mismo, pero ahora que la he visto de nuevo, sé que la necesito en mi vida. Necesito verla otra vez. Necesito explicarle.

Finalmente decido ir a su casa. Su dirección está en su currículum, y puede que la sorprenda, pero tengo que hacerlo para asegurarme de que sepa cómo me siento realmente.

Es un largo viaje, y todo el tiempo estoy repasando en mi mente lo que voy a decirle. Sé que si aclaro que no hay nada entre Jasmine y yo, podemos darle una oportunidad real a esto. Tiene que funcionar. Tiene que hacerlo.

Estaciono en la entrada con mi Mercedes y ni me molesto en arreglarme. Me sorprende un poco el tamaño de su casa. Es pequeña, y no está en el mejor vecindario tampoco. Claramente necesita este trabajo.

Me abrocho de nuevo la chaqueta del traje una vez que salgo del coche y respiro profundamente. Estoy inusualmente nervioso. Soy un buen conversador. Como hombre de negocios, pasar por alto errores y convencer a la gente de hacer lo que quiero me sale naturalmente. Pero Angelica me hace algo, me hace perder el equilibrio. Toda apariencia de compostura desaparece cuando ella abre la puerta.

De alguna manera, está aún más hermosa así. Ojos rojos de llorar, cabello desordenado y echado hacia atrás descuidadamente, con una camiseta grande y unos shorts de Nike. Sigue siendo radiante. No hay nada que quiera hacer más que envolverla en mis brazos.

—Emory. —Parece sorprendida de verme—. ¿Qué haces aquí?

—Solo quiero hablar. —Cambio el peso de pie nerviosamente—. ¿Puedo pasar?

Puedo ver que no hay nada que quiera más que arremeter contra mí, gritarme, desahogarse. Pero después de un momento de duda, se hace a un lado y me deja entrar.

—Tienes mucho valor al venir aquí. —Cruza los brazos—. No puedo creer que te haya dejado usarme así...

—Angelica, puedo explicarlo.

Ella se queda en silencio pero aún visiblemente enojada.

—No hay nada entre Jasmine y yo. Crecimos juntos y somos cercanos. Pero eso es todo. No tengo sentimientos por ella.

Ella levanta una ceja. —¿Alguna vez te has acostado con ella? —Hay disgusto en su voz.

—No —prometo sinceramente. Intento tomar su mano, pero ella se aleja—. Es como una hermana pequeña para mí.

—Bueno, está claro para mí que ella te ve como algo más que un hermano mayor. —Pero puedo notar que empieza a creerme, que comienza a bajar la guardia.

—Angelica. —Me acerco y pongo mis manos en sus brazos. Sus perfectos labios rosados tiemblan—. He estado esperando tanto tiempo para verte de nuevo. Por favor. Todo lo que quiero es una oportunidad. —Sus ojos marrón oscuro miran los míos. Me inclino más cerca de ella.

Antes de que pueda besarla, ella me empuja.

—No, Emory. Lo que pasó hoy fue un error. Apenas nos conocemos, y... necesito este trabajo.

Parpadeo. Sus palabras duelen.

—Tenemos que mantener las cosas profesionales, y necesitas irte. —Abre la puerta.

—Angelica, por favor solo...

—No, Emory. Tienes que irte.

Contemplo seguir discutiendo con ella, pero me doy cuenta de que eso no mejoraría su imagen de mí. Me arreglo el traje mientras me dirijo hacia la puerta y me peino el cabello, tratando de mantener la compostura. —Está bien, Angelica. —Incluso me giro para darle un apretón de manos mientras salgo por la puerta, en nombre del profesionalismo.

Ella parece sorprendida pero me devuelve el apretón de manos.

—Nos vemos. —Le doy una última sonrisa. Camino hacia mi coche, echando los hombros hacia atrás y andando con confianza, fingiendo que no me ha herido.

Capítulo 9

Angelica

—¿Puedes pausarla? —pregunto, y Camry pausa la película.

Camry, Anastasia y yo estamos viendo la nueva película de los minions cuando recibo una llamada. Reconozco el número como el que Emory usó hace unos días antes de aparecer en mi casa. Pero sé que podría ser sobre el trabajo, así que me aparto y contesto.

—¿Hola?

—Hola, Angelica. Suena como su habitual yo confiado. Tomo eso como una señal de que tenía razón al terminar las cosas.

—Hola, Emory.

—Quería informarte que el trabajo es tuyo si aún lo quieres.

Me quedo en silencio. Creo que probablemente sabe lo que estoy pensando.

—No es por mí. Jackson leyó tu carta de presentación y quedó impresionado. Está buscando una mente fresca. Y estás sobrecalificada.

—Genial. Entonces lo tomaré —respondo secamente.

—Él te enviará los detalles por correo electrónico.

—Perfecto. —Empieza a decir algo más, pero cuelgo. No necesito más sentimientos encontrados sobre mi decisión.

Cuando vuelvo al sofá, Camry inmediatamente se da cuenta de que algo ha sucedido.

—Ana —comienza Camry—, ¿por qué no juegas con tus muñecas un minuto mientras tu mamá y yo hablamos?

Anastasia protesta pero finalmente cede, y Camry y yo nos dirigimos a la cocina.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Conseguí el trabajo —confieso, y los ojos de Camry se agrandan.

—¿Era el Señor Millonario Imbécil al teléfono?

Asiento.

—Mierda... ¿Sabes qué quieres hacer?

Dudo. —Creo que voy a aceptarlo.

—¿Qué vas a hacer con Emory?

—Yo... no lo sé. Lo busqué en internet, y no es bueno. Ha estado con celebridades, modelos, y siempre ha sido él quien termina las cosas. Me siento completamente fuera de mi liga con él —digo.

Camry asiente.

—Me hace pensar que tomé la decisión correcta... —Miro a Anastasia y bajo la voz—. Sobre no decirle. Es un mujeriego. No quiere un hijo, ni estar atado.

Camry piensa por un segundo. —Entiendo por qué pensarías eso. —Me mira con simpatía y entrelaza sus dedos con los míos—. Pero vas a tener que ser cuidadosa. Este es un gran secreto, y se lo has ocultado durante años. Tienes que asegurarte de que no lo descubra.

Asiento. —Así que... —Camry se detiene—. Eso probablemente significa que no deberías volver a acostarte con él.

Me muerdo el labio ansiosamente y asiento.

Camry continúa. —Si sigues teniendo encuentros, los sentimientos podrían involucrarse. Y eso sería difícil para ti y para Ana.

—Sí —digo suavemente y un poco triste—. No quiero arriesgarme a involucrarme más con él, presentarlos, y que... no funcione. Eso la destrozaría.

Camry asiente.

Estoy enojada con él, molesta por cómo resultaron las cosas, pero una parte de mí ya lo extraña. La forma en que me hace sentir. Y extraño la manera en que hablamos aquella noche hace años, como si nos conociéramos de toda la vida. La verdad es que ya tengo sentimientos por él. Pero sé que ella tiene razón.

Capítulo 10

Emory

Angélica es exasperante. Comprendía, hasta cierto punto, por qué quería mantenerme a distancia al principio. Estaba preocupada por el trabajo. Estaba preocupada por Jasmine. Pero consiguió el trabajo, y la tranquilicé respecto a Jasmine. Han pasado dos semanas y apenas me habla.

Nunca había tenido este problema con una mujer antes. Intento no ser engreído, pero normalmente soy muy cotizado. Y no es un problema de atracción. Puedo notar que contiene la respiración cada vez que entro en una habitación. Entonces, ¿qué es?

Han sido dos semanas llamándola, pasando por su escritorio, encontrándola en los pasillos de la oficina. Cada vez, o me manda directamente al buzón de voz o sale corriendo con alguna excusa de tener trabajo que hacer. Me está haciendo parecer patético. Jackson no puede burlarse lo suficiente de mí. Además, estoy atrapado en este agujero infernal de Pensilvania.

Hoy, voy a cambiar mi estrategia. Hoy voy a jugar su juego.

Llamo a la puerta de su oficina, armado con una carpeta llena de documentos legales, una razón por la que tiene que hablar conmigo.

—Adelante —dice desde dentro, y puedo oír el estrés en su voz. Ha estado trabajando duro aquí desde que consiguió el trabajo. Necesita una distracción.

Entro por la puerta y su expresión cambia inmediatamente. Frunce los labios y me mira. —¿Qué quieres, Emory?

Me llevo una mano al corazón. —Auch —digo, pero cuando no se ríe, me acerco a su escritorio de todos modos—. Relájate, solo tengo algunas preguntas legales para ti.

—¿Ah, sí? —Levanta una ceja y toma la carpeta de mí. Se pasa un momento revisando los documentos.

Se ve tan impresionante como siempre. Mechones castaños atados en un moño despeinado, con algunos mechones sueltos enmarcando su rostro. Labios rosados y mordidos. Su cuerpo perfecto ni siquiera puede ocultarse bajo la blusa holgada.

—¿Estos son solo documentos legales aleatorios? —pregunta, dándose cuenta más rápido de lo que esperaba.

—Vamos, Angélica. Solo habla conmigo. Has pasado semanas evitándome, necesitaba una razón para entrar en tu oficina.

—Este es un intento bastante mediocre —espeta—. Emory, no tengo tiempo para ser tu trofeo. Tengo demasiadas cosas entre manos. No estoy interesada. —Su respiración se entrecorta en la última palabra, y puedo notar que está mintiendo.

—Angélica, quiero más que un trofeo contigo. Voy en serio contigo. Quiero... algo real. —Me cuesta pronunciar las palabras, pero son ciertas.

Ella parpadea y aparta la mirada. Tiene una expresión adorablemente confusa en su rostro, y sé que me desea, pero está asustada. Necesito mostrarle que valgo la pena su confianza.

Extiendo la mano sobre el escritorio y tomo la suya. Ella me mira de nuevo, sus ojos marrones nadando en emociones. Hay algún conflicto dentro de ella que no entiendo completamente, pero quiero hacerlo. La observo, su boca perfecta, las pecas esparcidas por sus mejillas pálidas, su linda nariz respingona.

—Angélica, me importas. De una manera en la que nunca me ha importado nadie antes. —Me inclino sobre el escritorio—. Déjame demostrártelo.

Antes de que pueda decir nada en respuesta, la beso.

Sus labios presionan contra los míos con desesperación, y sé que ha estado deseando esto tan intensamente como yo. Cada vez que nos tocamos, cada nervio de mi cuerpo se enciende. Mi piel arde de necesidad por ella. Sus labios son como agua en el desierto. Son todo lo que quiero.

Nos besamos vorazmente, desesperadamente, nuestras lenguas luchando por el dominio. Pero aún así sé que se está conteniendo. Tiene miedo de que esto vaya más lejos. Hay algo que no me está diciendo que la mantiene distante. Pero puedo arreglarlo. Solo necesito recordarle lo que podemos hacer juntos, lo perfectas que pueden ser las cosas cuando nos entregamos el uno al

otro.

Me aparto del beso y me pongo de pie, cruzando hacia ella. La miro desde arriba, y ella está en silencio, esperando a que yo haga el siguiente movimiento. —Sé que quieres esto, Angélica. —Me inclino y la tomo en mis brazos. Ella no me detiene. La miro a los ojos. —Déjate llevar.

—Emory, yo...

—Sé que tienes miedo. Pero te prometo que esto es lo correcto. Solo necesito oírte decir que lo quieres.

Ella duda. Espero.

—Lo quiero.

Antes de que las palabras salgan completamente de su boca, equilibro su peso en un brazo y despejo su escritorio. La coloco suavemente, antes de subirme encima de ella.

La beso de nuevo con convicción. Ahora que sé que esto es lo que ella quiere, no puedo moverme lo suficientemente rápido. Mi cuerpo ha estado anhelando el suyo durante demasiado tiempo.

Me aparto brevemente para mirarla. Para absorberla. La belleza de su presencia, en la forma en que se niega a reconocer lo perfecta que es. Esa mirada en su rostro que me dice que no entiende por qué la deseo tanto. Es un recordatorio de lo que necesito mostrarle, lo que necesito hacerle entender.

Pero mientras gran parte de mí está abrumada por los sentimientos solo con mirarla, el resto de mí está dominado por la lujuria.

—He extrañado esto, Emory —confiesa en un susurro mientras froto mis caderas contra ella, mi miembro ya duro. Es irresistible.

Ella atrae mis labios de vuelta a los suyos por el cuello de mi camisa mientras acuno uno de sus pechos en mi mano. Su blusa es más delgada de lo que me había dado cuenta, y froto mi pulgar sobre su pezón, provocando un gemido —como música para mis oídos— de ella. Sigo frotando mis caderas contra ella, la fricción convirtiéndonos a ambos en animales, locos de necesidad. Ella desliza una mano hasta mi entrepierna y tira de la cremallera.

—Sabía que me deseabas —le susurro al oído mientras desabrocha mi pantalón.

Suspira complacida al sentir mi dura verga contra su mano ansiosa. Empieza a acariciarme y gimo, deslizando mi mano bajo su falda rosa. Ya está muy mojada.

—¿Te sientes un poco excitada, ángel?

Me mira con una intensidad que no había visto antes. Como si lo deseara y no estuviera dispuesta a esperar.

Pero no lo permitiré. —Paciencia —me froto contra sus pliegues húmedos, y ella lleva su otra mano a la boca, reprimiendo un gemido.

—No —digo—. Quiero oírlo.

Sus cejas se fruncen en la más adorable muestra de resistencia. —Emory. Estamos en la oficina.

Pero cuando rozo su clítoris con el pulgar, no puede evitarlo y un sonido desesperado escapa de sus perfectos labios.

—No... me... importa —digo mientras continúo frotando, y sus mejillas y pecho se enrojecen de excitación.

Mi paciencia se agota rápidamente. He estado esperando esto durante semanas, y con ella acariciando mi verga, estoy más cerca de lo que quisiera. Me coloca en posición y no la detengo. Deslizarme dentro es como el éxtasis. Lo siento en todo mi cuerpo.

Arquea la espalda y susurra un débil: —Dios mío.

Empiezo lento al principio, moviendo mis caderas suavemente. Su mano está fuertemente enredada en mi pelo, y torpemente desabrocho los botones de su blusa para exponer sus pechos. Cubro su pecho de suaves besos mientras embisto, y ella gime suavemente con cada movimiento que hago.

Cuando puedo sentir que se adapta al ritmo, su cuerpo ablandándose alrededor del mío, empiezo a aumentar la velocidad. Presionando profundamente en ella con cada embestida. Sus gemidos se han convertido en maullidos. Está demasiado abrumada por las sensaciones para controlarse. El escritorio empieza a balancearse de adelante hacia atrás con la fuerza de mis movimientos. Apoyado en un brazo, uso el otro para sostener su cintura y mantenerla quieta. Mi boca

encuentra su pezón, y mi lengua sale a saludarlo antes de chuparlo.

Su mano baja de mi pelo y se clava en mi espalda, y puedo notar que está cerca. Inclino mi cuerpo para encontrar su punto G con mi verga, un movimiento grabado en mi memoria muscular a estas alturas.

—Oh Dios —respira inmediatamente—. Emory, voy a...

—Mírame, ángel —le ordeno—. Quiero que me mires mientras te corres.

Sus ojos se encuentran con los míos. Su maquillaje está corrido y sus ojos lagrimean. Se muerde los labios mientras se acerca, y solo esa visión hace que mi corazón lata aún más rápido.

—¡Oh Dios, Emory, oh sí! —grita mientras alcanza el clímax.

Tenemos suerte de que esta oficina sea prácticamente insonorizada. Me es imposible no terminar mientras sus paredes se contraen alrededor de mi verga, mientras su cuerpo tiembla debajo de mí. Observo su rostro mientras lo experimenta. Veo cómo sus ojos se ponen en blanco, su boca se abre, sus mejillas tan hermosamente sonrojadas.

Una vez que ambos hemos cabalgado las olas de nuestros orgasmos, me aparto de ella y me pongo de pie junto al escritorio. Me giro hacia ella y me dispongo a acariciar su sedoso cabello, pero ya se está limpiando.

Está en silencio, de espaldas a mí mientras se limpia con unos pañuelos. Estoy atónito. Esta no es la misma mujer que acabo de tener en la palma de mi mano.

—Así que —empiezo, admirando su figura—. ¿Qué vas a hacer para cenar esta noche? Hay un lugar a la vuelta de la esquina. Conozco al chef. Podríamos...

—No, gracias —responde Angelica, ocupándose en ordenar su escritorio. No me mira a los ojos.

Frunzo el ceño. —¿Pasa algo?

—No —responde, mirando finalmente hacia arriba—. Solo tengo que volver al trabajo. —La obvia insinuación es que debería irme.

—Claro —digo lentamente—. Pero podríamos ir después de que salgas.

—No puedo esta noche. —Su voz es monótona—. Gracias de todos modos.

Me subo la cremallera del pantalón y hago una pausa. —¿Esto es solo sexo para ti, Angelica?

Se queda inmóvil.

Me apresuro a continuar. —Está bien, quiero decir, si lo es. Si es todo lo que puedes ofrecer ahora, puedo esperar hasta que estés lista para más.

Angelica suspira. —Me... gustas, Emory. Pero...

Lo dejo pasar. —Está bien, de verdad. Puedo esperar.

Se gira hacia mí, y le muestro una sonrisa para ocultar el hecho de que en realidad estoy profundamente decepcionado.

—De acuerdo —responde. Hay un breve silencio—. Bueno, nos veremos.

—Claro —respondo torpemente y termino de arreglarme—. Hasta pronto —lo digo más para asegurarme a mí mismo.

Abro la puerta de su oficina y, al salir, veo a Jasmine escabulléndose. —¡Jasmine! —la llamo en voz baja una vez que he cerrado la puerta.

Se gira lentamente, como si la hubieran pillado haciendo algo malo, y me doy cuenta de que ha estado escuchando a escondidas.

—¿Qué estabas haciendo?

—Oh, nada. —Se sonroja.

Decido no presionarla. Con suerte, esto al menos habrá puesto las cosas en perspectiva para ella.

Capítulo 11

Angelica

Estoy sentada en mi escritorio, intentando trabajar, pero no puedo concentrarme. La culpa me corroe el estómago y lo único en lo que puedo pensar es en Emory y Anastasia.

El hecho de que le he estado mintiendo a Emory, quien me ha dicho que se preocupa por mí. El hecho de que Anastasia no conoce a su padre. El hecho de que los estoy manteniendo separados.

Miro fijamente los papeles en mi escritorio y parpadeo. Esto ha ido empeorando en las últimas semanas. Emory ha estado pasando por aquí todos los días que está en la ciudad, lo cual es más a menudo que no. Puedo notar que se está esforzando por verme, lo que solo me hace sentir horrible por la deshonestidad que mantengo.

Pensé que era un mujeriego, y una parte de mí aún lo cree. Pero si eso es cierto, su actuación es muy convincente. Me está tratando bien, jugando según mis reglas. Quiero confiar en él. Pero con Anastasia en juego, es difícil.

Además, acostarme con él todo el tiempo ha estado afectando mis sentimientos hacia él. Es lo último en lo que pienso cuando estoy acostada en la cama por la noche, y lo primero que pienso en cuanto abro los ojos. Mis sentimientos están creciendo, y el increíble sexo que hemos estado teniendo no ayuda a detenerlo.

Pero si le cuento —sobre Anastasia, sobre cómo me siento, sobre todo— no tengo idea de lo que pasará. Tendría derecho a estar enojado conmigo. ¿Pero y si se desquita con Anastasia? ¿Y si la resiente y entonces ella pierde a su padre para siempre?

Al menos ahora está en California. Es un hombre ocupado, con una agenda llena. ¿Quién sabe cuándo lo volveré a ver? No tengo que preocuparme por esto hoy. Debería realmente, realmente intentar concentrarme en el trabajo.

Vuelvo a las regulaciones tecnológicas que estoy revisando para Jackson, finalmente en un mejor

estado mental. Y entonces suena mi teléfono. Veo el identificador de llamada de Camry.

—Hola, chica —contesto, aún medio leyendo mientras hablo.

—Angelica, siento llamarte al trabajo, pero acabo de recibir una llamada de la escuela de Anastasia —. Suena preocupada, así que inmediatamente presto atención.

—¿Qué pasa? —pregunto rápidamente.

—No es nada grave, solo que no se siente bien. Todavía estoy en el trabajo, así que no puedo ir por ella aún. Y mis padres siguen en el médico —. Suena apologética.

—Entiendo. No te preocupes, yo puedo ir por ella. Hablaré con Jasmine, estoy segura de que entenderá —. Una alarma suena en mi cabeza. He sido muy discreta sobre mi vida personal hasta ahora en el trabajo, y nadie sabe que tengo una hija.

Con la estrecha relación entre Jasmine y Emory, espero poder confiar en que ella guardará silencio. Además, estoy un poco aprensiva sobre pedir permiso para salir del trabajo a recogerla tan temprano en mi carrera aquí. Pero todos en la gerencia han sido amables y comprensivos hasta ahora, así que trato de convencerme de que serán razonables.

—Lo siento, Angelica. ¿Estás segura de que está bien?

—Sí —la tranquilizo—. Me iré lo antes posible —. Recojo mis cosas tan rápido como puedo y me apresuro a la oficina de Jasmine.

Jasmine fue tan comprensiva como esperaba, después de que le expliqué la situación. Pareció sorprendida al saber que tengo una hija, pero no percibí ninguna animosidad, así que espero que lo mantenga para sí misma.

Acabo de volver al estacionamiento de la oficina, con Anastasia a cuestas. Tiene la nariz mocosa y está estornudando, pero sin fiebre, así que supongo que está bien volver por el resto del día. Además, ella estaba emocionada por ver el trabajo de su mami.

—¡Aquí estamos! —digo alegremente, estacionando mi viejo Honda destartalado y saliendo para desabrocharle el cinturón.

—¡Yupi! —vitorea ella, su estado de ánimo inalterado por su resfriado.

Volvemos a entrar a la oficina, tomadas de la mano. Estoy rezando en silencio para que Emory no haga una visita sorpresa hoy. Acaba de irse a California hace unos días, así que espero estar a salvo, pero no puedo estar segura. Molestamente, ha estado apareciendo algo aleatoriamente sin previo aviso. Parece asumir que no tendré otros planes. Generalmente tiene razón, pero aun así.

Si lo hace, no tengo idea de cómo explicaré esto.

—¿Quieres ver la oficina de mami? —le pregunto a Anastasia, mientras los otros empleados le sonríen al pasar.

—¡Sí! —responde emocionada, saltando mientras caminamos.

Abro la puerta de mi oficina y la guío adentro.

Sentado detrás del escritorio está Emory.

Capítulo 12

Emory

—¿Quién es ese, mamá? —pregunta la niña pequeña, metiéndose el pulgar en la boca y mirándome fijamente.

Angelica está de pie en la puerta, con la boca ligeramente entreabierta y los ojos muy abiertos, también mirándome fijamente. Parece que la he pillado por sorpresa. La idea era sorprenderla, pero esto es inesperado.

Frunzo el ceño mientras mi mente procesa la información. ¿Tiene una hija? Relajo mi rostro con una sonrisa y pongo en marcha mi encanto. —Me llamo Emory —respondo, mirando a la niña y poniéndome de pie para ofrecerle mi mano—. ¿Y tú cómo te llamas?

Parece tímida y se esconde parcialmente detrás de Angelica.

Retiro mi mano y me inclino. —No pasa nada, soy amigo de tu mamá.

—Me llamo Ana —responde en voz baja.

—Encantado de conocerte, Ana. —Le dedico una sonrisa más antes de incorporarme—. Conocí a otra Ana hace tiempo... —Me pierdo momentáneamente en los recuerdos de mi hermana antes de volverme hacia Angelica. Ella sigue callada, mirándome con una expresión que no puedo descifrar.

—¿Es tu hija, Angelica? —intento que no se note la sorpresa en mi voz. Si es así, esta es mi oportunidad de demostrar que voy en serio con ella. Que puede confiar en mí. Tal vez esta sea la razón por la que ha estado a la defensiva. Si puedo demostrarle que esto no me afecta, quizás por fin baje la guardia.

Angelica se muerde el labio y duda. —S-Sí. Sí, es mi hija. Saluda, Ana.

—Hola —recita obedientemente.

—Bueno, me alegro mucho de conocerte. Tu mamá y yo somos viejos amigos. —Miro a Angelica para ver su reacción. Parece que se está relajando, y lo tomo como una señal para dirigir mi atención a Ana. Puedo demostrarle que puede confiar en mí para tener un lugar en su vida.

Ana sale de detrás de su madre. Parece que se está acostumbrando a mí. Es indudablemente adorable, con el pelo castaño trenzado y una nariz respingona como la de su madre. Me resulta familiar de alguna manera, y me invade el deseo de conocerla. Nunca antes me habían interesado mucho los niños, pero ella parece especial, de una manera que no entiendo.

—Ana, ¿te gustaría dar una vuelta por la oficina conmigo?

—¡Sí! —dice inmediatamente con un pequeño salto.

Me vuelvo hacia Angelica. —¿Por qué no vuelves al trabajo y me dejas cuidarla esta tarde? Prometo que la cuidaré bien.

—Emory, de verdad que no hace falta. Yo...

—¿Qué te parece, Ana? ¿Dejamos que tu mami vuelva al trabajo? —Hay un breve momento al decir esas palabras en que algo encaja. Esto parece tan correcto.

—¡Sí, sí! —Ana da saltitos mientras aplaude.

Miro a Angelica en busca de aprobación.

—No sé, Emory. Puede ser difícil de manejar. Creo que debería quedarse conmigo. Tengo algunas... eh... —Coge la mochila de su hija y rebusca en ella—. Tengo algunas cosas para colorear por aquí en alguna parte...

Me levanto y me acerco a ella, poniendo una mano en su hombro hasta que por fin levanta la vista de la mochila para mirarme.

—Angelica, te prometo que la cuidaré bien. —Le dedico una sonrisa sincera—. Puedes confiar en mí. Además... —Miro a su hija, que me sonríe emocionada—. Creo que Ana quiere explorar.

Duda, pero finalmente asiente e incluso sonríe. La idea de que confíe en mí para cuidar a su hija me llena el pecho de calidez, y le devuelvo la sonrisa mientras tomo la mano de Ana.

—Nos vamos a divertir mucho —le susurro mientras la llevo al pasillo, y ella se ríe.

—Y esta es la oficina del jefe —digo con grandilocuencia mientras abro la puerta del despacho de Jackson.

Ella jadea y corre dentro emocionada.

—Vaya —dice mientras mira las fotos enmarcadas y los títulos en la pared. Señala una de Jackson y yo en el yate de un amigo—. ¿Eres tú? —pregunta.

Sonrío. —Sí, soy yo. Soy amigo del jefe. —Me mira con asombro.

—¿Qué te parece si nos sentamos en el escritorio del gran jefe y hacemos algunos deberes? —pregunto.

No tengo ni idea de si realmente tiene deberes. Parece tener unos cuatro años, lo que la pondría en preescolar, supongo. Pero para mi sorpresa, asiente y empieza a hurgar en su mochila. Saca un papel con el contorno de un árbol.

—¿Qué es esto? —pregunto y lo miro.

—Un árbol genealógico —responde con sus palabras adorablemente lentas y torpes.

—Muy bien, vamos a hacerlo. —Busco algunos crayones o rotuladores o algo en el escritorio de Jackson, pero como era de esperar en un jefe de tecnología, no tiene ninguno. Por suerte, Ana saca algunos crayones de su mochila.

—Entonces, ¿empezamos con tu mamá?

—Sí —responde simplemente.

—¿Sabes dónde va?

Señala un círculo en blanco en el árbol, y yo asiento. Se pone a dibujar un retrato a crayón, y yo la observo con nostalgia. ¿Es esto lo que quiero que sea mi vida? No parece tan malo. Me ha aterrorizado la idea de establecerme con otra persona, pero Angelica es diferente. Podría acostumbrarme a esto.

—Bueno, ¿quién sigue?

—Papá —responde, y hago una pausa.

No sé si Angelica querría que yo supiera algo sobre el padre de Ana. Pero es una buena oportunidad para aprender algo sobre ella que de otra manera quizás no me contaría.

—Está bien, ¿dónde va él? —pregunto, y ella señala. Otra vez acertó. Es inteligente.

—¿Puedes dibujarlo?

—No —responde lentamente.

Dudo. —¿Por qué no? —finalmente pregunto.

—Está en el cielo —cada palabra parece salir a paso de tortuga, pero cuando termina, me siento culpable por presionarla.

—Oh —respondo. No estoy seguro de qué hacer, pero ella no parece molesta. Dibuja un fantasma caricaturesco en su lugar.

—Oye, tengo una idea —digo, decidiendo cambiar de tema—. ¿Tienes hambre? ¿Qué tal si pido algo de comida?

Ella suelta el crayón y asiente emocionada.

—Genial —junto las manos—. ¿Qué te parece comida china?

Ana está de acuerdo, y rebusco en el escritorio de Jackson para encontrar un menú. Pedimos y seguimos trabajando en el árbol genealógico hasta que llega la comida. Ella habla un poco sobre su abuela y su abuelo que también están en el cielo, pero me cuenta sobre Camry, la amiga de Angelica del restaurante, y los padres de Camry.

Caemos en un silencio cómodo y comemos cuando llega la comida.

—¿Qué tal está tu pollo? —le pregunto a Ana.

Estuvo jugando con los palillos por un rato, pero eventualmente los abandonó y comenzó a picotear su pollo con miel y arroz con un tenedor. Enrollo mi chow mein en el bocado perfecto.

—Rico —dice y toma otro bocado. Se rasca el brazo distraídamente.

—Así que, Ana —comienzo y termino de masticar—. Cuéntame sobre ti.

Me mira con expresión vacía, y me doy cuenta de lo imposible que es esa tarea para una niña. —¿Cuál es tu animal favorito? —intento en su lugar.

—Me gustan los pájaros —dice simplemente. Está respirando con un ligero silbido, y supongo que debe tener un trozo de comida en la garganta. Pero luego se rasca el brazo de nuevo, y veo un vistazo de la urticaria extendiéndose por su brazo. Me quedo inmóvil.

—Ana —digo lentamente, el temor extendiéndose por mi cuerpo mientras observo el sarpullido rojo y elevado—. ¿Tienes alguna alergia?

Ella se encoge de hombros y se mete otro trozo de pollo en la boca, y es entonces cuando noto que su respiración está saliendo en pequeños jadeos cortos.

—Deja de comer eso —ordeno bruscamente, y ella suelta el tenedor, pareciendo asustada.

Corro alrededor del escritorio y la tomo en mis brazos por instinto. El tiempo parece moverse lentamente mientras la llevo al pasillo corriendo, apretando su pequeño cuerpo contra mi pecho.

—Me pica —se queja suavemente con voz ronca.

Mi cuerpo se inunda de adrenalina.

Irrumpo en la oficina de Angelica corriendo. Está al teléfono y me mira perpleja.

—Está teniendo una reacción alérgica —explico rápidamente, aún sosteniendo a Ana—. Necesitamos llevarla al hospital, ahora.

—Dios mío —dice Angelica en voz baja mientras corre hacia nosotros.

Antes de entregar a Ana a su madre, veo sus pequeños ojos grises llenándose de lágrimas.

—Está bien, está bien. Todo está bien, cariño —Angelica intenta consolarla mientras corre hacia el estacionamiento, y yo troto a su lado.

Abro la puerta de su auto, y mientras Angelica está abrochando a Ana en la silla de seguridad, Jasmine corre afuera llamándome.

Me giro hacia ella, con el rostro afligido por el temor y la ansiedad.

—¿Qué sucede? —pregunto mientras Angelica sube al asiento del conductor.

—Necesito tu ayuda. Los inversionistas acaban de llamar y dijeron que pasarán a ver la oficina, y Jackson no está aquí. Por favor. Te conocen. No puedo hacer esto sola.

—Jasmine, yo... —miro a Angelica, que está tratando frenéticamente de meter la llave en el encendido.

Debe odiarme ahora mismo. He puesto a su hija en peligro. Iba a ir con ella al hospital, pero ahora me doy cuenta de que probablemente solo empeoraría las cosas. Me da una mirada aterrorizada por la ventana, pero cuando no me muevo, se aleja sin un momento de vacilación.

Miro de nuevo a Jasmine mientras Angelica se aleja a toda velocidad. —Sí. Por supuesto que te ayudaré.

Capítulo 13

Angelica

Levanto la vista de la revista que tengo en la mano para ver a Ana mirando embelesada la televisión desde su cama de hospital. Quieren mantenerla aquí toda la noche, pero está mejorando. Fue una reacción alérgica, pero la traje aquí a tiempo, así que debería recuperarse sin complicaciones. Ahora le están haciendo más pruebas y la están monitoreando para asegurarse de que no tenga una recaída de los síntomas.

Por supuesto, una bendición tiene que ir seguida de una pesadilla: agradezco a quien sea que esté escuchando allá arriba que Anastasia esté bien. Aunque está conmocionada, y yo también. No puedo creer que la dejara con él, que no estuviera allí para vigilarla. Tal vez podría haberlo notado antes, haberlo detenido a tiempo.

Pero gracias a Dios que Emory no notó el parecido. Mi secreto está a salvo, por ahora. Pero duele que me haya dejado. Que haya dejado a Anastasia. Por el trabajo.

Camry irrumpe en la habitación hecha un torbellino.

—¡Dios mío, lo siento tanto, no vi tus mensajes! —Inmediatamente parece aliviada al ver a Anastasia sonriéndole y se acerca a la cama. Toma la mano de Ana—. ¿Cómo te sientes, cariño? —pregunta Camry.

—Estoy bien —responde Anastasia y vuelve a mirar la televisión.

Es increíble cómo los niños pueden superar estas cosas tan pronto como tienen una distracción. Camry me hace un gesto y salimos al pasillo para hablar.

—¿Qué pasó? —pregunta en voz baja.

—Tuvo una reacción. Todavía están tratando de averiguar qué fue, pero podría haber sido el glutamato monosódico —me mira inquisitivamente, y a regañadientes explico más—. Emory

pidió comida para ellas.

—¿Qué? —exclama en voz alta, mira alrededor y luego continúa más silenciosamente—. ¿Conoció a Emory?

—No era mi intención que sucediera —susurro—. Él simplemente... estaba allí. Cuando traje a Anastasia.

—Dios mío —Se cubre la boca y sus ojos se abren de par en par—. Primero que nada, ¡mierda! ¡Lo siento tanto por no haber podido llegar! Segundo, ¡cuéntamelo todo!

—Él todavía no lo sabe. No te preocupes —hago una pausa—. Supongo que no vio el parecido —me encojo de hombros e intento ocultar la decepción que tira de mi corazón.

—Vaya —dice ella.

—Sí —respondo—. Y se estaban llevando bien, así que dejé que la cuidara por un rato —No puedo escapar de la culpa que me invade mientras confieso esto.

—Me estaba sintiendo muy bien al respecto, sentía que debía decírselo, pero luego entra corriendo con ella en brazos y me dice que ha tenido una reacción.

—Joder —susurra.

—Sí. Y justo cuando me iba, supongo que simplemente... asumí estúpidamente que vendría conmigo. Pero él solo... se quedó allí.

Ella guarda silencio.

—Miré por la ventana, lo vi mirándome, y me fui conduciendo —Es imposible ocultar la tristeza en mi voz.

Hoy ha sido increíblemente abrumador y difícil. Todo lo que quiero hacer es estallar en lágrimas, pero todavía estamos a la vista de Anastasia. Camry me abraza y cierro los ojos por un momento. Luego nos separamos.

—Supongo que todo esto solo demuestra que tenía razón. No está listo para ser padre. Quería demostrarme que podía serlo, pero cuando todo se fue a la mierda, simplemente se quedó allí mirando.

Camry me mira con simpatía. —Lo siento, Angelica. Es mucho para lidiar ahora mismo.

—Sí —respondo—. Pero al menos puedo sentirme mejor por no habérselo dicho.

Ella asiente y volvemos adentro para estar con Anastasia.

Puedo llevar a Ana a casa a la mañana siguiente, así que llego tarde al trabajo. Cuando entro por las puertas, veo a mi jefe de pie en la recepción.

—Señor Anton —digo mientras me acerco a él con la mano extendida. Genial, la primera vez que lo conozco, llego tarde. Qué manera de causar una primera impresión—. Hola. Soy Angelica.

Él se gira. —¡Angelica! —Estrecha mi mano—. He oído hablar mucho de ti. Es un placer conocerte al fin.

Intento no sonrojarme ante la insinuación de que Emory le ha hablado de nosotros. —Yo... lo siento por llegar tarde, señor Anton. No volverá a suceder.

—Oh, por favor, Angelica. Llámame Jackson. Y no te preocupes en absoluto. Emory me contó lo que pasó. Espero que sepas que siempre puedes poner a tu familia primero —Su sonrisa es deslumbrante pero sincera. Le devuelvo la sonrisa.

—Después de todo, cualquier amigo de Emory es amigo mío.

—Gracias, señor.

—Nada de señor —Agita un dedo hacia mí—. Hablo en serio. Mira...

Garabatea un número en una nota adhesiva en el escritorio.

—Mi número personal. Siéntete libre de llamarme en cualquier momento. Y si surge algo más, sabe que te apoyamos.

No estoy segura a quién se refiere con ese "nosotros". ¿La empresa? ¿O él y... Emory? —Gracias... Jackson.

Capítulo 14

Emory

Estoy sentado en mi oficina en California mirando fijamente mi teléfono. He estado debatiendo si llamar a Angelica todo el día. Volé de regreso porque pensé que necesitaría algo de tiempo con su familia. También supuse que no querría verme después de todo lo que pasó.

Sé que necesito disculparme, pero estoy lleno de indecisión sobre cuánto tiempo debo esperar. Inicialmente, esperar hasta el día siguiente parecía lo correcto, para darle tiempo. Ahora me preocupa que haya estado pensando que no me importa. De cualquier manera, no puedo esperar más.

Finalmente, después de minutos de agonía, tomo el teléfono y marco. No contesta al primer timbre. Ni al segundo. Ni al tercero. Justo cuando asumo que me está enviando al buzón de voz, la oigo contestar.

—¿Hola?

—Angelica. De repente, me quedo sin palabras y hay un breve silencio—. Lo siento mucho, muchísimo por lo que pasó. Me siento horrible por haber puesto en peligro a Ana. ¿Está bien?

No responde por un momento—. Sí, está bien. Gracias por preguntar —suena extrañamente formal.

—Oh, gracias a Dios —suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo—. ¿Cómo puedo compensarte por esto? Ayudaré en todo lo que pueda. Obviamente me haré cargo de la factura del hospital.

—No necesitas hacer eso —responde.

Me marchito—. Por favor, Angelica, permíteme.

—No es necesario.

Me tambaleo—. Al menos déjame invitarlas a cenar a las dos. Déjame compensarte por esto, Angelica.

—No fue tu culpa, Emory. Y... —duda—. He decidido que sería mejor mantener nuestra relación platónica.

Estoy atónito. Sé que la cagué, pero estaba esforzándome tanto por causar una buena impresión en ella y su hija. ¿No podía ver eso?

—Lo siento, Emory. Es solo que... no necesito complicar mi vida más de lo que ya está en este momento.

Me trago mi orgullo. Al menos una relación platónica es algo. Y no puedo perderla de nuevo.

—Entiendo —digo a regañadientes—. Bueno, espero verte a ti y a Ana entonces. Como amigos.

—Sí —dice—. Yo también.

Inmediatamente después de colgar con Angelica, llamo a Jackson.

—Tío —comienzo—. La he cagado.

—Sí, lo sé —responde, pero no va acompañado de su típica risa—. Fue una situación de mierda.

—Sí —digo—. Y ahora Angelica está diciendo que quiere mantener las cosas platónicas. En lugar de avanzar, estamos retrocediendo. No sé qué hacer, tío.

—Eso apesta, tío. Lo siento. Pero básicamente envenenaste a su hija.

—Jesús, Jackson.

—Sé que fue un accidente. Pero probablemente esté molesta. Tal vez solo dale algo de tiempo. Se le pasará.

—Sí —respondo lentamente—. Estaba pensando que tal vez lo mejor sería tratar de caerle bien a su hija. Si Ana me quiere, tal vez ella también lo haga.

—Oh, ¿así que ahora estamos hablando de amor? —Jackson se ríe y yo resoplo—. Has cambiado, tío. Esta chica te tiene atrapado.

—Sabes lo que quise decir.

—Lo que sea, solo digo. —Hace una pausa—. No es un mal plan. Cómprale algunas cosas bonitas. Gánatela. Convence a Angelica de que piensas que su hija es un regalo de Dios para la Tierra.

De hecho, es lo que pienso, curiosamente. Es adorable y encantadora. Pero no hay manera de que le confiese eso a Jackson.

—Probablemente le encantará eso —continúa.

—Ya veremos. Últimamente no le ha estado gustando nada de lo que hago.

—Paciencia, amigo mío. Sabes, me tomó dos años que Lisa me diera siquiera una oportunidad.

—Lo sé, lo sé. Esto es solo... nuevo para mí.

—Sí, lo entiendo. Estás acostumbrado a que las cosas sean fáciles. Pero esto es bueno para ti.

A pesar de mí mismo, sonrío. Creo que tiene razón.

Capítulo 15

Angelica

Levanto la vista de mi escritorio cuando oigo que alguien llama a mi puerta. No me sorprende ver a Emory entrar con una sonrisa. Solo verlo me hace sonreír. Tiene los rizos despeinados y el traje no está tan perfectamente planchado como de costumbre; debe de haber llegado de un vuelo. Pero me pierdo por un momento admirando sus perfectos hoyuelos y sus penetrantes ojos.

—Hola, Angelica —dice y toma asiento frente a mí, reclinándose en su silla.

Su proximidad y su elegancia casual me hacen sentir acalorada, y tengo que recordarme a mí misma que debo calmarme. Ahora solo somos amigos.

—Hola —respondo y, inconscientemente, me aliso el cabello encrespado—. Déjame adivinar. ¿De vuelta de otro viaje de negocios?

Ha pasado un mes desde la reacción de Ana. Sorprendentemente, Emory ha estado respetando mis límites. Pero eso no le ha impedido venir al menos una vez por semana para ponerse al día. Y desde que se enteró de que tengo una hija, parece haberse enamorado de ella. En cada viaje que hace, trae un nuevo recuerdo para que se lo dé. Debo admitir que me está tocando la fibra sensible. Me pregunto si una parte de él sabe que ella es su hija.

—Ya sabes que sí. Esta vez fue Kioto. —Mete la mano en el bolsillo de su traje y saca una figura de cristal tallada en forma de mariposa. Es hermosa e iridiscente—. Vi esto en el escaparate de una tienda y pensé que a Ana le gustaría. Me dijo que le gustaban los pájaros, y no pude encontrar ninguno, pero pensé que esto podría ser lo bastante parecido.

Juguetea con la figura, pareciendo casi nervioso. Desde que le pedí que mantuviéramos las cosas platónicas, ha estado así más a menudo. Torpemente infantil, a su manera. De alguna forma, ahora me siento aún más atraída por él.

—¿Se lo darías tú? —Me mira mientras lo pregunta, y mi corazón se acelera.

—Por supuesto. —Lo tomo de sus manos y sonrío, colocándolo en mi escritorio para recordar llevármelo a casa—. ¿Qué tal el viaje?

—Lo de siempre, reuniones agotadoras con ejecutivos idiotas. —Se reclina y sonríe—. Aunque hice algunos avances. Seguro que tú te has divertido más aquí.

—Bueno, Ana ha ampliado su lista de alimentos tolerables para incluir galletas de pececitos y, a veces, brócoli —tengo que recordarme no usar su nombre completo delante de Emory—. Pero solo si tiene queso encima. Así que eso es emocionante.

Su sonrisa se ensancha y parece genuinamente feliz de oír eso, lo que me sorprende. ¿Qué podría interesarle de mi aburrida vida? Echo un vistazo rápido a la oficina. Al menos es agradable poder colgar mis fotos. Hay fotos mías, de Camry y de Anastasia sonriendo en todas las superficies.

—Me alegro de oírlo. —Se da cuenta de que estoy mirando y gira una foto del escritorio hacia él. Es mi primera foto con Anastasia, en la habitación del hospital. Estoy sudorosa y llorando. Odio cómo me veo en ella, pero me encanta la imagen.

—Te ves tan hermosa aquí —dice, estudiándola atentamente.

Me sonrojo. ¿Acaso puede leerme la mente? —Oh, gracias.

Me mira de nuevo. El contacto visual es intenso. Me mira como lo hizo en el bar, como si quisiera conocerme, si tan solo le dejara entrar. Luego, de repente, aparta la mirada. Agarra su maletín y se pone de pie—. Probablemente debería ir a saludar a Jackson. Ya sabes que se siente solo sin mí.

Suelto una risita tonta, sin darme cuenta. Dios, realmente me convierte en otra persona—. Por supuesto.

—Estaré por aquí si me necesitas. —Me guiña el ojo, como es su costumbre, mientras se dirige a la puerta.

Una vez que se va, reconozco mentalmente que seré increíblemente improductiva el resto de la tarde. Sus visitas siempre me hacen eso, me sumen en un torbellino de emociones vergonzosamente románticas. Si no tengo cuidado, podría sorprenderme soñando despierta con él rescatándome de un edificio en llamas, cubierto de sudor y de pie heroicamente.

Y luego está también la duda y la culpa por el secreto que le estoy ocultando. Ha sido tan amable

últimamente. Tan atento, y sé que se está esforzando por verme. Claramente ha estado poniendo empeño. Además, se preocupa por Anastasia, como lo demuestran todos los regalos. Tal vez decírselo sea lo correcto, por él, pero también por ella.

Tomo el teléfono y llamo a Camry. No puedo tomar esta decisión sin pedir su consejo. Es mi mano derecha.

—Hola, Angelica —contesta. Debería estar en casa con Camry a estas horas, y oigo el sonido de cuencos y cucharas tintineando. Está horneando.

—Hola —comienzo vacilante—. Emory acaba de pasar por aquí otra vez.

—Ooooh —arrulla, riéndose para sí misma—. ¿Eso significa que Anastasia tendrá un nuevo juguete esta noche?

—Sí, así es. —Dudo—. Pero quería hablar contigo. Ha estado haciendo tanto últimamente, para verme y para traer estas cosas para ella. Tal vez lo juzgué mal y solo estaba respetando nuestra privacidad aquel día que no vino al hospital. Parece que realmente se preocupa por ella —razono.

—Así que quieres decírselo —concluye, acertadamente.

Me tomo un segundo para pensarlo antes de responder—. Sí. Creo que sí.

—No creo que sea una mala idea. Puede que se enfade. De hecho, probablemente se enfadará. Es un gran secreto. Pero creo que deberías confiar en tu intuición sobre esto, sigue tu instinto. Podría llevar a una mejor relación, para todos ustedes.

—Sí, tienes razón. —Trago nerviosamente—. Creo que mi instinto me dice que es el momento.

Cuelgo el teléfono con Camry y me decido a buscar a Emory para contarle la verdad. Me toma mucha charla interna de motivación, pero finalmente estoy lista.

Deambulo por la oficina sin rumbo fijo, haciendo tiempo e intentando calmar la náusea ansiosa que crece en mi estómago. Lo encuentro cuando sale de la oficina de Jackson.

—Oh, Angelica. Justo venía a despedirme.

—Hola, Emory —Mi corazón late acelerado y él me sonríe con esa sonrisa embriagadora.

Escondo mis manos temblorosas detrás de mi espalda—. ¿Podemos hablar? ¿En algún lugar... privado?

Parece confundido pero asiente. —¿Está todo bien? —Pone una mano en mi hombro y prácticamente me encojo ante su toque.

—Sí, solo... tengo algo importante que decirte.

Toma mi mano y comienza a guiarme escaleras abajo. Pero cuando nos acercamos al escritorio de la recepcionista, oímos gritos.

—¡Quiero hablar con su gerente inmediatamente! —Una mujer en la recepción con un corte de pelo asimétrico está roja de ira y grita fuertemente. Jasmine está detrás del mostrador, luciendo abrumada.

—Yo soy la gerente —dice Jasmine, intentando sonar autoritaria, pero su voz tiembla.

La situación tiene la atención de Emory y la mía mientras bajamos.

—Bueno, entonces quiero hablar con alguien que no sea una mocosa malcriada y pueda darme mi reembolso.

Jasmine parpadea ante el ataque verbal. —Señora, nosotros no manejamos reembolsos...

—¡Oiga! —hablo en voz alta, rápidamente poniéndome al lado de Jasmine—. No tiene derecho a hablarle así. No puede simplemente entrar aquí y exigir un reembolso, esta es una oficina corporativa, no atención al cliente. Soy la abogada de la oficina, y me aseguraré personalmente de que si no se va inmediatamente, Jasmine tomará acciones legales contra usted.

La mujer se burla. —¿Por qué?

—Por acoso verbal. —Cuando parece escéptica, continúo—. Lo siento, ¿le gustaría ver mi título de abogada? Puedo hacer que seguridad haga una parada antes de escoltarla fuera.

La mujer palidece y retrocede.

—Eso no será necesario —responde mientras se dirige hacia la puerta, moviéndose rápidamente ahora—. ¡Tendrán noticias mías! —exclama mientras se va.

La adrenalina desaparece después de que se va, y me siento avergonzada. Emory y Jasmine me miran incrédulos.

—Oh, lo siento. No quise...

Antes de que pueda terminar mi frase, Emory toma mis hombros y me besa apasionadamente. Me aparto y lo miro, sorprendida de que hiciera algo así tan públicamente. Siempre pensé que se avergonzaba de mí. Pero me está mirando intensamente, como si nadie más en la habitación importara.

Y entonces, dice tres palabras que creí que era incapaz de decir. —Te amo.

Estoy atónita y me sonrojo. Miro a Jasmine, que nos está mirando a ambos. Parece molesta por un momento. Pero luego parece encontrar cierta claridad, su rostro cambia y sonríe.

—Me alegro por ustedes —dice finalmente, rompiendo el silencio—. Angelica, eres perfecta para él. Eres su pareja ideal. Emory. —Se gira hacia él—. Por fin has encontrado a alguien que no aguantará tus tonterías.

Me quedo sin palabras. Aterrorizada. Me ama. ¿Lo amo yo? Tal vez, pero ¿cómo puedo decir eso cuando le estoy ocultando algo tan monumental?

Me vuelvo hacia Emory, que me mira expectante. Digo lo único que puedo, las únicas palabras que salen de mi boca. —Ana es tu hija.

Capítulo 16

Emory

—¿Qué? —hablo en voz baja, casi en un susurro. Escuché lo que dijo, pero no puedo darle sentido a las palabras. ¿Tengo una hija de cuatro años? La idea de que esto sea cierto, de que me hayan privado de su vida durante cuatro años, es suficiente para hacerme sentir enfermo.

Hay lágrimas en los ojos de Angelica. Me he alejado, apartándome de ella, con los brazos a los costados. Parece aterrorizada, pero no es suficiente para despertar ninguna simpatía en mí.

—Lo siento mucho, Emory. Quería decírtelo, pero no sabía cómo. Y luego la conociste, y ella no lo sabe, así que tampoco pude decirlo entonces...

—Cállate. —Levanto una mano para detenerla y cierro los ojos, tratando de pensar. Mis palabras salen más duras de lo que pretendía, pero no necesito su explicación ahora. Nada de eso importa.

Las mentiras. Todas las mentiras. Mientras yo la esperaba, con la esperanza de que reapareciera en mi vida, ella me ocultaba esto. Criando a nuestra hija. Todo lo que me he perdido. Llevo la otra mano a mi frente, para tratar de acallar todas las emociones que desgarran mi mente.

Finalmente, la miro de nuevo. Está llorando, en silencio. Otras personas están mirando, pero no me importa. Sé por su expresión que parezco enojado, y lo estoy. Estoy furioso. La he estado tratando bien, intentando acercarme a ella, preguntándome por qué no me dejaba entrar. Ahora lo sé.

—¿Por qué... —comienzo, todavía apenas por encima de un susurro, para evitar explotar en un grito—. Me ocultarías esto? —Mi voz es plana.

—Supongo que pensé... Supongo que pensé que no querrías una hija. Y tenía miedo de que me rechazaras. Quiero decir, cuando nos conocimos, sé que solo se trataba de sexo, y...

—Nunca fue solo sobre sexo. —Prácticamente estoy gruñendo—. Todo este tiempo, Angelica.

Tú eras la que me estaba usando.

Su labio tiembla, y no me importa. Me doy la vuelta y salgo por la puerta de la oficina.

El viaje al aeropuerto es borroso. Me subo al primer avión a California que puedo. Le pago a un tipo al azar en clase ejecutiva una cantidad absurda de dinero para cambiar asientos conmigo. Necesito espacio ahora mismo.

—Jackson —empiezo cuando contesta el teléfono.

—Me enteré. —Su voz es sombría. Jasmine debe haberle contado—. Angelica estaba destrozada después de que te fuiste. Toda la oficina se vio involucrada.

—Eso no es lo que me importa ahora mismo. —Mi temperamento está subiendo. Debería saber que no quiero oír hablar de ella.

—Lo entiendo. —Hace una pausa—. ¿Qué puedo hacer?

—Trae tu trasero a California. Vamos a tener una noche de chicos. —Cuelgo el teléfono.

Jackson aparece en la puerta de mi villa más tarde esa noche, armado con una botella de whisky y un montón de papas fritas y comida chatarra. Le sonrío. Admito que ya me he tomado unos tragos, así que ya me siento mejor. Nos abrazamos y nos damos palmadas en la espalda.

—Por fin —digo, y él pone los ojos en blanco cuando se da cuenta de que estoy un poco ebrio.

—¿Ya has estado pegándole a la botella? —Pasa junto a mí mientras cruza la puerta. El vestíbulo es ornamentado, decorado con una enorme araña y muebles de caoba.

—Bueno, acabo de enterarme de que tengo una hija de cuatro años. ¿Puedes culparme? —Lo miro fijamente.

—Justo —concede, y caminamos de vuelta a la sala de estar—. ¿Alguna vez deseas que Adam todavía estuviera por aquí para cosas como esta? —pregunta.

—No está muerto, solo es un imbécil. —Me encojo de hombros—. Pero claro, sí, a veces extraño a mi hermano pequeño. Trato de no pensar en ello.

Pero aun así, sus palabras me afectaron. Pensando en cómo solíamos ser todos una familia.

Cenas alrededor de la mesa con él y Anastasia. Hasta esa noche terrible. Nunca perdonaré a mi padre por alejarnos de ella, por separarnos. Miro con cansancio el vaso en mi mano, lleno de whisky y dos cubitos de hielo. Evité el alcohol durante mucho tiempo, después de que todo sucedió. Pero volví a él, aunque una parte de mí todavía teme terminar como él. Especialmente ahora que sé que soy padre.

—Vamos a jugar. —Jackson me saca de mis pensamientos mientras se acerca a la mesa de billar. Coloca las bolas y me entrega un taco.

—Puedes hacer el primer tiro. —Me meto una papa frita en la boca mientras él rompe.

—Entonces —comienza Jackson mientras me preparo para mi tiro—. ¿Vamos a hablar de lo que pasó?

Hago el tiro y no logro meter nada. —¿Solo estás tratando de desconcentrarme?

Me mira con una sinceridad que es rara en él y pone una mano en mi hombro. —Tío, acabas de enterarte de que eres padre. —Se aparta y se mueve lentamente para hacer su propio tiro—. Probablemente deberíamos hablar de eso. —Mete dos bolas.

—¿De qué hay que hablar? —pregunto y entrecierro los ojos mirando el taco—. Angelica es una mentirosa que me ocultó a mi hija. —Tiro. Fallo de nuevo.

Jackson vacila. —De acuerdo, pero tal vez estaba tratando de pensar en lo mejor para Ana.

—¿Y eso es mantenerme fuera de su vida? —Mi tono de voz está subiendo.

—Eras algo así como un imbécil cuando la conociste. Y solo se acostaron una vez...

—¡No sabes lo que ella significa para mí! —grito, y nos miramos el uno al otro.

Él guarda silencio.

—Y ahora... ahora Ana... —Me llevo las manos a la cabeza—. ¿Cómo pudo hacerme esto? Ni siquiera darme la oportunidad... de ser mejor que... él.

Jackson deja a un lado su taco y me atrae hacia sus brazos, abrazándome. Es casi suficiente para hacerme quebrar, pero no lo hago. Nunca lloro. Ni siquiera por esto. Me aparto.

—Ella cree que su padre está muerto, Jackson. Ha tenido que vivir con eso. Sé lo que se siente perder a un padre. Y eso era mejor, para Angelica, que tenerme a mí como padre —La tristeza en mi voz es rápidamente reemplazada por ira.

—No está bien, tío —me consuela, obviamente tratando de calmarme—. Lo siento.

Exclamo con rabia y pateo la esquina de la mesa de billar. Duele como el infierno, pero no me importa. Luego nos quedamos allí, en silencio.

—Pero ahora... —finalmente, Jackson continúa—. Ahora lo sabes. Y ahora que lo sabes, es hora de que empieces a pensar como un padre. Dejarte a un lado y pensar en lo que es mejor para ella. Para Ana.

Aparto la mirada y murmuro:

—Ya no sé lo que quiero —Hago una pausa—. Durante tanto tiempo, Angelica era todo lo que quería. Ahora, no lo sé.

Jackson suspira.

—Si aún quieres algo con ella, entonces... tal vez esto sea una bendición disfrazada.

Lo miro bruscamente, y él levanta las manos.

—Has estado esperando a esta chica durante cinco años. Sé que no lo admitirás, pero sé que esto es lo que querías con ella. Una vida. Hijos. Todo.

Bajo la mirada. Tiene razón.

—Ella ya es la madre de tu hija. Sé que estás enojado ahora, pero eso pasará. Y ahora simplemente tienes una ventaja. Claramente viste algo en ella. Demonios, yo veo algo en ella. Es apasionada, inteligente, hermosa —Se ríe—. Elegiste bien. Esperaste tanto tiempo por esto. No dejes que una mentira te impida ir tras lo que has querido todo este tiempo.

—Es una mentira bastante grande —refunfuño.

—Sí —concede—, pero intenta recordar cómo te sentías por ella, esa primera noche, cuando la conociste. Vi la mirada en tus ojos —Se calla—. La amas.

Hago una pausa y pienso. La amaba. Pero ¿cómo puedo mirarla de la misma manera después de saber esto? ¿Sabiendo que pensaba que yo era tan mierda que quería proteger a su hija de mí? O tal vez... Tal vez esta es la mentira. Tal vez vio lo que le ofrecía y decidió que quería más.

—¿Y si está mintiendo ahora? —pregunto—. ¿Tratando de atraparme?

Él se ríe.

—Vamos, tío. Ese es el viejo tú hablando —Se sienta en el sofá—. Déjame preguntarte esto. ¿Qué pensaste cuando conociste a Ana por primera vez?

Dudo. Pienso en su linda sonrisita, en su nariz respingona.

—Se sentía... familiar, de alguna manera. Conectamos tan bien, era una locura. Ni siquiera me gustan los niños, pero ella era tan linda. Me hizo reír. Ella... —Hago una pausa cuando me golpea la revelación—. Es mi hija.

Jackson asiente.

—Creo que lo sabías. Tenías miedo de admitirlo.

—Vamos, tío —Pongo los ojos en blanco—. Eso es exagerar.

—Bien —dice—. Pero ahora lo sabes. Entonces, ¿qué vas a hacer?

A la mañana siguiente, me despierto con una resaca terrible que martillea mis sienes. Cuando finalmente logro arrastrarme fuera de la cama y llegar a mi teléfono, dejado donde me desmayé en el sofá antes de que Jackson me llevara medio cargado a la cama, marco el número de Angelica.

Ella contesta al primer timbre.

—Emory —suspira en el teléfono tentativamente.

—Angelica —Ella empieza a hablar y la interrumpo—. No necesito una explicación ahora mismo. Solo te llamo para decirte... que tengo la intención de conocer a mi hija.

—Eso es genial —responde, sonando genuinamente aliviada, como si acabara de exhalar por primera vez desde ayer—. Pero, Emory, solo quiero decir, um... lo siento.

—Lo sé.

Después de colgar, camino hacia donde mi asistente personal me espera con un capuchino y mis llamadas perdidas. Antes de que pueda leerlas, la detengo.

—Necesito que empieces a buscar propiedades en California. Algo bonito, te daré una dirección para que busques alrededor.

Ella asiente y garabatea en su libreta.

—¿Algo más?

—Sí —Miro mi teléfono para obtener el nombre completo de Angelica—. Necesito que hagas una verificación de antecedentes de Angelica Esme Lewis. Hazme saber lo que encuentres.

Tomo la lista de llamadas de ella y me dirijo al baño para ducharme, pasándome una mano por el pelo.

—¡Sigue con el buen trabajo! —Le doy un pulgar arriba mientras me alejo. Tengo que darle algo de validación. Ha durado más que las anteriores hasta ahora.



—¿Sí? —Una voz al otro lado de la línea responde con voz adormilada.

—Oye, Adam, tengo algo que quizás quieras saber —susurra Mira al teléfono una vez que puede oír el agua de la ducha corriendo.

—Suéltalo —dice él—. Si te encuentra hablando conmigo, te despedirá. Lo sabes, ¿verdad?

Mira parpadea. —Sí. Pero usted necesita escuchar esto —Baja aún más la voz y cubre el receptor con la mano—. Tiene una hija.

Capítulo 17

Angelica

Abro los ojos con dificultad. Echo un vistazo a mi teléfono y me entra el pánico por un segundo cuando veo la hora, pero luego recuerdo que es sábado.

Es justo entonces cuando las emociones que me han atormentado desde aquel día en la oficina vuelven a inundar mi mente. Culpa. Arrepentimiento. Vergüenza. Cierro los ojos con fuerza, deseando que se vayan. Pero haga lo que haga, no puedo deshacerme de la sensación de que quizás he perdido una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, por mi falta de honestidad.

Se aliviaron un poco mientras hablaba por teléfono con Emory hace dos días. Pero justo después de colgar, me di cuenta de lo que dijo. Tengo la intención de conocer a mi hija. Eso no tiene nada que ver con lo que siente por mí. Y no hubo ninguna de las habituales palabras dulces, coqueteos, la calidez que normalmente tenía en sus conversaciones conmigo. Su voz era plana, desilusionada. Como si me odiara, pero me necesitara. Y desde entonces, ha habido un silencio absoluto. Empiezo a dudar que vuelva alguna vez. Mi peor temor es no volver a saber de él.

¿Lo amo? No puedo permitirme responder a esa pregunta. Me aterra cuál podría ser la respuesta.

Pero no puedo pensar en eso ahora mismo. Ahora es sábado por la mañana. Y por la hora, Anastasia definitivamente está despierta. Me pregunto por qué no ha venido a despertarme, pero sé que necesito levantarme y ver cómo está, aunque no haya nada que desee más que quedarme aquí lamentándome todo el día.

Me levanto de la cama, frotándome los ojos. Llevo puesta una camiseta grande que era de mi padre, de algún concierto antiguo de hace años, y unos shorts de pijama que apenas me quedan ya. Me recojo el pelo en un moño desordenado, me froto el maquillaje corrido bajo los ojos y bajo las escaleras arrastrando los pies.

—Buenos días, sol —me saluda Camry desde la cocina, y el olor a tortitas llega hasta mí.

—Hola —murmuro adormilada. No debería estar tan cansada. He dormido bastante. Pero con todo lo que me pesa encima, me siento agotada—. No tenías por qué hacer esto —digo, señalando los huevos y el bacon que hay en la encimera mientras ella da la vuelta a las tortitas en la sartén.

Anastasia está sentada en un taburete al otro lado de la barra con el tenedor y el cuchillo en ristre y una sonrisa traviesa en la cara. La imagen me hace pensar en Emory, y suspiro.

—No te preocupes —responde alegremente y pone las tortitas delante de Ana. Baja la voz y se acerca a mi oído—. Sé que tienes muchas cosas en la cabeza ahora mismo. Quería ayudar.

Echo un vistazo a la cocina, donde hay un montón de platos sucios en el fregadero y un grifo que gotea silenciosamente. Tiene razón, necesito toda la ayuda posible en este momento.

Le hago un gesto y salimos de la cocina.

—No puedo dejar de pensar en él —le digo en voz baja. Miro al suelo, fijándome en un trozo de baldosa rota para evitar su mirada compasiva—. Debe de estar tan enfadado conmigo. Lo mantuve a distancia durante tanto tiempo, lo alejé de Anastasia, y esa no era una decisión que me correspondiera tomar. Quería saber si podía confiar en él, pero solo lo alejé más.

—Oye —susurra Camry y me pone una mano en el brazo—. Hay baches en todas las relaciones. Lo superará.

Niego con la cabeza. —No como este. ¿Te imaginas? Que te mantengan alejado de la vida de tu hija durante cuatro años. Y lo peor es que me equivoqué. Sería un padre increíble. Le quité algo que se merecía. Se merecía conocerla. Y ella se merece conocerlo a él. Y ahora es demasiado tarde. —Me llevo las manos a la cabeza, pero luego miro a Anastasia y me recuerdo a mí misma que debo actuar como si nada pasara. No puedo explicarle esto a ella también—. Cometí un error terrible.

—Aún no sabes qué pasará. Puede que todavía salga bien —dice Camry.

—Sé que me guarda rencor. Y sé que probablemente nunca volverá —respondo.

—No sabes eso.

No tengo respuesta. Puede que tenga razón, pero en este momento solo puedo pensar en el peor escenario posible. Y me duele el corazón ante la posibilidad de no volver a verlo. Y aunque lo

haga, de no tener la oportunidad de amarlo.

Nos interrumpe un golpe en la puerta. Anastasia levanta la vista de su desayuno.

—Quédate ahí, cariño. Iré a ver quién es. —Camino lentamente hacia la puerta y suspiro, mi mente aún repasando todas las cosas que he hecho mal. Cuando abro la puerta, me lleva un momento darme cuenta de lo que está pasando.

Emory está frente a mí. Por una vez, no lleva traje sino una camisa de manga corta impecable metida en los vaqueros, que parecen costar tanto como mi hipoteca. Lleva el pelo peinado hacia atrás con gel. Me sonríe radiante con esos hoyuelos. Y sostiene dos ramos de hermosos lirios blancos envueltos en papel.

—Hola —digo, y una sonrisa se desliza en mi rostro. Siento como si me hubieran quitado un peso de encima al verlo de nuevo. Pero entonces recuerdo mi aspecto actual y miro mi pijama. Nerviosamente, me quito una miga de la camiseta e intento colocarme detrás de la oreja los mechones de pelo que se han soltado del moño, pero su mano libre me detiene.

—Por favor, Angelica. Estás preciosa.

Dios, esa voz ya me está derritiendo.

—¿Qué estás...? Quiero decir, no esperaba verte hoy. —Mi voz delata mi ansiedad y suena vergonzosamente infantil. Puedo notar que me estoy sonrojando.

—Yo quería

de verte. —Su mano aún sostiene la mía—. Y tengo algo para ti y para... nuestra hija. —Suelta mi mano y me entrega uno de los ramos.

Es hermoso. Huelo tímidamente los pétalos cubiertos de rocío. Me doy cuenta de que me mira expectante. —Oh, um, ¿quieres pasar? Estamos desayunando. —Mira su reloj, lo que hace que me sonroje aún más, mientras entra.

Antes de que pueda dirigirse a la cocina, lo detengo poniendo una mano en su pecho.

—Solo una cosa... Aún no se lo he dicho a Ana. —Me muerdo el labio, esperando que se enoje.

Pero él solo asiente y me sonríe. —Entendido.

Cuando entramos en la cocina, el rostro de Anastasia se ilumina.

—Ana, ¿recuerdas a Emory?

Pero ella ya está bajándose del taburete. Él se agacha a su altura, y ella se lanza a sus brazos. Él la envuelve en un abrazo. Mi corazón se derrite al verlos. Así es como siempre debería haber sido. Ellos dos.

Miro a Camry, y está de pie junto a la encimera, congelada a medio bocado de bacon, con la boca abierta.

Anastasia se separa y da saltitos de emoción. —¡Quiero enseñarte algo! —exclama y lo toma de la mano. Él se ríe mientras ella lo arrastra a su habitación. Los sigo y admiro la escena.

Anastasia lo lleva a su habitación y señala su cómoda, donde se encuentra una colección de todos los recuerdos que él le ha traído de todo el mundo.

Observo su rostro. Está sonriendo más ampliamente de lo que jamás le he visto antes.

Los observo un rato en la habitación de Anastasia mientras ella le muestra sus juguetes y lo hace jugar con sus muñecas. Al principio, parece inseguro, mirándome de vez en cuando para medir mi expresión. Pero después de un rato, encuentran su ritmo. Anastasia ya lo adora, puedo notarlo.

Los admiro juntos. Realmente parecen padre e hija. Sus expresiones faciales son idénticas, al igual que sus pequeñas peculiaridades y gestos. Casi estallo en carcajadas cuando Emory levanta una ceja y ella le responde igual. Pero simplemente los dejo hablar.

—Voy a bajar a terminar el desayuno —anuncio después de un rato.

Ambos me miran con curiosidad, como si no estuvieran seguros de qué hacer cuando me vaya.

—Ustedes sigan jugando.

Capítulo 18

Emory

Me cubro del sol poniente con la mano y miro hacia arriba a los pájaros que pasan volando. Se está haciendo tarde, y no he comido nada desde que bajé del avión esta mañana. El tiempo ha volado mientras juego con Ana. Se siente tan natural.

Ahora estamos en el patio trasero, y le estoy lanzando suavemente una gran pelota roja para que practique atraparla. Es divertido ver su lenta reacción infantil mientras lucha por cerrar sus manos alrededor de ella cada vez. Me hace sonreír. Siento que le estoy enseñando algo, y se siente bien.

Los rayos dorados del sol iluminan su rostro cuando finalmente la atrapa y se ríe. Resaltan la pequeña punta de su nariz y sus mejillas llenas y redondas. Se parece mucho a mi hermana Anastasia cuando éramos más jóvenes, y noto de nuevo las similitudes entre sus nombres. Se siente como si me la hubieran devuelto.

—Buena atrapada. ¿Quieres lanzarla de vuelta?

Ella le da un empujón a la pelota, y cae cerca de mis pies. Cuando me agacho para agarrarla, noto que mis mocasines de cuero están cubiertos de tierra gris. No me importa.

Angelica desliza la puerta mosquitera para abrirla.

—La cena está casi lista —nos llama.

Se ha arreglado, se ha puesto un vestido de verano y se ha peinado. Puedo notar que lleva algo de maquillaje, y desearía que no lo hiciera. Es hermosa sin él, pero parece no saberlo.

—Anastasia, ve a lavarte. —Hace un gesto a nuestra pequeña para que entre y le alisa los cabellos sueltos de sus trenzas mientras Ana corre adentro.

Me quedo paralizado por un momento al escuchar ese nombre. Mi mente retrocede a aquella

noche. A aquella llamada. "Ha habido un accidente. Tu padre ha sido detenido por conducir ebrio. Tu madre está en el hospital. Tu hermana no lo logró".

Pero sacudo ligeramente la cabeza. No quiero recordarla así. Quiero recordar su positividad, su luz, siempre dando, siempre ahí cuando la necesitaba. Y ahora. ¿La pequeña Anastasia?

Miro a Angelica, que me ha estado observando desde la puerta del patio trasero. Parece asustada. Sé que está preocupada de que pueda enojarme de nuevo. Así que le sonrío.

—Tienes una cosa con darme nombres falsos, ¿eh?

—No son falsos —corrige rápidamente—. Solo... no del todo completos.

Camino hacia ella y pongo una mano en su hombro.

—Está bien —digo en voz baja, mirándola con sinceridad.

Ella vacila. —Yo... recordé que hablaste de ella, aquella noche. Tu hermana. Lo mucho que significaba para ti. Sé que suena tonto, pero... supongo que quería que Anastasia tuviera una parte de ti en su vida, aunque haya cometido muchos otros errores en el camino.

Mi corazón se derrite. Estaba pensando en mí. Mi pequeña Anastasia. De vuelta en mi vida, a su manera. —Gracias —digo.

Una pequeña sonrisa se desliza en los labios de Angelica, y asiente, guiándome dentro de la cocina. Hay algo burbujeando en la estufa, y el olor de una rica salsa de tomate llega hasta mí. Se me hace agua la boca.

—Supongo que... ¿te quedas a cenar? Es lo menos que puedo hacer, después de que cuidaste a Anastasia todo el día.

Hago un gesto con la mano. —Por favor. Eso fue lo mínimo que yo podía hacer. Tenemos mucho que ponernos al día por delante.

Angelica baja la mirada.

—Por supuesto que me quedaré a cenar.

Ella sonríe y vuelve a revolver la olla.

Me siento en la barra.

—Sabes, es lista como un látigo. Intuitiva, capta las cosas rápido. —Estas son cosas que podría decir para halagar a cualquiera, pero con Ana, lo digo en serio. Me quedé asombrado por las cosas que sabía cuando jugamos juntos, que simplemente había captado de ver a los adultos hablar y hacer sus cosas diarias.

Angelica se ríe. —Debe haber sacado eso de ti.

Sonrío y me levanto de mi asiento, cruzando lentamente la cocina. —No te menosprecies. —Me paro cerca detrás de ella y noto que se tensa por mi presencia. Acerco mi cabeza a su oído y susurro mientras mis manos suben para masajear sus hombros—: Hicimos una gran niña.

Sus párpados revolotean, y se queda congelada por un momento antes de apartarse. —Emory...

—¡Estoy lista para la cena, mamá!

Ana vuelve corriendo, ahora vestida con un vestido de verano. Me sonríe y da una vuelta.

—¡Vaya, mírate!

Me acerco a ella y la levanto, sosteniéndola con los brazos extendidos. —Toda arreglada. ¿Deberíamos bailar?

Ella asiente emocionada, y la acerco. Tarareo una canción que estaba tocando en el piano ayer mientras la hago girar por la cocina, y ella se ríe. Incluso la inclino dramáticamente, y ella chilla de alegría. Cuando la bajo, le doy una palmadita en la cabeza, y ella corre a su asiento. Me giro hacia Angelica y la veo observándonos con lágrimas en los ojos. Sonrío.

—Mamá, ¿está lista la cena?

Angelica sale de sus pensamientos y se apresura a limpiarse las manos en su delantal ya manchado de salsa. —¡Sí! Ustedes dos tomen asiento, y yo serviré.

Obedientemente vuelvo a mi asiento mientras Angelica sirve espaguetis, salsa y albóndigas en tres platos. Intento evitar que mi estómago gruña.

—Aquí tienes —me pone un plato delante, mirándolo con timidez—. Espero que esté bien. Es todo lo que teníamos en casa. Necesito...

—Está genial, Angelica. Gracias.

Ella baja la mirada y se sienta junto a Ana.

Enrosco algo de pasta en mi tenedor y noto que Ana ya está engullendo comida, con la cara llena de salsa. Doy un bocado y mis papilas gustativas se regocijan.

—Emory —comienza Ana, con la boca aún llena—. ¿Te quedarás hasta mi hora de dormir?

—Oh, Ana, seguro que tiene que irse. Está muy ocupado y...

—En realidad, me encantaría, si te parece bien, Angelica.

Angelica hace una pausa antes de responder. —Por supuesto —sonríe y toma una servilleta para limpiar la cara de Ana.

—Tú también tienes salsa en la cara, mami —refunfuña Anastasia, señalándola.

Angelica se sonroja. —Oh...

Se apresura a buscar su servilleta, pero yo tomo la mía y me inclino sobre Anastasia.

—Déjame a mí —froto suavemente la mancha roja en la comisura de su boca, nuestras miradas se encuentran. Hay tensión en nuestros ojos. Tanto sin decir. Sus párpados están pesados mientras mis ojos se conectan con los suyos.

Noto que Ana nos mira y se aparta. Parece pensativa por un momento, pero rápidamente vuelve a su espagueti, y yo regreso al mío.

Charlamos durante la cena, y el tiempo pasa rápidamente. Acabamos sentados a la mesa riendo juntos durante dos horas. Cuento historias de mis viajes, como regatear en los mercados por las baratijas que traje para Anastasia, y ella está cautivada, mirándome con esos ojitos grandes.

Finalmente, la conversación decae, y me levanto, recogiendo mi plato y los cubiertos.

—Oh, Emory, por favor, déjame ocuparme de eso.

Angelica se apresura a intentar quitarme los platos, pero yo me dirijo al fregadero.

—No, insisto —abro el grifo y empiezo a fregar—. En mi casa teníamos una regla. El chef de la

noche nunca tiene que limpiar —comienzo a cargar el lavavajillas y a recoger los otros platos.

Angelica parece avergonzada pero cede. —Bueno, gracias.

Anastasia se acerca y tira de mis pantalones.

—Cuando termines, ¿me leerás mi cuento?

Le sonrío. —Por supuesto. Dame un par de minutos.

Ella sube corriendo a prepararse para dormir, y yo termino en el fregadero. Puedo sentir que Angelica me observa desde la mesa.

—Espero que esto esté bien —comienzo, aún de espaldas—. Sé que tenemos que hablar, de muchas cosas, y lo haremos. Pero por hoy, solo quería estar aquí. Con vosotras dos.

Ella guarda silencio por un momento, y mi mente se acelera, preguntándome qué estará pensando de todo esto, qué es lo que quiere.

—Sí. Por supuesto que está bien. Estoy... me alegro de que estés aquí.

Me seco las manos y me giro hacia ella, pero justo entonces, Anastasia llama desde las escaleras.

—¡Estoy lista para dormir!

—¡Ya voy! —respondo. Miro a Angelica.

—¿Por qué no te unes a nosotros? —le pregunto, y ella sonríe.

—Me encantaría.

Subimos, y Anastasia está en la cama con su camisón. Angelica la arropa y se sienta junto a la cama, indicándome que me acerque. Anastasia me entrega un libro infantil de cartón. Hay un alce en la portada.

—Ese es su favorito. Lo leemos casi todas las noches.

—El alce suelto. Suena interesante —respondo, tratando de sonar sincero.

—El alce se mete en problemas —dice Ana con entusiasmo, sonriendo, agarrando un alce de

peluche.

—Vaya. No puedo esperar.

Me siento y leo despacio, dándole tiempo para mirar cada imagen. Señala su cosa favorita en cada página, durante la mitad del libro, antes de que sus párpados empiecen a caer. Cuando la miro al final, está profundamente dormida.

Mirándola allí acostada, con el pelo ondulado esparcido por la almohada, sus pequeños ojos y boca cerrados pacíficamente, mi corazón da un vuelco. Ya quiero tanto a esta niña. Iría hasta el fin del mundo para protegerla. Para mantenerla a salvo. Y de repente me doy cuenta de que quiero que el resto de mi vida sea como hoy.

Angelica me toca el hombro y me saca de mis pensamientos. Se lleva un dedo a los labios, indicándome que guarde silencio, y señala la puerta. Ambos salimos despacio, y ella cierra la puerta suavemente detrás de nosotros.

—Gracias por eso —susurra, mirándome.

—No tienes que agradecérmelo —susurro en respuesta.

Ella duda, obviamente insegura de qué hacer ahora. —¿Te gustaría... tomar algo abajo? No tenemos mucho, pero creo que tenemos algo de vino barato.

Sonrío y pongo mi mano en la parte baja de su espalda.

—Suena perfecto.

Bajamos juntos, y ella saca una botella de Barefoot Chardonnay de la nevera. Dios. No puedo creer que vaya a beber eso. Nos sirve a cada uno en vasos normales. Voy a tener que regalarle unas copas de vino inmediatamente.

Me lleva al sofá, donde me siento, con un tobillo apoyado en la rodilla, en una postura relajada e invitadora. Actúo con confianza, pero en realidad, no sé en qué punto estamos ahora. Qué es lo que ella quiere.

—Fue realmente agradable verlos juntos hoy. Ya te adora.

Me río entre dientes. —Oye, es difícil no quererme. —Me bebo el vaso rápidamente para evitar

saborearlo—. Ella es genial. Espero poder pasar más tiempo así con ustedes dos de ahora en adelante.

Sonríe y mira su vaso, trazando ansiosamente el borde con su dedo. —Sí, me... me gustaría eso.

Hay un silencio, y puedo notar que se está armando de valor para decir algo.

—Emory, yo... no puedo disculparme lo suficiente. Claramente te juzgué mal y cometí un error. Solo quiero decir que lo siento tan-

Pero la detengo con una mano en su barbilla, inclinando su rostro para que me mire. Sus labios están ligeramente entreabiertos y sus ojos están muy abiertos.

—Te perdono.

Me inclino para besarla, y ella me lo permite.

Nuestros labios se encuentran suavemente. Nuestras bocas se unen perfectamente, como si estuvieran hechas la una para la otra. Pero este beso se siente diferente a cómo nos hemos besado antes. Se siente como el comienzo de algo que está destinado a ser. Madre y padre de una hermosa niña, juntos al fin.

Rodeo su cintura con mi brazo para acercarla más a mí. Ella emite un suave sonido contra mis labios, un suspiro. Mi otra mano va a su rodilla y comienza a subir lentamente por su muslo hasta deslizarse bajo el dobladillo de su vestido veraniego. Pero ella me detiene con una mano sobre la mía.

Se aparta con ojos cargados, y sé que quiere más. —Aquí no —susurra y se levanta, tomándome de la mano y llevándome a su habitación.

Su habitación es sencilla pero no está vacía. Sus muebles son de madera clara, y un simple mandala rojo decora su edredón. Fotos de ella, Ana y Camry decoran cada pared, así como fotos de una pareja mayor que supongo son sus padres.

Nos acercamos lentamente. Quiero tiempo para admirarla. Sus hombros apenas quemados por el sol y con pecas. Sus senos perfectamente acunados en la parte superior de su vestido. El medallón de plata que cuelga de su cuello. Su mandíbula curvándose elegantemente alrededor de su rostro. Las ondas castañas y brillantes de su cabello. Sus perfectos labios rosados. Sus ojos marrón profundo mirándome fijamente.

Cuando nos encontramos, es eléctrico, nuestras bocas intentando devorar la del otro. Una de mis manos se mueve a la base de su cuello, para mantenerla cerca. La otra se enreda en los mechones de su cabello, tirando suavemente. Ella emite un suave sonido dentro de mi boca abierta.

Nos besamos por unos minutos hasta que me impaciento. Mis manos van a su cintura, rodeándola, levantándola y arrojándola hacia atrás sobre la cama.

Parece sorprendida por un momento y resopla al aterrizar en el mullido colchón. Pero luego vuelve a tener esa mirada en sus ojos. Una mirada invitadora y seductora que me dice que vaya con ella. Se apoya sobre sus codos mientras me subo encima de ella.

Ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura mientras me acerco a su nivel y la beso de nuevo. Su vestido cae alrededor de sus caderas, exponiendo las bragas de encaje debajo. La sensación de ellas presionadas contra mí es suficiente para que mi miembro comience a endurecerse en mis vaqueros.

Me aparto de sus labios y comienzo a trazar una línea de besos a lo largo de su mandíbula, bajando por su cuello, sobre su clavícula. Levanto mis labios a su oído brevemente y los rozo contra la piel de su lóbulo mientras susurro: —Eres toda mía —provocándole un gemido silencioso. Le doy un mordisco a la punta de su oreja antes de volver a su pecho, bajando los tirantes que sostienen su vestido sobre sus hombros y exponiendo sus perfectos senos redondos.

Me detengo para admirar su cuerpo. Puedo notar que se siente insegura bajo mi mirada porque se sonroja mientras la observo. Empieza a subirse el vestido, pero la detengo con una mano.

—Angelica. Eres perfecta.

Deslizo mi lengua por la suave carne de su seno hasta llegar al pezón, y trazo suavemente círculos alrededor de él, dejando un rastro de humedad brillante. Cuando rozo mi lengua contra la punta de su pezón, ella cierra los ojos y suspira.

Lo atraigo hacia mi boca con una suave succión y observo su rostro. Sus párpados revolotean de placer. Sus manos agarran el edredón debajo de ella. Es tan sensible a mi toque. Se merece esto, se merece placer, se merece ser tratada como la diosa que es.

Apoyándome con una mano, muevo la otra lentamente por su muslo, entre nuestros cuerpos entrelazados, y hacia abajo contra la tela de sus bragas. Está tan húmeda que puedo sentirlo a través de ellas. Paso mis dedos provocativamente a lo largo de sus pliegues, y ella inclina la

cabeza hacia atrás.

—Oh, Emory... —murmura en voz baja y se retuerce.

Cuando puedo notar que lo desea intensamente, aparto la tela a un lado y rozo suavemente su clítoris mientras ella gime suavemente.

—Por favor, Emory. Necesito...

Ella no sabe lo que necesita, pero yo sí.

Deslizo un dedo dentro de sus húmedas paredes, y ella tiene que mover su mano a su boca para ahogar un gemido. Rozo mi lengua contra su pezón mientras froto su clítoris con mi pulgar y muevo mi dedo lentamente dentro de ella. Sus nudillos están prácticamente blancos, agarrando el edredón. Sé que es todo lo que puede hacer para evitar que su cuerpo estalle en sonidos de placer. Tanto que tiene que contenerse.

Mantengo esto por un tiempo, llevándola lentamente hacia el clímax. Mientras tanto, mi miembro prácticamente palpita en mis pantalones, rogando por liberación. Pero tengo que ser paciente. Ella viene primero.

Comienzo a aumentar la intensidad y la velocidad, curvando mi dedo dentro de ella y frotando la carne de su punto G. Ahora es un desastre, presionando su mano con fuerza contra su boca para contener los ruidos. Cabello extendido como un halo alrededor de su rostro. Mejillas sonrojadas. Vestido acumulado alrededor de su cintura.

—Emory, estoy-

—Aún no —ordeno. Quiero ver si puede esperar—. Llegarás cuando yo te lo diga. ¿De acuerdo?

Ella asiente y cierra los ojos con fuerza, su cuerpo prácticamente temblando de anticipación. Después de unos largos segundos, acelero y decido que es el momento.

—Córrete ahora, Angelica.

Cuando el sonido de su nombre sale de mis labios, puedo sentir su orgasmo pulsando a través de ella, contrayendo sus paredes alrededor de mi dedo rápidamente.

—Oh Di-

Cuando empieza a subir el volumen, rápidamente cambio mi peso a mi codo para cubrirle la boca yo mismo. No podemos dejar que Anastasia se despierte con esto.

Su agarre en la manta se aprieta y afloja mientras se estremece. Finalmente se relaja contra la cama, y retiro mi dedo. Sus párpados se abren lentamente, y me mira aturdida.

—Me haces sentir tan bien —susurra mientras se inclina para besarme, agarrando el cuello de mi camisa.

Me aparto. —Eso es todo lo que quiero hacer —prometo y le guiño un ojo con picardía.

Ella sonríe, pero antes de que pueda decir algo más, me muevo hacia un lado y la coloco encima de mí para que me esté montando.

—Ahora es mi turno —susurro, pero ella parece nerviosa.

—Emory, yo... nunca he estado arriba antes —está claramente avergonzada, sonrojándose y mirando hacia abajo. Pero acaricio su rostro hasta que vuelve a mirarme.

—Está bien. Solo haz lo que te haga sentir bien, y te prometo que me hará sentir bien a mí.

—De acuerdo —cede tímidamente y se quita las bragas. Una parte de mí no puede creer que sea tan inexperta. Es una mujer hermosa. Pero también sé que guarda su corazón celosamente y no le gusta abrirse. Y me enorgullece poder ser aquel con quien eligió compartir esto.

Se mueve hacia mis piernas para desabrochar mis pantalones, y la ayudo a quitármelos, exponiendo mis calzoncillos negros y ajustados. Ella vuelve a colocar sus caderas sobre las mías y comienza a moverse lentamente contra mí, frotando su sexo contra mi dura verga. Muevo una mano hacia el lado de su cuello para acercarla más a mí y poder mirarla a los ojos.

Su boca está ligeramente entreabierta, el cabello salvaje y enredado. Es preciosa.

Deslizo mi mano hacia abajo para quitarme los calzoncillos, y ella jadea cuando mi polla comienza a frotarse contra sus pliegues desnudos.

Llevo mi otra mano a la curva de su pequeña cintura, guiándola sobre mí hasta que se baja y mi verga se desliza dentro.

Ahogo un gemido al sentirla a mi alrededor. Cada vez que hacemos esto, se siente tan bien como

la primera vez. Como si hubiéramos sido hechos el uno para el otro. Como si estuviera llegando a casa.

Uso mi fuerza para guiar su cuerpo en un movimiento mitad de arriba abajo, mitad de rotación de caderas. Por supuesto, esto no se siente tan bien para mí como simplemente follarla. Pero quiero tomarlo con calma, disfrutarlo por un rato.

Ella echa la cabeza hacia atrás mientras me cabalga, el pecho empujado hacia fuera y los senos expuestos. Su vestido aún está puesto, y rodea nuestras caderas unidas, lo que me excita aún más. Le da una hermosa silueta con la luz del techo detrás de ella.

Eventualmente, ya no puedo tomarlo con calma más. La tensión en mi cuerpo tiene que escapar. La acerco y la sostengo quieta con mis brazos mientras nos doy la vuelta a ambos, para estar encima de ella otra vez.

—Lo hiciste muy bien, ángel. Pero ahora voy a tomar el control por un rato.

Aumento el ritmo, empujando mis caderas contra ella una y otra vez, duro y rápido. Puedo ver que es mucho para ella. Sus ojos están llorosos y se está mordiendo el labio. Pero sé que si lo necesita, me dirá que pare.

—¿Cómo se siente esto, Angelica?

—S-se s... se siente...

—¿Bien? —termino su frase, y ella asiente apresuradamente.

Sus gemidos empiezan a subir de volumen, así que uso mi mano libre para rodear su cuello con una ligera presión, solo para mantenerla callada.

Estoy cerca, pero necesito ver sus ojos.

—Mírame, Ángel.

Ella abre los ojos parpadeando, y noto destellos de miel en el color de sus iris.

Me corro con un estremecimiento. Se siente tan bien venirme dentro de ella. El orgasmo pulsa a través de mí, pero se va demasiado pronto.

Me quedo ahí por un momento e intento controlar mi respiración. Ella me está mirando expectante, esperando que diga algo. Paso una mano por mi pelo y me tumbo a su lado, luego rodeo sus hombros con un brazo.

—Esto se sintió... correcto, hoy. Espero que podamos tener más días como este —digo, mirando al techo.

—Sí —puedo escuchar la sonrisa en su voz mientras responde—. Yo también lo espero.

Hay una breve pausa.

—¿Puedo traerte algo de agua antes de la segunda ronda? —pregunto, y ella duda.

—Emory, creo que... creo que podría ser hora de que te vayas —suena insegura, cuestionando y nerviosa.

Parpadeo y no respondo.

—Ana me despierta temprano todos los días. Y como no le he dicho quién eres...

—No debería estar aquí por la mañana —concluyo e intento ocultar el dolor que sus palabras me infligen.

—Sí —dice, sonando arrepentida ahora—. Lo... lo siento. Podremos resolver esto pronto.

Me siento y le doy un beso en la mejilla antes de apartarme para encontrarme con su mirada preocupada. —Por supuesto.

Capítulo 19

Angelica

Estoy cepillándome el pelo frente al espejo cuando recibo una llamada de Emory. Anastasia se está preparando para la guardería en la habitación de al lado. Al menos, eso espero. Hago una pausa antes de contestar.

—Hola —comienzo. No estoy segura de por qué está llamando. Pasó el fin de semana con nosotras, así que sé que está en la ciudad, pero es temprano por la mañana. Tenemos que salir de casa temprano. Es una hora de viaje hasta la oficina, y la guardería de Anastasia está a quince minutos fuera del camino.

—Buenos días, Angelica —suena cálido al teléfono. Puedo oír el ruido del tráfico a su alrededor, así que me doy cuenta de que debe estar conduciendo—. Estoy a unos diez minutos de tu casa. Estaba pensando que podría llevaros a las dos a la guardería y al trabajo hoy.

Mis cejas se fruncen con preocupación. ¿Por qué querría hacer eso? Es innecesario. Podemos llegar bien por nuestra cuenta, y lo hemos estado haciendo hasta ahora. Entiendo que quiera ser parte de nuestras vidas, pero hicimos cosas juntos todo el fin de semana: el cine, helados, todo invitación suya, por supuesto. Esto parece demasiado.

Bajo la voz. —Emory, eso parece mucho. Ojalá me hubieras avisado antes de venir.

—No es nada —intenta quitarle importancia—. Mi hotel está cerca. Además, aprovecharé cualquier oportunidad que tenga para pasar tiempo con vosotras dos. Esperaba que esto pudiera ser algo habitual cuando esté en la ciudad.

Aprieto los labios. —Es que siento que esto va muy rápido. No quiero que Anastasia se confunda, si no sabemos... ya sabes, si no sabemos... que esto será permanente —tengo que forzar las últimas palabras. Sé que le dolerá escucharlo, pero necesito ser honesta con él. Es algo que me preocupa.

Se queda callado por un momento, y cuando vuelve a hablar, suena serio. —Angelica, no tengo ninguna duda sobre lo que quiero. Entiendo si necesitas tiempo, pero espero que tú también llegues a ese punto.

Mi corazón se acelera. Por supuesto que eso es lo que quiero, pero es tan difícil creer que esta vida sea algo de lo que no se cansará.

—D-De acuerdo. Lo intentaremos. Quiero... quiero darte una imagen real de cómo es la vida con nosotras.

—Lo espero con muchas ganas. Estaré allí pronto.

La línea se corta.

Emory llega puntualmente a recogernos. Ni siquiera recuerdo haberle contado sobre nuestra rutina, pero debo haberla mencionado en algún momento. Es agradablemente sorprendente que se haya preocupado lo suficiente como para tomar nota y hacer tanto esfuerzo para ser parte de nuestra rutina.

Pasamos el viaje a la guardería de Ana cantando éxitos pop mientras Emory sonríe y se ríe, pero no se une a nosotras. Aparentemente el pop no es lo suyo. Pero tal vez algún día.

Llegamos a la guardería, y todos los padres se quedan mirando el Mercedes negro deslumbrantemente limpio. Ana no parece darse cuenta mientras se desabrocha el cinturón y agarra su mochila.

—Que tengas un buen día, cariño. Camry vendrá a recogerte —nos damos un beso en la mejilla.

Puedo ver que Emory quiere ofrecerse a recogerla, pero no lo hace. Me alegro porque no estoy segura de si confío en él para cuidarla sola todavía, y me habría puesto en una posición incómoda frente a Ana.

Emory le está sonriendo por encima del hombro cuando ella se inclina para darle un abrazo.

Él se desabrocha el cinturón para devolvérselo. —No puedo esperar a escuchar todo sobre tu día, Anastasia —dice.

—¡Adiós! —grita por encima del hombro mientras corre hacia una de sus maestras.

Emory me sonríe antes de salir lentamente del círculo.

—Entonces ahora solo... ¿otros treinta minutos hasta la oficina? —pregunta incrédulamente mientras introduce la dirección de la oficina en el GPS de su teléfono.

—Sí —respondo y miro hacia adelante.

—Dios mío, Angelica, este viaje es una locura. ¿Haces esto todos los días?

Me mira de reojo, pero me quedo en silencio con los labios apretados. Sí, parece una locura. Pero él no sabría nada de las decisiones increíblemente difíciles que tuve que tomar para encontrar una casa en un vecindario seguro, o que no podía simplemente mudarme cuando conseguí este trabajo.

—Parece... ridículo. ¿No hay ninguna guardería más cerca de la oficina? ¿Y por qué no te mudas más cerca de donde trabajas?

La radio suena débilmente mientras no respondo. Clavo mis uñas en la palma de mi mano. Simplemente no lo entiende. No es su culpa que sea tan privilegiado en todos los aspectos de su vida.

—Debes estar conduciendo... ¿tres horas al día? ¡Eso es absurdo! ¿Y en tu coche? —Lo remata con una risa, y mis mejillas se enrojecen. Eso es todo.

—Puede que sea absurdo para ti, Emory, pero tal vez sea porque no tienes ni idea de lo que es ser una madre soltera sin padres que te ayuden a mantenerte —me inclino hacia adelante, mirándolo fijamente y hablo rápidamente—. Me gradué en derecho mientras estaba embarazada. ¿Puedes imaginar tratar de averiguar cómo llegar a tus clases con un recién nacido en casa? No lo creo, porque tú no estabas allí.

Estoy hablando en voz alta, enojada. —Y por si fuera poco, no tenía una pequeña herencia en la que apoyarme cuando necesitaba dinero. Conseguí lo que pude, y lo hice funcionar. Sola. Excepto, por supuesto, por Camry y sus padres, quienes han tenido que ayudarme en cada paso del camino. Sin ellos, ni siquiera tendría mi cochecito de mierda o una casa en absoluto. ¿Entiendes eso?

Hago una pausa, roja de la cara. Él está en silencio.

—Quizás antes de criticar la vida que he construido con tanto esfuerzo para Anastasia y para mí,

deberías pensar en lo que he tenido que pasar para llegar hasta aquí. Y tal vez, solo tal vez, deberías considerar que tu vida parece fácil porque lo es, pero no todos a tu alrededor tienen ese lujo. Ni se te ocurra, jamás, darme tu opinión sobre mi crianza hasta que hayas hecho el mismo trabajo que yo. Tu opinión sobre eso es lo que es absurdo —me recuesto en mi silla con un resoplido y me cruzo de brazos.

Hay un breve silencio mientras conduce.

—Angelica, no quise... —Se aclara la garganta—. No pretendía criticar tu crianza. Creo que eres una gran madre —Habla en voz baja y pensativo—. Y tienes razón, no tengo idea de lo que has pasado —Hace una pausa—. Espero entender más, algún día. Pero lo que intentaba decir es... —Se pasa una mano por el pelo—. Yo... quiero ayudar. Podría ayudarte a mudarte a un lugar más cercano.

Estoy atónita. No tenía idea de que eso era lo que intentaba decir, y me siento culpable.

—Emory, eso es demasiado. Ya estás... haciendo mucho, solo con estar en nuestras vidas.

Él niega con la cabeza.

—Angelica, de verdad no es un problema. Te prometo que tengo el dinero, y quiero compensar el tiempo perdido siendo el mejor... padre... que pueda ser ahora.

Lo pienso por un momento.

—Es... muy amable de tu parte ofrecerlo. Pero no estoy segura de estar lista para eso todavía.

Él asiente.

—Lo entiendo —responde—. Solo piénsalo.

El resto del viaje, mantenemos una conversación más ligera. Le cuento sobre mis proyectos en el trabajo, y él finalmente empieza a hablarme sobre sus responsabilidades en su empresa. Llegamos a la oficina, y parece que quiere besarme para despedirse frente a la oficina, pero se contiene. Estamos bordeando una línea extraña en este momento, ambos inseguros de dónde estamos realmente juntos.

Alrededor de la hora del almuerzo, se aparece y me pide que almorcemos juntos. Acepto, y me lleva a un lindo bistró francés, completo con un toldo a rayas, sillas y mesas de hierro, y

manteles blancos.

—¿Has estado aquí antes? —pregunta mientras nos sentamos.

—No —digo mientras echo un vistazo al menú. Se siente pretencioso, con cada plato teniendo una lista de ingredientes al lado y de dónde provienen localmente, muchos de los cuales nunca he oído hablar antes.

—Es agradable. Mi lugar favorito para almorzar por aquí.

—Um... ¿tienes algún... plato favorito en el menú? —Intento ocultar lo intimidada que estoy por él, pero sonríe, y estoy segura de que lo sabe.

—Pediremos algunos bocadillos ligeros para empezar. Algo de queso, algo de pescado ahumado. ¿Has probado los escargots?

Niego con la cabeza.

—Tendremos que probarlos en algún momento, pero no son buenos para el almuerzo. Demasiado ajo. Luego para el plato principal, el salmón es bueno, o el pato. Pero pide lo que te llame la atención.

Sonrío y vuelvo a estudiar el menú.

Cuando llega la camarera, me sorprende escucharlo pedir en francés. Obviamente, no entiendo nada de lo que dice, pero cuando ella regresa, le ofrece una degustación del vino que eligió.

—Oh, Emory, no puedo beber. Tengo que volver al trabajo y eso.

—Oh, vamos —Me hace un gesto con la mano—. Solo pediremos una botella. Tómate un par de copas. Estarás bien —Cuando lo miro con dudas, continúa—. Además. Conozco a tu jefe. Probablemente esté haciendo lo mismo ahora mismo.

Cedo, y la camarera me sirve una copa del vino tinto oscuro.

—Te advierto, sin embargo... —Lo huele y toma un sorbo—. Esto va a arruinar tu opinión sobre esa cosa que tienes en tu nevera.

Me río y tomo un sorbo. Es un desperdicio en mí, pero finjo lo contrario.

—Tienes razón. Está bueno.

Él sonríe.

—Quédate conmigo, ángel. Te mostraré las cosas más finas de la vida.

Suena tan suave y pretencioso que me río a carcajadas, y él no puede evitar sonreír.

Charlamos un rato, picoteando los quesos, panes y pescados que nos trajeron. Está delicioso, aunque no le he dicho absolutamente nada a la camarera hasta ahora, y todo es un poco un misterio para mí.

—Así que —comienza Emory, su tono serio por primera vez en todo el almuerzo—. Quería hablar contigo sobre Ana.

Me quedo congelada a medio bocado. Esto no suena bien.

—Creo que... deberíamos decirle la verdad. Sobre quién soy. Solo va a empeorar, cuanto más esperemos.

Asiento y termino de masticar.

—Lo sé. Pero solo quiero asegurarme de que... vas en serio con... todo esto, conmigo, con ella, antes de que lo hagamos.

Me mira intensamente, extendiendo la mano por la mesa para tomar una de las mías.

—Angelica. Estoy más serio con esto de lo que he estado con cualquier otra cosa en mi vida. Quiero ser parte de tu vida, y de la de ella. Sé que esta es una... situación extraña, comenzar una relación con una niña ya involucrada. Pero no quiero que haya ninguna duda sobre mí. Sé que quiero esto.

Hace una pausa mientras lo pienso.

—Y en cuanto a nuestra relación, podemos avanzar tan lentamente como necesites. Pero estaré aquí. Y Anastasia merece saber la verdad.

Bajo la mirada. Sé que tiene razón. Pero estoy temiendo la conversación con Anastasia.

He intentado ser honesta con ella en todo, con esta gran excepción. Nunca he creído en ocultar

las verdades del mundo a los niños. Ella sabe que soy Santa Claus. Conoce las palabras correctas para su anatomía, etc. Pero nunca pensé que Emory volvería a su vida, y la verdad sobre eso parecía mucho más difícil de hacerle entender. Y una vez que admita que le mentí sobre su padre, temo que nunca vuelva a confiar en mí.

—Estoy de acuerdo. Solo... necesito un poco de tiempo para pensar en cómo tener esa conversación.

Él asiente y baja la mirada por un momento. —Gracias, Angelica. Por confiar en mí para estar en tu vida —dice con sinceridad, y casi nos hemos olvidado de la comida—. Te prometo que no te arrepentirás.

Capítulo 20

Emory

La puerta principal de Angelica se abre de golpe, y yo rápidamente finjo que no estaba revisando mis dientes en la cámara de mi teléfono. Inmediatamente noto que ella está nerviosa.

He estado alquilando un apartamento cerca durante los últimos días para estar cerca de ellas, llevándolas en auto todos los días y trabajando de forma remota en una oficina vacía en el edificio de Jackson. Ha sido genial pasar tiempo con ellas. Pero hoy es el día que elegimos para decírselo a Anastasia, y no sé cómo sentirme. Sé que es un gran compromiso, y sé que estoy listo, pero una parte de mí todavía está nerviosa por renunciar a mi antigua vida.

—Pasa —dice Angelica con seriedad.

Entro por la puerta. Llevo una bolsa de comida india para llevar en una mano. Le beso la mejilla antes de dirigirnos a la cocina.

—¡Emory!

Anastasia baja las escaleras corriendo con los brazos extendidos, y la levanto en un abrazo con mi brazo libre. Ella también me besa la mejilla antes de que la baje.

Angelica se ocupa de sacar platos y cubiertos mientras yo dispongo la comida. Traje una gran variedad. Anastasia toma asiento entre nosotros.

—¿Alguna vez has probado esto? —pregunto mientras le sirvo tikka masala y arroz.

Ella niega con la cabeza.

—Te gustará.

Parece aprensiva pero prueba un bocado de todos modos y sonríe.

Angelica y yo nos miramos. Es hora.

—Anastasia, cariño, tenemos algo que decirte —comienza Angelica, y Ana deja su tenedor y nos mira expectante.

—Sé que esto puede ser confuso para ti, y responderemos cualquier pregunta que tengas. Pero lo importante es que... Emory... es tu padre.

Anastasia parpadea con incredulidad. Me mira a mí y luego a Angelica. Y entonces rompe en llanto.

—¿Por qué estás mintiendo? —pregunta entre sollozos, y yo palidezco. Nunca he sido bueno manejando situaciones emocionales. Angelica intenta tomar las manos de Ana, pero ella dice que no y entierra su rostro en sus palmas.

—No estoy mintiendo, Ana.

—¡Mi papá está en el cielo!

Angelica me mira desesperada, y finalmente hablo.

—Tu papá está aquí mismo. —Las palabras suenan extrañas en mi boca, pero me obligo a continuar—. Angelica, tu mami... quiero decir... ella te dijo eso porque... porque... yo estuve ausente por un tiempo, y ella no podía encontrarme. —Hago una mueca. Probablemente me odiará por esto.

—No te creo.

—Anastasia, prometo que nunca más te mentiré —dice Angelica con sinceridad—. Quería protegerte, pero me equivoqué al hacerlo, y Emory está aquí ahora para ser tu papá. ¿Verdad?

—Sí. Sí. —Asiento vigorosamente.

Anastasia solloza en silencio y sorbe por la nariz. —¿De verdad eres mi papá? —Me mira mientras pregunta.

Le sonrío. —Lo soy.

—Yo... siempre he querido un papá —comienza y vuelve a sorber por la nariz, con lágrimas

surcando su carita redonda—. Como los papás que veo en la escuela.

Siento una punzada en el corazón al pensar que ella siempre ha querido que yo estuviera en su vida, y le he fallado. Pero eso solo fortalece mi determinación de hacerlo mejor. Pongo una mano en su hombro. —Anastasia. Te prometo que, de ahora en adelante, siempre estaré cerca. Pase lo que pase, estaré aquí.

Ella parece confundida y mira a Angelica.

—¿Entonces vives con nosotras ahora? —pregunta, y Angelica tropieza mientras intenta articular palabras, pero la detengo.

—No, no vivo aquí. Pero estaré cerca. Y te veré tan a menudo como pueda.

—¿Todos los días? —pregunta, mirándome con ojos grandes llenos de lágrimas.

—Bueno... eh...

Vuelve a romper en llanto, y yo tartamudeo una respuesta. —Todavía tengo que ir a trabajar a veces, y mi trabajo está lejos. Pero te veré mucho. Lo prometo. Siempre que pueda.

Angelica la abraza hasta que deja de llorar.

Una vez que la conversación emocional termina, ninguno de nosotros tiene realmente ganas de comer, pero picoteamos nuestra comida hasta que parece apropiado detenernos. Intento aligerar el ambiente con algunas historias, pero Anastasia parece agotada por todo lo que ha sucedido.

—¿Qué tal si leemos Alce suelto otra vez, eh? ¿Y mañana podemos parar por panqueques de camino a la guardería? —ofrezco.

Anastasia asiente con sueño y sube pesadamente a su habitación. Angelica y yo la seguimos sombríamente. Anastasia se queda dormida después de solo un par de páginas. Angelica la besa en la frente antes de que ambos salgamos de su habitación.

Tan pronto como la puerta se cierra detrás de nosotros, Angelica se vuelve hacia mí con lágrimas en los ojos. —Emory, lo siento mucho. Dios mío, lo siento tanto...

La envuelvo en mis brazos y dejo que llore en mi pecho.

—Angelica, no hay nada de qué disculparse —digo, frotando su espalda en círculos lentos.

—Yo... mantuve... a Ana... lejos de ti... —dice entre sollozos.

Trato de no pensar en el hecho de que mi camisa se está arruinando.

—Está bien, Angelica. Esto es solo una complicación. Un bache en nuestro camino. Las cosas mejorarán a partir de ahora.

Ella sorbe por la nariz y se aparta, mirándome. —¿De verdad lo crees?

—Sí —respondo sinceramente—. Las cosas son complicadas ahora, pero no lo serán para siempre.

Ella baja la mirada y se aclara la garganta. —Tienes razón. Es solo que... me dolió mucho escuchar a Ana decir... decir que... siempre ha querido un papá. Siento que realmente la he perjudicado.

—Todos cometemos errores. —Le aliso el cabello—. Superaremos esto.

Ella asiente con la cabeza. —De acuerdo.

Hay una pausa.

—Me gustaría poder quedarme, pero debería irme ya. Especialmente si vamos a ir por panqueques mañana, como te prometí —sonrío, y aunque ella no me devuelve la sonrisa, puedo notar que su tristeza y culpa se están disipando.

Me acompaña hasta la puerta, y me giro para mirarla. Me inclino para besarla suavemente en los labios. Me aparto y ella levanta la mirada hacia mí. Se ve hermosa bajo la luz de la luna.

—Te amo, Angelica.

Finalmente, me devuelve la sonrisa.

Llego a mi apartamento unos minutos después. Mientras me acerco a la entrada, veo a alguien estacionado en mi lugar y una figura apoyada contra la silueta de un Corvette. Cuando mis faros lo iluminan, lo reconozco. Adam. Mi hermano.

Estaciono apresuradamente y salgo de mi coche. —¿Qué haces aquí? —pregunto con un tono

cortante.

Mi hermano nunca viene solo para saludar. Esto significa que o algo anda mal, o está tratando de joderme de alguna manera nueva.

—Seré breve —Adam se aparta del coche con tranquilidad y se truena los nudillos, mirándome perezosamente a los ojos, exudando energía de imbécil.

—Sé sobre tu pequeño secreto.

Pongo los ojos en blanco. —No sé de qué estás hablando.

Adam sonríe con suficiencia y desdobla un papel de su bolsillo. —Anastasia Lewis. Lindo nombre. ¿Cuándo pensabas decirme que soy tío, hermano mayor? —pregunta burlonamente y vuelve a mirarme.

Aprieto los puños. —¿Por qué mierda te importaría? —le espeto y doy un paso hacia él.

—Supongo que me importa porque estoy preocupado por tu capacidad para dirigir nuestra empresa, Emory —hace una pausa—. Una hija es una gran responsabilidad, después de todo. ¿Estás seguro de que estás listo para eso?

—Oh, sí, nuestra empresa. Como si alguna vez hubieras hecho algo para ayudar.

—Bueno, eso es lo interesante, Emory —cambia su tono a uno más punzante y bajo—. Vas a firmar la empresa a mi nombre. Y si no lo haces, bueno... —se encoge de hombros—. Supongo que no tendré más remedio que contarle a la prensa sobre tu pequeña familia secreta.

Mi puñetazo conecta antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo. Golpea su mandíbula con un ruido sordo y él retrocede tambaleándose, sujetándose la cara.

Le escupo. —Eres un pésimo hermano, Adam.

Adam queda aturdido por un segundo, luego se recompone y se ríe. —Claro —se frota la mandíbula—. Dejaste de ser mi hermano en el momento en que internaste a papá en rehabilitación en lugar de enviarlo a la cárcel —presiona el botón para desbloquear su coche y abre la puerta—. Tienes dos semanas.

Capítulo 21

Angelica

Hay algo extraño en Emory.

En la superficie parece normal. Estuvo en California por unos días pero ha vuelto hace dos y sigue pasando casi todo su tiempo con nosotras. Cada día cuando recogemos a Ana de la guardería, tiene un nuevo regalo para ella. Hoy, fue un set de dinosaurios de plástico realistas. Le encantan y ya les ha puesto nombre a cada uno a pesar de que hay al menos quince.

Normalmente ofrece llevarnos a cenar fuera o pedir comida a domicilio, pero he tenido que decir que no algunas veces. No es saludable para Anastasia hacer eso todo el tiempo. Decirles que no a ambos es mucho más difícil que simplemente negarle a Ana nuggets de pollo cada vez que pasamos por un McDonalds, pero él generalmente intenta respaldarme una vez que he tomado una decisión.

No, no hay nada extraño en la forma en que interactúan. Cuando no están jugando juntos, están viendo una película o haciendo la tarea de Ana o dibujando. Al principio era muy cauteloso con ella, como si temiera que se fuera a romper. Pero ahora que se está acostumbrando a ella, a Ana le encanta cuando la lanza al aire y la atrapa cerca del suelo. Aun así, hay una delicadeza en su relación, una ternura.

Anastasia incluso se está acostumbrando a llamarlo papi, y he oído de sus maestras que ha estado hablando constantemente de él en la guardería.

Mientras los observo, no puedo evitar notar que mis sentimientos por Emory crecen. Parece encajar perfectamente en nuestra vida, y se esfuerza por hacernos sentir cómodas. Es una increíble figura paterna para Anastasia, y estoy emocionada de que su presencia en mi vida también crezca.

Pero mientras noto esto y considero si es hora de que finalmente le devuelva la palabra con "L", he notado que se está distanciando de mí. Cuando estamos solo nosotros dos, parece distante,

distraído, como si su mente estuviera en otro lugar. Lo sorprendo perdido en sus pensamientos y sin escucharme. Y nuestra relación física... ha cambiado. Me besa de despedida cada noche y ofrece algún toque fugaz ocasional. Pero no ha hecho ningún movimiento hacia algo más que eso, y me hace preguntarme si sus sentimientos hacia mí han cambiado.

Estoy guardando los platos cuando lo oigo bajar las escaleras desde la habitación de Ana. Debe estar dormida. Él acababa de leerle su cuento antes de dormir. Estoy segura de que ya debe estar harto de ese estúpido alce, pero supongo que eso es la paternidad.

Me he estado preparando para hablar con él durante la última hora más o menos que ha estado arriba. Sé que podría ser difícil, pero necesito saber si sus sentimientos hacia mí han cambiado. Por supuesto, mi corazón se rompería. Justo cuando finalmente me estoy abriendo al amor, sentir que se aleja es devastador. Pero no quiero que Anastasia tenga una idea equivocada de lo que es nuestra relación. Hemos sido sutiles hasta ahora, pero puedo notar que se está dando cuenta.

Entra en la cocina. —Estaba muy activa esta noche. Le tomó dos cuentos completos quedarse dormida. Supongo que eso me enseña a no jugar a las atrapadas con ella justo antes de dormir —dice y se apoya contra la pared.

Me seco las manos con un paño de cocina y me vuelvo hacia él, tratando de encontrar las palabras. No hay una manera fácil de comenzar esta conversación.

—Emory... —por el tono serio en mi voz, puedo notar que empieza a prestar atención.

—Mira, si algo ha cambiado en la forma en que sientes por mí, merezco saberlo. —Estoy tratando de sonar firme, pero mi voz tiembla. No quiero saberlo, pero necesito hacerlo.

—Angelica... —Baja la mirada, confundido—. ¿A qué te refieres? ¿De dónde viene esto?

—Has estado... distante, últimamente. Se siente como... si ya no estuvieras interesado en mí. Ya sabes, como... como en tener... —Las palabras suenan tan incómodas saliendo de mi boca, pero afortunadamente él levanta una mano para detenerme.

—Angelica, no se trata de eso en absoluto. Mis sentimientos hacia ti no han cambiado. Lamento haberte hecho sentir así. —Me mira con sinceridad, pero yo aparto la mirada.

—Entonces, ¿qué es?

—Bueno, supongo que he tenido mucho en mente... —Duda—. Es solo que... quiero ser una

parte permanente de sus vidas. Estar aquí con ustedes tanto como sea posible. Pero no estoy seguro de cómo hacerlo. La sede principal de mi empresa sigue en California, y la junta directiva está empezando a hacer preguntas sobre por qué he estado ausente tanto tiempo.

Me muerdo el labio. Me siento mal por haberle presionado para que me dijera esto. Sé que no quiere ponerme la presión de este lado de su vida.

—Además, supongo que he ido despacio porque... me importa hacer esto bien. Tener una vida juntos. La logística es simplemente... desafiante, en este momento. —Puedo notar que hay más que quiere decir, pero se contiene. Decido no presionarlo.

No quiero que renuncie a su vida en los negocios por nosotras. ¿Pero estoy lista para renunciar a mi vida aquí por él? Ninguna parece una buena opción.

Derrotada, me vuelvo hacia el fregadero para evitar encontrarme con sus ojos. Tal vez esto no funcionará, incluso después de todo lo que hemos pasado.

—Entiendo —finalmente respondo y me ocupo frotando los lados del fregadero—. Tienes muchas decisiones difíciles que tomar. No quiero presionarte para que...

Pero antes de que pueda terminar, de repente siento su cuerpo detrás de mí. Se presiona contra mí, envolviendo sus largos brazos alrededor de mi cintura e inclinando su rostro para estar cerca de mi oído.

—No, Angelica —susurra, plantando un suave beso en la tierna piel donde mi cuello se curva para encontrarse con mi mandíbula—. Tienes razón. Te debo una disculpa.

—¿P-Por qué? —tartamudeo, desconcertada por su cercanía, mis manos quedándose quietas.

—No te he estado mostrando cuánto te valoro. —Me gira rápidamente, con intensidad en sus ojos grises mientras encuentro su mirada—. No he estado cuidando de ti.

Antes de que pueda responder, me besa.

En su beso, puedo notar que fue sincero cuando dijo que sus sentimientos no habían cambiado. Me besa como si fuera lo único que quisiera en el mundo. Como si intentara aferrarse a cada momento.

Me olvido del jabón en mis manos mientras las enredo en su cabello espeso y oscuro. Agarro los

mechones mientras nuestras lenguas se rozan. No me había dado cuenta de cuánto echaba de menos esto.

Se aparta por un momento y mueve sus manos bajo mi trasero para levantar mi cuerpo sin esfuerzo. Me lleva a un espacio libre en la encimera y me coloca allí mientras lo miro. Sus ojos brillan en la penumbra, enmarcados por sus espesas pestañas. Su nariz, elegante y refinada en su forma romántica, delgada con una suave prominencia en el centro. Su piel clara y bronceada. Sus labios carnosos. Su mandíbula que podría cortar cristal. Es hermoso, como una escultura directamente salida de los grandes maestros. Pero en su carne alberga lo que ellos nunca pudieron capturar: lujuria viva y palpitante.

Me mira fijamente mientras me quita las bragas, y se me corta la respiración.

—Déjame recordarte cómo empezó todo esto —dicho esto, comienza a trazar besos por mi garganta, acunando mis pechos en cada mano.

Amontona mi vestido alrededor de mi cintura y pasa sus manos por la suave piel de mis piernas. En su tacto, puedo sentir su ansiedad, pero se está conteniendo, priorizándome. Por una vez, estoy de acuerdo con eso.

Con un movimiento grácil, acompañado de más besos ligeros como plumas sobre mis brazos y estómago, se arrodilla en el suelo para quedar a la altura de mis caderas.

—Emory, no tienes que...

—Quiero hacerlo, Angel —me mira con reverencia—. Quiero hacerte sentir bien.

Recorre el interior de mi muslo con su lengua hasta que está tan cerca de mi coño que tiemblo. —Eres tan perfecta, ángel —murmura mientras traza su camino hacia mi clítoris, tan suave y lento que apenas puedo soportarlo.

—Oh, Emory... —suspiro cuando su lengua roza mi piel sensible. Arqueo la espalda y echo la cabeza hacia atrás de placer. Se está tomando su tiempo, provocándome, y mi coño está resbaladizo de excitación. Sé que me dará lo que quiero, pero es difícil esperar.

Envuelve mi clítoris con su boca y succiona suavemente, enviando oleadas de placer por mi cuerpo mientras un dedo sube para frotar mis pliegues. Gimo, suavemente, y me agarro a la encimera.

Continúa chupando y moviendo su lengua contra mí mientras desliza su dedo dentro lentamente, dando tiempo a mi cuerpo para relajarse a su alrededor. Mi respiración es entrecortada, irregular, mientras mi corazón se acelera, y empujo mis caderas hacia adelante, abrumada por la sensación y dejando que mis instintos tomen el control.

Curva su dedo dentro de mí para frotar contra mi punto G, y cierro los ojos, concentrada solo en la forma en que me hace sentir. Tengo que confiar en que me silenciará si estoy siendo demasiado ruidosa porque apenas soy consciente de mi entorno en este momento. Todo lo que sé es el placer que siento mientras algo se construye dentro de mí, un calor que necesita liberación, una presión que hace que mis músculos se tensen a medida que me acerco al orgasmo.

Su dedo se acelera al sentir cómo cambia mi cuerpo, pero su boca sigue trabajando en mi clítoris, atrayéndome cada vez más cerca del borde.

—Emory, voy a... —logro soltar antes de que el orgasmo me sacuda. Mi mano vuela sobre mi boca para detener un grito que casi libero, y gimo contra mi palma mientras mi liberación recorre mi cuerpo. Las estrellas explotan frente a mis ojos cerrados mientras mi cuerpo se enciende en sensaciones, quemando cada nervio mientras mi agarre en la encimera se aprieta. Me siento como si estuviera flotando, como si mi cuerpo no pesara nada, mientras todo se libera. Al cruzar el pico y entrar en las réplicas, siento una paz abrumadora, satisfacción y amor por él. Me siento perfecta aquí, con él, y nunca quiero que esto termine.

Cuando lo he superado y puedo descubrir mi boca con seguridad, estoy respirando pesadamente y mis mejillas se sienten cálidas. Emory se pone de pie y me sonríe, con los hoyuelos en sus mejillas pronunciados.

—Emory, eso fue... eso fue increíble. Gracias.

Él niega con la cabeza. —Es lo que te mereces. Y te prometo que no lo volveré a olvidar.

Capítulo 22

Emory

—Emory, estoy seguro de que hay otra manera.

Jackson suena tenso por teléfono. Sabe lo mucho que significa esta empresa para mí. Sí, nací en una familia adinerada y siempre me han cuidado. Pero nunca quise depender de eso para siempre, quería hacerme un nombre por mí mismo. Y después de recibir esta empresa de mi padre, lo he logrado. Me respetan en todo el mundo y, a través de mí, la empresa ha experimentado un crecimiento sin precedentes. La consideraba mi bebé antes de tener uno de verdad. Incluso ahora que mis prioridades han cambiado, renunciar a ella parece una gran pérdida. No sé quién soy sin ella.

—No la hay. Adam hará lo que sea necesario para joderme, incluso poner en peligro a mi familia. Es despiadado. Esto no es un farol. Y no podría vivir conmigo mismo si les trajera esto encima.

La prensa los devoraría vivos. Todo el mundo lo sabría. Los compañeros de clase de Ana, sus padres, todos en la oficina de Angelica. Ellos no pidieron esa atención no deseada y merecen vivir sin sentirse como una mancha en mi historial.

—¿De verdad crees que es tan importante? ¿Lo suficientemente importante como para renunciar a todo? —pregunta Jackson.

—No a todo —corrijo—. Y sí. Angelica y Ana no deberían tener que lidiar con lo que yo hago. Ser seguidas, cámaras en sus caras, tabloides publicando titulares horribles. Nunca han estado en el ojo público antes, y no quiero que tengan que aprender lo que eso significa. Solo quiero establecerme con ellas tranquilamente y escapar de todo eso.

—¿Pero renunciar? ¿Recomendar a Adam a la junta? Destruirá todo lo que has construido. ¿Cómo sucedió esto, de todos modos? ¿Cómo lo sabe?

Estoy en California de nuevo. Mañana es el último día de las dos semanas. Vine aquí para firmar oficialmente la transferencia de mis acciones, y he programado una reunión con la junta para animarlos a poner a Adam en mi lugar.

—No lo sé. He estado dándole vueltas en mi cabeza toda la semana. No tiene sentido. He sido cuidadoso, manteniendo un perfil bajo, sin decírselo a nadie más que a ti. —Hago una pausa—. ¿Podría Lisa haber...?

—No. —Me interrumpe—. Lisa sabe lo que sientes por Adam. Nunca se lo habría dicho. Además, no es como si mantuvieran el contacto.

Suspiro. —Lo sé. Solo estoy tratando de pensar en cualquier explicación.

Jackson duda. —¿Quién más sabría de esto? ¿Quién más está lo suficientemente cerca de tu vida como para haberlo descubierto?

Me quedo en silencio mientras la realización me golpea.

—Tengo que irme.

Entro en mi camino de entrada apresuradamente. Estoy furioso, prácticamente echando humo, mientras abro la puerta de golpe. Camino hacia donde mi asistente está sentada en su escritorio.

—Mira.

Ella se pone de pie apresuradamente.

—Señor Rhodes, lo siento. No lo esperaba en casa. Tengo sus mensajes y...

—Detente. —Levanto mi mano. Me quedo quieto por un momento, tratando de evitar explotar contra ella. Rápidamente pienso en una forma de atraparla con las manos en la masa y me compongo.

—Mi hermano viene a cenar. —Intento hablar con calma—. ¿Puedes contratar a ese chef que me gusta?

Parece sorprendida pero intenta ocultarlo y rápidamente trata de acomodar mi petición. —Por supuesto. ¿Adam tiene alguna restricción dietética? Debería informarle al chef antes de... —Se queda en silencio al darse cuenta de lo que se le escapó. Nunca le he dicho su nombre. La miro

con furia.

—¿Cuánto tiempo has estado trabajando para él? —pregunto, con voz plana pero llena de rabia.

Su comportamiento cambia rápidamente, y me mira con desprecio. —¿Trabajando para él? Por favor. Estamos enamorados.

Me río exageradamente. —Eso es ridículo. ¿Crees que él es capaz de amar? Claramente te está usando.

Ella hace una pausa. —Estás equivocado. Quiere casarse conmigo.

Agito mi mano hacia ella. —Claro, Mira. Lo que te ayude a dormir por las noches. —Me alejo de ella para suprimir mi rabia—. Así que ya sabes, supongo, que estoy renunciando —digo.

Revuelve algunos papeles en su escritorio y saca uno de una pila. —Su carta de renuncia ya está redactada. Considérelo un último favor.

Pongo los ojos en blanco. —Por favor. No te pago por favores. Y debería ser obvio que estás despedida.

Ella asiente y comienza a recoger sus cosas.

—Nunca volverás a encontrar trabajo en esta industria. Espero que lo sepas. Y deberías saber que lo que Adam dijo es una mierda. Nunca se va a casar contigo.

Empiezo a alejarme pero la oigo llamarme: —¡Estás equivocado! ¡Ya verás! ¡Estamos enamorados, y tan pronto como tenga dinero, nos vamos a casar!

—¡Buena suerte con eso! —digo por encima del hombro, pero una señal de alarma se enciende en mi mente. ¿Una vez que tenga dinero? Nuestra madre le dejó millones de dólares.

Voy a mi habitación y apoyo la cabeza en las manos. ¿Cómo pude ser tan estúpido como para dejar que esto sucediera?

Sin embargo, no puedo cavilar por mucho tiempo porque, solo unos minutos después, oigo un golpe en mi puerta. Sé que es Mira antes de abrirla.

—¿Qué sigues haciendo aquí? Lárgate. —Intento cerrar la puerta, pero ella me lo impide con el

pie.

—No tomaste la carta. —Me la empuja.

—No la necesito —respondo.

—Oh, creo que sí. No creo que entiendas lo que Adam hará si no lo haces. ¿Crees que tiene miedo de lastimarte? No lo tiene. Tu pequeña familia estará en toda la prensa, y sus vidas se acabarán.

Exhalo enojado y la miro fijamente. Ella parece no intimidarse.

—A menos que... firmes esto.

Odio tener que hacerlo, pero se la quito. Finalmente se va después de eso, y me sirvo un vaso de whisky. Me lo tomo de un trago mientras firmo la línea punteada.

Capítulo 23

Angelica

Estoy a punto de acostarme cuando mi teléfono empieza a vibrar. Cuando veo que es Emory, contesto inmediatamente.

—Emory, ¿estás bien? Es tarde.

—Sí, estoy bien. Estoy afuera. ¿Puedo entrar?

Miro la hora con incredulidad pero cedo. —Por supuesto. Ya voy.

Me pongo unas pantuflas y bajo las escaleras arrastrando los pies, bostezando. Abro la puerta y me sorprendo al verlo tan desaliñado. Tiene ojeras. Su cabello está despeinado y su ropa arrugada por primera vez que recuerde.

—Perdona por aparecer así. Pero... necesitaba hablar contigo.

Me hago a un lado para dejarlo pasar. —Está bien, no te preocupes. Pero ¿qué pasa? ¿Algo anda mal?

Se pasa una mano por el pelo y camina lentamente hacia el sofá. Lo sigo. Nos sentamos, pero él permanece en silencio por un momento, mirando al frente.

—Perdí la empresa —dice finalmente, y baja la mirada.

Estoy conmocionada y me toma un tiempo poder responder. —¿Qué? ¿Cómo pasó eso?

Duda. —Quiero contártelo. Quiero ser honesto contigo sobre todo. Sin más secretos. Pero tienes que prometerme que no te culparás —me mira seriamente—. ¿De acuerdo?

Asiento. No estoy segura de adónde va esto, pero sé que es importante para él.

—Mi hermano y yo... no somos cercanos. Cuando ocurrió el accidente que mató a mi madre y a

mi hermana, él quería presentar cargos contra mi padre, pero yo no se lo permití —hace una pausa—. No quería perder a toda mi familia de golpe. Así que lo internamos en rehabilitación. Pero mi hermano estaba tan enojado que terminé perdiéndolo a él también.

Le tomo la mano. Mi corazón se aflige por él. Pero no entiendo cómo se relaciona esto con la empresa.

—No hemos hablado realmente desde entonces, pero él ha encontrado formas de vengarse. Arruinando negocios, mintiendo a la prensa para perjudicarme... —vuelve a quedarse callado—. Esta vez, me dijo que si no le cedía la empresa, le contaría a la prensa sobre ustedes dos. Te difamaría para que tu vida cambiara para siempre.

Me quedo en silencio. ¿Hizo esto... por nosotras? ¿Renunció a su empresa, a toda su identidad, para protegernos a mí y a Anastasia?

—No sé por qué Adam quiere de repente la propiedad de la empresa. Durante años, no quiso saber nada de ella, nada que tuviera que ver con lo que mi padre tocara. Pero... no importa. No podía permitir que te hiciera daño.

Puedo ver que está destrozado por esto. Pero mi corazón se hincha de amor por él, sabiendo todo lo que ha sacrificado. Sabiendo que le importo tanto.

Suavemente, pongo una mano en su barbilla y levanto su mirada hacia mí. La expresión de pura tristeza en su rostro me conmueve.

—Gracias, Emory. Gracias por protegernos —me inclino hacia adelante y lo beso.

Él duda y luego me devuelve el beso. Es diferente, no lujurioso sino... amoroso. No hay lengua, solo un suave movimiento de nuestros labios juntos, mientras tomo su mano.

Nos besamos por un momento, hasta que me aparto. —Has hecho tanto por nosotras. Solo quiero decir... que estoy muy feliz de tenerte en mi vida. Estoy tan agradecida... de que nos tengamos el uno al otro.

Me sonríe, pero no es su sonrisa habitual, esa sonrisa ganadora, esa expresión que dice puedo hacer cualquier cosa y quiero que estés conmigo para ello. Esta sonrisa es suave, sus hoyuelos tiran de las comisuras de su boca, sus párpados pesados.

Me levanto, aún sosteniendo su mano, y lo guío al dormitorio. No dice una palabra, es como si

estuviera en trance. Puedo ver que aún tiene algunas cosas en mente, pero también parece que está tratando de estar en el momento, tratando de estar conmigo.

Llegamos al dormitorio y me vuelvo hacia él. Me mira, pero no con la intensidad habitual. En su lugar, con suavidad. Nos sentamos uno al lado del otro en la cama, y él me besa de nuevo. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, y él pasa una mano por mi cabello.

Me muevo lentamente hacia una posición acostada, aún sosteniéndolo para que me siga. Nos acostamos uno al lado del otro por un tiempo, solo besándonos. De vez en cuando, se aparta solo para mirarme. Como si quisiera recordar cada detalle.

Paso una mano por su pecho hasta encontrar su entrepierna, y paso mis dedos de un lado a otro sobre su miembro duro. Él no me apresura, solo me deja tocarlo suavemente.

Finalmente, le desabrocho los pantalones y los deslizo por sus caderas. A cambio, él me quita los shorts del pijama. No llevo nada debajo, y el aire fresco me recibe, haciéndome estremecer. Empieza a tocarme, pero lo detengo y lo acerco más.

—Siempre me cuidas —digo sin aliento, mis labios casi rozando los suyos por nuestra cercanía —. Deja que esta noche sea solo para ti.

Muevo mi cuerpo hacia abajo en la cama para estar a la altura de sus caderas y paso una mano suavemente por su pecho. Él guarda silencio mientras me observa con la respiración contenida.

Le bajo los calzoncillos hasta las rodillas. Pone una mano bajo mi barbilla, animándome a mirarlo y luego dice: —Angelica, no tienes que hacer esto por mí. Tomé mi decisión y no necesito nada a cambio.

Le sonrío. —Quiero hacerlo. Hacerte sentir bien me hace sentir bien a mí también.

Acerco mis labios a la punta de su miembro y presiono un beso contra él. Su cuerpo se estremece ante el contacto, y puedo ver que está en el momento, finalmente, mientras su anticipación por mi toque anula todos los miedos, ansiedades y pérdidas que dominaban su mente anteriormente. Muevo mi boca suavemente sobre la parte inferior de su miembro, presionando mi lengua para rozar el nervio allí. Se estremece mientras me dirijo hacia la base.

Dejando un rastro de saliva, regreso a la punta. Llevo mi mano a su tronco mientras finalmente succiono la cabeza de su miembro en mi boca. Mientras muevo mi boca arriba y abajo por su

polla, uso mi mano en conjunto, rotando y apretando. Levanto la mirada para encontrarme con sus ojos, y él me está mirando intensamente, con las mejillas sonrojadas y el cabello alborotado.

—Eres increíble, ángel —el sonido de su voz hace que mis párpados tiemblen y duden, pero me recuerdo a mí misma no detenerme.

Continúo así durante unos minutos, e incluso logro arrancarle algunos gemidos suaves. Eventualmente, lleva su mano a mi cabello y comienza a guiar mi cabeza, empujándome hacia abajo para aumentar mi ritmo.

Hasta que, abruptamente, me detiene llevando su mano alrededor de mi barbilla y tirando de mí hacia arriba para mirarme. Me paso la mano por los labios y puedo notar que mis mejillas están sonrojadas.

—Aún no he terminado contigo, ángel. Ven aquí.

Me muevo encima de él, y tira de mi rostro hacia el suyo, uniendo nuestros labios nuevamente. Nuestro beso es suave y lento, hasta que él toma el control de nuevo y me empuja hacia un lado, sobre mi espalda.

No tarda mucho en empujar dentro de mí, pero esta vez es diferente a como ha sido antes. Se mueve lentamente, se toma su tiempo. Nos miramos todo el tiempo, o nos besamos lenta y apasionadamente. Cada otra vez que hemos tenido sexo, ha sido para probarnos algo el uno al otro o para lograr algo. Esta vez, simplemente estamos juntos. Disfrutando de la presencia del otro. Disfrutando este momento.

Mientras termina, está mirándome a los ojos. Como si quisiera que lo viera. Como si quisiera compartir esto conmigo.

Luego rueda hacia un lado para acostarse de espaldas, respirando pesadamente. Me giro de costado y apoyo mi cabeza con una mano para observarlo. Estamos en silencio por unos momentos, simplemente estando juntos en las secuelas. Me invade un sentimiento abrumador de amor por este hombre. El hombre que renunció a todo solo para mantenernos a mí y a nuestra hija a salvo. Me ha demostrado una y otra vez que puedo confiar en él, que esto es lo que quiere. Y finalmente estoy empezando a creer que podemos hacer que esto funcione, que todo lo que realmente necesitamos es estar juntos. Justo cuando las palabras se están formando en mi mente, justo cuando estoy abriendo la boca para decirle que lo amo, él se sienta.

—Supongo que debería irme —se pasa una mano por el cabello y comienza a recoger su ropa.

Frunzo el ceño. —¿Por qué? —pregunto.

Me mira confundido. —No quiero que Ana me encuentre aquí mañana por la mañana, ¿verdad? Eso sería confuso para ella.

Niego con la cabeza. —Emory, eso ya no importa. Al principio... tenía miedo de confiar en ti. Tenía miedo de que cambiaras de opinión o de que no fueras serio con esto. Pero esta noche... me demostraste que lo eres. Sé que tuviste que tomar una decisión difícil. Y sé que probablemente te dolió renunciar a la empresa. Pero... también me demostró lo que necesitaba saber. Que esto es lo que quieres —me inclino hacia él y lo beso suavemente.

Nuestros labios se aferran el uno al otro.

—Quédate. Estoy lista para que Anastasia sepa sobre esto. Y además, ella solo estará emocionada de ver a su papá por la mañana.

Me sonríe y me da un rápido beso en los labios. —Si estás segura, me encantaría.

Asiento. —Lo estoy.

Nos preparamos para dormir y nos acurrucamos uno junto al otro. En realidad, no hemos dormido juntos desde nuestra primera noche juntos, hace años. Se siente tan correcto. Mi cabeza en su pecho, sus brazos alrededor de mis hombros. Nuestra respiración ralentizándose para coincidir con la del otro. Me quedo dormida casi instantáneamente, pero en los últimos momentos antes de hacerlo, me golpea la realización de que quiero hacer esto cada noche por el resto de mi vida.

A la mañana siguiente, suena mi alarma y abro los ojos para ver a Emory ya despierto, mirándome.

Sonríe. —Buenos días, hermosa.

Me siento cohibida de que me haya visto mientras dormía, y me limpio un poco de baba de la comisura de la boca. Pero rápidamente me doy cuenta de que a él no le importa en absoluto. Me está mirando con la misma adoración de siempre.

—Buenos días —bostezo y le devuelvo la sonrisa. Toma mi mano bajo las sábanas.

Antes de que podamos pasar más tiempo juntos, escucho los pequeños pies de Anastasia correr por el pasillo, y ella irrumpe en la habitación como un torbellino.

—¡Buenos días, mamá! —grita, pero se detiene en seco cuando nota a Emory sentado. Sin embargo, su vacilación no dura mucho.

—¡Papá! —exclama y salta a la cama. Se envuelven en un abrazo, con la cabeza de ella acurrucada en el hueco de su cuello.

Cuando se separan, ella lo mira inquisitivamente. —¿Qué estás haciendo aquí?

Él parece no estar seguro de qué decir y me mira, así que intervengo.

—Emory podría pasar la noche aquí algunas veces. Él... quizás no esté aquí todas las noches debido al... trabajo... —En realidad no estoy segura de eso, pero no quiero que ella espere que él esté siempre por aquí y se decepcione—. Pero estará aquí la mayor parte del tiempo. ¿No es emocionante?

Ana asiente con entusiasmo y lo abraza de nuevo. Él le devuelve el abrazo.

—Oye, tengo una idea —dice Emory, y Ana lo mira expectante.

—¿Qué te parece si yo te ayudo a prepararte para la escuela hoy, y le damos a tu mami un tiempo extra para dormir? ¿Cómo suena eso?

Ella se pone de pie y empieza a saltar en la cama.

—¡Sí, sí, sí!

Él se ríe y mueve los pies para evitar que lo pise. —Muy bien, hagámoslo entonces —Gira para poner los pies en el suelo y se levanta, recogiendo a Ana en sus brazos—. Y nos vamoooos... —La hace girar en un círculo mientras ella se ríe—. ¡Allá vamos!

En realidad no puedo volver a dormirme, pero paso el tiempo extra en la cama desplazándome por las redes sociales en mi teléfono. Puedo oír a Emory y Anastasia hablando y riendo al final del pasillo mientras realizan su rutina matutina. Una vez que todos estamos listos, nos subimos al coche de Emory y conducimos hasta la guardería de Anastasia, continuando nuestra tradición de cantar a todo pulmón los últimos éxitos del pop. Incluso pillo a Emory cantando en voz baja.

Capítulo 24

Emory

El paisaje de Pensilvania se difumina fuera de mis ventanas abiertas mientras conduzco, con el viento soplando a través de mi cabello. Escucho a los Eagles mientras me dirijo al aeropuerto, sintiéndome mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo. Ha sido una semana quedándome con Angelica y Anastasia, integrándome en su rutina, teniendo cenas familiares y noches de película. Ha sido perfecto. No podría pedir más.

Lo que me lleva a darme cuenta de que es hora de un cambio permanente. No tiene sentido tener mi base en California cuando ya no tengo deseos de estar allí. Ni trabajo que me retenga. Y sí, probablemente intentaré encontrar un nuevo puesto ejecutivo pronto, y no debería ser difícil con mi experiencia. Pero ¿qué me impide hacer eso aquí, con mi familia?

Así que estoy vendiendo mi casa. Aún no se lo he dicho a Angelica, quiero que sea una sorpresa. Pero hoy vuelo a California para reunirme con un agente inmobiliario.

Ya he empezado a buscar lugares por aquí, minuciosamente por mi cuenta ya que aún no he contratado un nuevo asistente. Es molesto tener que hacer la investigación y el trabajo yo mismo, pero sé que valdrá la pena. Y espero que Angelica y Anastasia acepten mudarse conmigo. Parece la elección lógica, si no emocionalmente satisfactoria. Lo que elija será más grande y cómodo que donde están ahora. Y estoy buscando casas más cerca de la guardería de Anastasia y la oficina de Angelica. Les haría la vida más fácil. Les haría la vida mejor. Y la idea de proveer para ellas de esta manera me llena de un sentimiento de orgullo que nunca antes había sentido.

Todavía estoy a unos veinte minutos del aeropuerto cuando la consola de mi coche me notifica que Jackson está llamando.

Subo las ventanillas y contesto.

—Hola, amigo. ¿Qué pasa?

Jackson no duda en responder.

—Emory. Es tu padre. Ha estado tratando de comunicarse contigo, pero dice que las llamadas van directo al buzón de voz.

Mi corazón prácticamente se detiene en mi pecho. Bloqueé su número hace mucho tiempo por enojo. No he hablado con él en casi diez años. Pero para que llame a Jackson, debe ser una emergencia.

—Él... no está bien. En cuanto a su salud —continúa Jackson—. Necesitas verlo. Sé que puede ser difícil, pero creo que te arrepentirás si no lo haces.

Parpadeo. Mi mente está corriendo con lo que podría pasar si no lo hago. Si muere, y nuestro último recuerdo mutuo fue yo ingresándolo en rehabilitación y abandonándolo, no podría vivir conmigo mismo.

—Lo haré. Gracias, Jackson —cuelgo el teléfono y piso el acelerador.

No pierdo tiempo en llegar a él. Tan pronto como llego al aeropuerto, saco mi coche del estacionamiento y me dirijo a toda velocidad hacia el Centro de Rehabilitación 90210. No tengo idea de cómo será verlo. Me pregunto si todavía me odiará por lo que hice. Por supuesto, no ha estado en rehabilitación todos estos años. Ha sido dado de alta, ha recaído y ha vuelto varias veces, supongo que por insistencia de mi hermano. Y esto es solo lo que sé por amigos de la familia y mensajes de texto manipuladores de Adam. Algunas veces la gente me ha mencionado que él quería ponerse en contacto conmigo, pero simplemente asumí que probablemente sería para tener la oportunidad de explotar contra mí de nuevo.

Ingresarlo allí fue mi propia versión personal del infierno. Literalmente tuve que arrastrarlo, pataleando y gritando, gritándome que no necesitaba esto, que fue solo un error que cualquiera podría cometer, que no tenía un problema.

Hasta donde yo sé, nunca ha asumido la responsabilidad de matar a mi hermana y a mi madre, las dos mejores personas de mi vida.

No sé si seré capaz de controlarme cerca de él. Además del hecho obvio de que era un peligro para todos en la faz del planeta cuando bebía, necesitaba sacarlo de mi vida. Después de lo que pasó, cada vez que lo miraba, todo lo que veía era un asesino. No sé si eso cambiará después de diez años. Pero también siempre he dicho que no quiero perderlo como los perdí a ellas. Y si esta

es mi última oportunidad de reconectarme con él, al menos voy a intentarlo.

Giro a través de la valla en el borde de la propiedad y subo por el camino pavimentado de piedra. Por supuesto que mi padre solo consideraría el mejor cuidado que el dinero puede comprar, y eso es lo que obtuvo. Ese dinero se refleja en los alrededores absurdamente lujosos, los topiarios perfectamente cuidados, las estatuas no denominacionales y ambiguas pero motivacionales, el diseño ultramoderno de las instalaciones, las comidas preparadas por chefs privados. Cuando llego a la entrada, un empleado se apresura a aparcar mi coche.

Trato de no parecer obviamente en pánico mientras atravieso las puertas. Me aliso el traje y el cabello. No puedo dejar que mi padre me vea en un estado de debilidad.

—Bienvenido. ¿En qué puedo ayudarle, señor? —me saluda la mujer en la recepción con rizos meticulosamente brillantes y gafas cuadradas.

—Estoy aquí para ver a un paciente. Victor Rhodes —observo mientras ella revisa su computadora.

—Por supuesto. Adam, supongo.

Parpadeo. Supongo que Adam ha estado visitando más de lo que me di cuenta. Probablemente solo para hacerme quedar como el hijo de mierda.

—No. Soy Emory —digo secamente.

—Oh, oh, ¡por supuesto! —rápidamente escribe una nota y saca una etiqueta en blanco para escribir—. Lo siento, olvidé que el Sr. Rhodes mencionó que podría estar visitando. Ya está aprobado, así que déjeme llenar esto para usted... —garabatea mi nombre y apellido en la etiqueta y me la entrega por encima del escritorio—. Está en uno de nuestros condominios. Al otro lado del césped, primer edificio a la izquierda de la fuente —me sonríe—. Estará muy feliz de verlo.

Asiento con la cabeza y pego la etiqueta adhesiva barata contra mi traje de tres mil dólares, reprimiendo una mueca.

Camino por el sendero a través del centro del césped e intento mantener mi paso regular y lento, pero internamente, estoy en pánico. Escucho a la gente hablar y reír desde la piscina a mi derecha. Mientras subo los escalones hacia la puerta del condominio beige, me armo de valor y

respiro profundamente, mirando hacia abajo por la colina al paisaje urbano.

Y entonces, llamo a la puerta.

Pasan unos sólidos treinta segundos antes de que la puerta se abra de golpe, y estoy cara a cara con mi padre por primera vez en una década.

Me sorprende lo mucho más viejo que se ve. El cabello escaso y canoso, los ojos hundidos, los hombros encorvados. Pero en cuanto posa sus ojos en mí, su rostro se ilumina con la sonrisa ganadora característica de nuestra familia.

—Emory. Qué bueno verte.

Antes de que pueda detenerlo, me envuelve en un abrazo y me da unas palmadas en la espalda. Incluso con su cuerpo encogido, todavía me saca un par de centímetros. Siempre he odiado eso.

Se aparta. —Pasa, pasa. —Me hace señas para que entre y camina lenta y vacilantemente hacia el sofá—. Por favor, siéntate —me anima al ver que dudo después de cruzar el umbral. A regañadientes, tomo asiento en el sillón frente a él.

Me mira y yo me cruzo de brazos, con expresión imperturbable.

—¿Por qué estoy aquí, papá? —pregunto con voz monótona.

Se ve visiblemente entristecido por mi tono y mi negativa a actuar feliz de verlo.

—¿Acaso un hombre no puede simplemente querer una visita de su hijo?

Lo miro fijamente y exhalo por la nariz. —No, la verdad que no. Jackson me dijo que algo anda mal con tu salud. —Sé que no debería estar actuando así si lo que Jackson me dijo era cierto. Pero necesito escucharlo de él.

Mi padre suspira. —Bueno... eso no es exactamente cierto.

Niego con la cabeza incrédulo y me pongo de pie, pero mi padre prácticamente salta de su asiento y extiende las manos.

—Por favor. Solo dame la oportunidad de explicarte.

Me quedo quieto y arqueo las cejas hacia él. Si cree que se va a salir con la suya, está

equivocado.

—No me pasa nada. Pero hay algo de lo que necesito hablarte. Lamento haber mentido, pero era la única forma que conocía para que vinieras. E incluso así, no estaba seguro de que lo harías... —Aparta la mirada—. Sé que me odias. Y me lo merezco. Pero, Emory... tu hermano está en problemas. Necesita tu ayuda.

Frunzo el ceño. Dudo, pero finalmente vuelvo a sentarme. —De acuerdo. Dime qué está pasando, y no más mentiras.

Parece aliviado y asiente. —No más mentiras. Lo juro.

Hace una pausa, y puedo ver que busca las palabras.

—Emory... Adam tiene un problema. Como yo lo tuve. Como lo tengo. Él... es adicto al juego.

Parpadeo incrédulo. ¿Qué? ¿Adam? Siempre fue tan conservador con su dinero, incluso cuando éramos adolescentes.

—Y probablemente más que eso también. No lo sé. No habla mucho conmigo excepto para pedirme dinero. Cuando finalmente empecé a decirle que no, se enojó y comenzó a hablar de que le debe dinero a algunas personas que van a ir por él. Que van a lastimarlo. Y empezó a... insistir en que esto es mi culpa, que yo soy la razón por la que tiene estos problemas. Lo cual probablemente sea cierto, y créeme, tengo suficiente culpa en mi cuerpo para durarme diez vidas. Pero Emory... necesita ayuda. No se trata solo de sacarlo del apuro, necesita intervención profesional. Y sé que ustedes dos ya no tienen la mejor relación, pero necesita a su hermano. Yo lo haría, pero necesito terminar mi tiempo aquí. Solo me queda un mes, y... realmente creo que esta vez va a funcionar.

Pongo los ojos en blanco.

—Trata de creerme, Emory. Sé que necesito esto, y he estado hablando con el centro sobre reubicarme en una comunidad de vida sobria después de que esto termine. —Niega con la cabeza —. Pero ese no es el punto. El punto es que Adam está en problemas. Y tú eres el único que puede ayudarlo ahora mismo.

Me quedo en silencio. ¿Es por esto que me quitó la empresa? ¿Para financiar su hábito de juego?

—Emory. Podrías salvarle la vida. ¿Quieres perder a otro miembro de esta familia?

Su pregunta duele. ¿Cómo podía ponerme esta responsabilidad encima? Después de todo lo que Adam ha hecho para lastimarme, para destrozar mi vida, ¿para ponerme la culpa de la demolición de nuestra familia?

Pero aun así. Si esto es cierto, podría evitar que lo que le sucedió a Anastasia y a mi madre le suceda a alguien más por culpa de Adam. Y si tuviera esa oportunidad y no la aprovechara, no creo que pudiera vivir conmigo mismo.

—¿Por qué debería escucharte? Lo único que has hecho por mí es ser un padre de mierda y enojado, y matar a las personas que más amaba en este mundo.

Mi padre mira al suelo. Puedo ver lágrimas formándose en sus ojos. Nunca lo había visto llorar antes, ni siquiera después de todo lo que pasó. —Yo... lo sé. He sido un padre terrible. Una vez que pude reconocer el papel que jugué en... en lo que pasó... nunca he podido perdonarme. Y no merezco el perdón de nadie, especialmente el tuyo. Pero todo lo que puedo hacer ahora es tratar de asegurarme de que tú y Adam no cometan los mismos errores que yo. Y, Emory, he querido decirte esto durante tanto tiempo, pero... lo siento mucho.

Las lágrimas ruedan por sus mejillas mientras dice esas tres palabras. —Yo... tomé una decisión egoísta que lastimó a toda nuestra familia. Que nos quitó a dos de esta vida. Yo soy responsable de eso. Yo. Y no te estoy pidiendo que me perdones, pero te estoy pidiendo... que no te des por vencido con Adam. No dejes que la historia se repita. No dejes que se convierta en un monstruo como yo.

Me mira de nuevo, con los ojos brillantes, y por primera vez en mi vida, sé que está siendo honesto. No hay manipulación aquí. Solo miedo y un horrible y profundo arrepentimiento.

Cierro los ojos por un momento y exhalo. Y luego, me levanto y cruzo el piso para sentarme junto a mi padre y atraerlo contra mi hombro para dejarlo llorar. Puede que no sea capaz de perdonarlo ahora, y puede que nunca pueda hacerlo. Pero puedo ser un buen hijo hoy, y puedo ser un buen hermano, y con suerte, eso me hará también un mejor padre.

Lo dejo llorar por unos minutos mientras le doy palmaditas en la espalda. Y cuando se aparta, saco mi teléfono. —Papá, tengo algo que mostrarte.

Voy a mi galería de fotos y toco la foto más reciente que tengo de mi hija, donde me está salpicando en la piscina pública a la que fuimos la semana pasada. —Conoce a Anastasia.

Mira la foto y luego lentamente vuelve a mirarme. —¿Es esa... eres tú...?

Asiento con la cabeza. —Esta es tu nieta.

Se lleva una mano a la boca mientras sonríe más ampliamente de lo que jamás lo he visto. Parece estar al borde de las lágrimas otra vez, así que continúo.

—Quiero que la conozcas. Cuando termines aquí. —Me río—. Supongo que tenemos mucho de qué ponernos al día.

Asiente y parpadea lentamente. —Me encantaría, hijo.

—Pero primero lo primero —digo, volviendo al problema en cuestión—. Necesitamos hablar con Adam. Creo que sería mejor si vienes conmigo, ya que eres el que más sabe sobre lo que está pasando.

Asiente. —Tienes razón. Puedo obtener un permiso de salida supervisada del centro, si firmas el papeleo. Pero una vez que eso esté hecho, volveré aquí. Necesito terminar este tratamiento para poder estar mejor para mi nieta. —Hace una pausa—. Para la pequeña... Anastasia.

Capítulo 25

Angelica

Tomo mi teléfono y lo vuelvo a dejar. Intento concentrarme en el documento que estoy escribiendo. Pero un segundo después, recibo una notificación y toda mi atención se centra en revisarla. Cuando veo que no es de Emory, suspiro y lo dejo de nuevo.

Ha sido así todo el día. Sabía que volvía a California, pero no aclaró que sería por más de unos días, que es lo que han durado la mayoría de sus viajes últimamente. Ya han pasado cuatro días.

Pero lo más preocupante es que no he sabido nada de él en todo este tiempo. Lo llamé la primera noche que se fue solo para ver cómo estaba, y su teléfono me mandó directamente al buzón de voz. Intenté no ser demasiado insistente, pero lo he llamado un par de veces más desde entonces y no he recibido absolutamente ninguna respuesta. Ni siquiera un mensaje.

Esto no es propio de él, y estoy preocupada. No nos mandamos mensajes constantemente, pero normalmente lo hacemos al menos unas cuantas veces a lo largo del día. No puedo evitar pensar en el peor escenario posible. Que se cansó de vivir esta vida con nosotras y va a desaparecer de nuevo. Ha sido todo en lo que he podido pensar durante todo el día. Por supuesto, eso rompería el corazón de Anastasia, pero también rompería el mío.

Después de otros treinta minutos mirando fijamente mi ordenador, sobresaltándome con cada notificación y sin lograr hacer nada, decido que es hora de llamar a Jackson.

—Hola, Angelica. ¿Cómo estás?

Suena como su habitual yo alegre, lo cual me reconforta un poco. Una parte de mí estaba nerviosa de que él también me ignorara si Emory realmente se estaba yendo, lo cual habría sido aterrador.

—Hola, Jackson. Siento molestarte, pero sé que dijiste que podía llamarte si alguna vez necesitaba algo, así que...

—Por supuesto. ¿Está todo bien?

—Sí, en su mayoría. Um... espero que esté bien preguntar esto, y no quiero cruzar ningún límite profesional, pero eh... no he sabido nada de Emory en unos días. Es decir, nada en absoluto, lo cual es inusual en él. ¿Sabes... sabes por qué...?

No logro averiguar qué estoy tratando de preguntar, pero afortunadamente Jackson interviene y me detiene.

—Creo que podría saber qué está pasando. Él, eh... está visitando a su padre. Por primera vez en mucho tiempo, como seguramente ya sabes.

Pongo mi cabeza en mi mano libre y cierro los ojos con fuerza. Por supuesto que hice que esto fuera sobre mí, cuando en realidad era algo que ni siquiera había considerado.

—Oh, Dios, lo siento. Debería haber... Lo siento, Jackson. Estoy avergonzada.

Su tono es conciliador. —Por favor, no lo estés. Entiendo por qué estarías preocupada. Honestamente... tampoco he sabido de él en un tiempo, y espero que todo esté bien. Sé que esto podría ser difícil para él.

Me muerdo el labio. Con todo lo que me ha contado sobre su padre, no puedo creer que esté haciendo esto solo. El dolor y la ira que debe provocar. Sé que es temprano en nuestra relación, pero desearía que hubiera confiado en mí para ayudarlo con esto.

—Sí, eso es... preocupante. ¿No has sabido nada de él desde que llegó allí?

Jackson duda. —No, yo eh... no he sabido nada. Él sabe que cuenta conmigo, y estoy seguro de que me habría llamado si me necesitara. Pero para ser honesto, me estoy empezando a preocupar un poco. Él, um... ya sabes, puede ser un poco impulsivo a veces, especialmente cuando se trata de su padre.

—Sí, eso es bastante preocupante. Realmente debería tener a alguien allí para él. No puedo imaginar... por lo que está pasando ahora mismo, con la emp... quiero decir...

Me detengo porque me doy cuenta de que no estoy segura si Jackson sabe cómo Emory perdió la empresa, aunque imagino que habrían hablado de ello. Pero Jackson parece saber a qué me refería y termina mi frase.

—Con la pérdida de la empresa. Lo sé. Mira... confío en Emory. Pero puedo ver que estás preocupada. Y honestamente, tal vez le ayudaría tenerte allí con él. ¿Me... dejarías llevarte a ti y a Ana a California en avión? Yo cubriré todo y te ayudaré a averiguar dónde encontrarlo. —Hace una pausa—. Ambos solo queremos lo mejor para él. Te ayudaré a ayudarlo de cualquier manera que pueda.

Estoy atónita. Es una oferta tan amable y exactamente lo que necesito ahora mismo para sentirme mejor sobre esta situación. Si pudiera solo verlo, saber que está bien y hablar con él sobre lo que está sintiendo ahora mismo, creo que realmente podría ayudar. Después de todo, para eso es una pareja romántica. Pero aun así, ¿tanta generosidad de mi jefe?

—¿E-Estás seguro? Es decir, eso es muy amable de tu parte, pero no tienes que...

—Angelica, si te sientes cómoda con eso, me encantaría hacer esto por ustedes dos.

Asiento, aunque él no puede verme, y por primera vez en todo el día, mi ritmo cardíaco se estabiliza.

—Sí. Gracias, eso sería... genial.

—No lo menciones. Tómate el resto del día libre, ve a casa y haz las maletas. Te conseguiré un vuelo para mañana por la mañana, ¿de acuerdo? Te enviaré todos los detalles por mensaje.

—Perfecto. De nuevo, Jackson... muchas gracias.

—Hey. Te dije que no lo mencionaras. —Se ríe.

Me sonrojo. —De acuerdo.

—Cuídate, Angelica. Y mantenme informado, estoy a solo una llamada de distancia.

Después de colgar, me apresuro a recoger mis cosas y conduzco a la guardería de Anastasia para recogerla. Nunca ha estado en un avión antes. Cuando le digo que vamos a ver a papá en California, literalmente salta de alegría.

Capítulo 26

Emory

Han pasado días intentando encontrar a Adam. Primero fuimos a la oficina ejecutiva de Rhodes y nos enteramos por uno de mis antiguos compañeros que no ha ido desde la reunión de la junta, sin llamadas ni explicación de por qué. Pasamos por su antiguo apartamento y encontramos a una familia muy confundida que nos explicó que le habían comprado la propiedad hace un par de años. Intentamos llamar a sus amigos, pero ninguno quiso hablar con nosotros. Finalmente, llamé a Mira, mi ex asistente.

Está en mal estado. Al principio, rechazó mis llamadas. Pero seguí insistiendo y contestó preguntándome por qué la estaba torturando. Le expliqué que no intentaba molestarla, sino que buscaba a Adam porque estaba preocupado por él.

Costó algo de convencimiento, pero finalmente cedió. Y no solo con la información, sino que literalmente tuvo una crisis, sollozando al teléfono sobre cómo él la había echado del motel donde se estaban quedando. Sobre cómo le dijo que no había futuro entre ellos. Sobre cómo admitió que la estaba usando. Me enfermó escuchar que él se comportara así.

Pero al final nos dio la dirección y el número de habitación del motel. Incluso le prometí que la ayudaría a encontrar un nuevo trabajo a cambio si prometía no cometer el mismo error con tipos como él otra vez. Lo hizo.

El motel está en una zona sospechosa, y mientras conducimos hacia allá, me siento realmente conflictuado y espero que no lo encontremos allí. Es difícil creer que esto es en lo que se ha convertido su vida.

Entro en el estacionamiento e intento no dejar ver a mi padre cuánto me está afectando esto. El letrero de neón está parcialmente quemado, con solo unas pocas letras parpadeando en la noche. Hay basura por todas partes: cigarrillos y envases de comida para llevar. Un par de personas alarmantemente delgadas fuman algo de una pipa detrás de uno de los postes de soporte del segundo piso. Incluso la pintura en las paredes exteriores de la habitación está desigual y

agrietada. Su Corvette no se ve por ningún lado, pero honestamente, yo tampoco confiaría en dejar un auto así aquí. Me pregunto si lo habrá vendido.

Una parte de mí está horrorizada. Horrorizada de que esto le haya pasado a mi hermano menor, bajo mi vigilancia. Que no se sintiera lo suficientemente seguro como para simplemente pedirme ayuda. Y que nadie más estuviera cerca para ayudarlo excepto yo, pero dejé que me excluyera e ignoré todas las señales de advertencia. Otra parte de mí está horrorizada de que esto podría haber sido yo si no hubiera tenido la empresa y el sistema de apoyo que tuve.

—Bueno —comienza mi padre, mirando al frente—. Esto no se va a poner más fácil cuanto más esperemos. Hagámoslo.

Con renuencia, apago el auto y salgo por la puerta. Me siento inseguro solo por estar aquí. No puedo imaginar cómo se habrá sentido él viviendo aquí.

Caminamos lentamente, en silencio, subiendo las sucias escaleras. Creo que ambos estamos rezando en silencio para que no sea él quien abra la puerta.

Llegamos a la habitación 203. Respiro profundamente y llamo. Hay unos momentos insoportablemente largos de ruido al otro lado de la puerta. Luego escucho la voz de Adam.

—¿Quién es? —Suena asustado.

Mi padre y yo intercambiamos miradas.

—Adam, somos papá y Emory —responde mi padre—. ¿Podemos entrar? Solo queremos hablar.

Hay un momento de vacilación antes de que la puerta se abra, pero solo lo suficiente para que nos mire y nos mantenga fuera.

—¿Qué demonios están haciendo ustedes dos aquí? Papá, ¿por qué estás fuera de rehabilitación? No quiero verte si no estás limpio.

—Hijo, estoy de permiso porque Emory y yo queríamos venir a hablar contigo. Queremos ayudarte.

—No necesito ayuda —responde rápidamente. Demasiado rápido.

Me contengo de poner los ojos en blanco. Es una locura lo mucho que suena como mi padre

antes de que fuera a rehabilitación la primera vez.

—Por favor, hijo. Solo queremos hablar. ¿Podemos entrar?

Duda. —Está bien, pero no quiero escuchar ningún juicio de ustedes dos sobre cómo estoy viviendo ahora. Dios sabe que ustedes dos no son perfectos. Y esto es solo temporal, de todos modos. —Abre la puerta de golpe y se da la vuelta para ir al refrigerador.

Su habitación es asquerosa. Una única lámpara amarilla ilumina el interior tenue. Las telarañas se aferran a las esquinas. Hay latas de cerveza vacías por todas partes: en el suelo, en la mesita de noche, en el sofá.

Paso cuidadosamente sobre las latas vacías, y mi padre hace lo mismo, pero nos quedamos flotando en el espacio reducido. Ninguno de los dos quiere tocar nada que no sea necesario. Ambos somos lo suficientemente privilegiados como para no haber tenido que estar en un espacio como este antes.

Adam toma una cerveza del refrigerador y la abre. Se bebe la mitad en la pequeña área de cocina, ignorándonos. Me aclaro la garganta.

—Si tienes algo que decir, solo dilo. —Finalmente me espeta y se sienta en el sofá.

—Adam. ¿Cómo puedes vivir así? —pregunto desesperadamente, buscando cualquier explicación.

—Dije que nada de malditos juicios. —Toma otro trago—. Además. Es su culpa que esté así. ¿Por qué no le preguntas a él? —Hace un gesto hacia nuestro padre y toma el control remoto, encendiendo el pequeño televisor cuadrado en la esquina.

—Adam. Dios mío, lo siento tanto por haber dejado que esto pasara. —Papá se lleva una mano a la frente y baja la mirada.

—Sí, deberías sentirlo. —No aparta los ojos de lo que sea que esté pasando en la televisión—. Supongo que ustedes dos están aquí para tratar de convencerme de que los deje ayudarme, ¿no? ¿Para ser los malditos salvadores? Pues adivinen qué. No necesito ser salvado. Voy a pagar mi deuda, y ahora tengo dinero para hacer lo que se me dé la gana. Ustedes dos no me van a detener.

Papá da un paso hacia él. —Adam. Tienes razón. Esto es mi culpa. Debí haber estado ahí para ti, y lamento no haberlo estado. Te he fallado como padre. Pero por favor. Déjame arreglar esto.

Déjame ayudarte.

—No... necesito... —Su volumen comienza a subir mientras finalmente nos mira con enojo en su expresión—. ¡Su maldita... ayuda!

Se inclina hacia adelante como si estuviera a punto de levantarse, pero doy un paso hacia él y vuelve a recostarse. Mira de nuevo la televisión, su expresión facial volviendo a una de aburrimiento.

—¿Recuerdas cómo fue meter a papá en rehabilitación? —pregunto, y él se burla y se niega a mirarme a los ojos.

—¿Cuando estábamos pasando por todo eso? ¿Lamentando, visitando a mamá en el hospital, tratando de entender todo lo que los médicos decían que necesitaba? ¿Y encima de eso, preguntándonos si debíamos llamar a la policía para denunciar a nuestro propio padre?

Mi padre aparta la mirada y parpadea para contener las lágrimas.

—¿Recuerdas cómo insistía en que no tenía ningún problema? ¿Cómo decía que tenía todo bajo control, que resolvería esto por su cuenta?

Adam pone los ojos en blanco.

—Adam, tienes una adicción. Eso es algo con lo que un profesional médico puede ayudar, y nada más lo hará. ¿Realmente quieres que el resto de tu vida sea así? ¿Siempre huyendo de algo, solo tratando de sobrevivir? —No habla, y continúo—. Me encargaré de esto por ti. No he sido un buen hermano mayor, pero quiero empezar ahora. Si aceptas ver a un profesional, pagaré tu deuda y te ayudaré a obtener la atención que necesitas.

Adam niega con la cabeza.

—¿Quieres que lo que le pasó a mamá y a Ana le pase a alguien más por tu culpa?

Con eso, se levanta de repente. —No te atrevas a insinuar que yo permitiría que algo así le sucediera a alguien más. —Su postura es hostil, rígida—. Y ya que estamos culpando a papá, ¿por qué no me dices dónde estabas tú cuando mamá falleció? Ah, cierto. Estabas esnifando coca del trasero de tu juguete del momento.

Me señala con el dedo acusadoramente, y aparto la mirada.

—Tú no estuviste allí para verlo, pero yo tuve que hacerlo. ¿Quién más lo habría hecho? ¿Quién más le habría sostenido la mano mientras lloraba y decía que no estaba lista para morir? ¿Tienes idea de lo que eso me hizo? ¿Tener que vivir con el hecho de que no pude salvarla? Hablas de huir de las cosas como si no hubieras estado haciendo exactamente eso desde el accidente.

Me muerdo con fuerza el interior de la mejilla. Tiene razón. Estaba demasiado asustado para estar allí, demasiado asustado para reconocer que también la estaba perdiendo.

—Eso no desaparece solo porque de repente hayas decidido que eres un hombre de familia, aspirando a ser el padre del año. —La malicia impregna sus palabras—. Honestamente, que te jodan, Emory. No estuviste allí para ayudarme entonces. No vas a ayudarme ahora y actuar como si tu conciencia estuviera limpia.

Me obligo a mirarlo de nuevo. Tiene razón en todo esto. No merezco actuar como si estuviera aquí para salvarlo y no hubiera tenido parte en esto. Pero lo miro, y veo las ojeras bajo sus ojos, y veo la piel agrietada de sus labios, y veo cómo sus hombros se hunden, y me doy cuenta de que no puedo permitirme huir de esto también.

—Adam, sé que he sido un pésimo hermano. Sé que nada de lo que haga cambiará eso jamás. Pero necesitas ayuda.

—Te equivocas. Voy a pagar mi deuda, y voy a parar cuando esté listo, por mi cuenta.

—Adam, no puedes...

Estoy tan angustiado que ni siquiera lo veo venir. Su primer puñetazo aterriza con fuerza en el lado de mi mandíbula, girándome la cabeza y haciéndome tambalear hacia atrás.

—No me digas... —grita. Se prepara para otro golpe, pero lo atrapo con mi mano.

—Adam...

—Lo que puedo... —Su siguiente puñetazo con la mano izquierda aterriza en mi sien, justo al lado de mi ojo.

—No quiero pelear contigo...

—Y no puedo...

Estoy acorralado contra la pared, pero mi padre está entre nosotros ahora, sujetando las muñecas de Adam mientras lucha por llegar a mí.

—¡Hacer! ¡No tienes idea de lo que he hecho sin ti, sin ninguno de ustedes! ¡No te necesité entonces y no te necesito ahora!

Una vez que mi cabeza deja de dar vueltas, me acerco para ayudar a mi padre, y lo sujetamos contra el sofá. Lucha unos segundos más, pateándonos en las piernas y gritándonos hasta que finalmente se rinde y se desploma en su asiento. Lo sujetamos unos segundos más antes de estar seguros de que ha terminado de pelear y retrocedemos.

El silencio de los siguientes minutos solo es interrumpido por la respiración pesada de Adam. Puedo sentir la sangre goteando por mi cara desde un corte en mi cabeza y un moretón formándose en mi mandíbula.

Finalmente, mi padre habla.

—Adam. ¿Te das cuenta de que has perdido al menos diez millones de dólares en apuestas?

Adam mira al suelo, en silencio. Cuando finalmente vuelve a hablar, su voz es apenas un susurro. —Yo... no debería haberte golpeado. No... no quiero ser así. No quiero ser como... —Se lleva las manos a la cabeza. No necesita terminar la frase para que ambos entendamos que se refiere a cómo era nuestro padre cuando bebía—. Lo... lo siento.

Mis cejas se alzan con genuina sorpresa, y me alegro de que no me esté mirando para verlo.

—La verdad honesta es que... estoy aterrado. Me siento completamente fuera de control. Ninguno de mis amigos me habla ya. Y ustedes no han estado cerca por mucho tiempo. Siento que... todo sigue empeorando, que me estoy hundiendo cada vez más profundo en este lío que he creado, sin salida.

Parpadeo lentamente y asimilo sus palabras. Y luego pongo una mano en su hombro. —Pero hay una salida. Si nos dejas ayudarte.

Me mira, y veo al niño pequeño que solía conocer. El niño pequeño al que solía empujar en el columpio del patio trasero. Que solía jugar a buscar con el perro de la familia durante horas todos los días. Que inventaba palabras para cantar cuando yo tocaba el piano. Veo a mi hermano, y veo que él también está aterrado.

—Yo... tengo un problema.

Asiento y lo miro con sinceridad. —Lo sé.

Nuestro padre pone una mano en su otro hombro. —Por eso estoy aquí. Para decirte que todo mejorará. Lleva tiempo y esfuerzo, y puede que tropieces en el camino. Pero hay algo al otro lado de esto. Hay... una vida sin miedo. Una vida que te espera, cuando estés listo.

Adam duda y luego asiente. —De acuerdo. Lo siento. Y... gracias. Por estar aquí cuando más te necesitaba.

Capítulo 27

Angelica

Muevo las piernas en un intento de aliviar la incomodidad de mis rodillas contra el suelo pavimentado. Estoy sentada al final de la entrada de Emory, recostada contra la imponente verja de hierro forjado. Por lo que puedo ver, su coche no está dentro. Y llevo horas esperando aquí sin que nadie nuevo haya entrado.

Por supuesto, este no era mi plan de acción inicial. He estado llamándolo todo el día desde que bajamos del avión, sin respuesta y generalmente yendo directamente al buzón de voz. Supongo que debe tener su teléfono en modo No molestar para pasar tiempo de calidad con su padre. Pero no puedo escapar de la preocupación de que algo anda mal. Que me necesita. O que me está dejando.

Intenté entretener a Anastasia mientras esto sucedía durante el día explorando el hotel con ella, llevándola a la piscina y viendo la película de los minions por millonésima vez. Pero a medida que se hacía tarde y Emory seguía sin responderme, decidí tomar un enfoque más directo.

Llamé a Jackson y le pregunté qué pensaba de mi idea. Él, por supuesto, dijo que no era necesario, que no tenía nada de qué preocuparme. Pero finalmente cedió y dijo que no creía que hiciera daño. Así que me envió la dirección de Emory. Incluso accedió a dejarme dejar a Ana con su esposa, Lisa. No quería que ella tuviera que esperar aburrida si él no estaba aquí. Y no quería que viera nada perturbador... aunque yo tenga que hacerlo.

Así que, me presenté en su casa, me planté frente a la puerta y esperé. He estado esperando durante unas tres horas.

Para ser justos, tengo TikTok para hacerme compañía. Pero mi mente sigue dando vueltas. Preguntándome qué podría haberlo mantenido alejado de su teléfono durante tanto tiempo. Y peor aún, Jackson parecía preocupado. No me diría nada específico, pero tuve la sensación de que Emory no suele manejar sus problemas familiares de la manera más productiva. No puedo dejar de pensar en todos los artículos que leí sobre él después de que nos conocimos, sobre sus

costumbres de playboy, sus supuestas fiestas desenfrenadas... Estoy aterrada de que pueda haber vuelto a una versión diferente de sí mismo de la que conozco.

Y para colmo, la batería de mi teléfono se está agotando. Estoy al quince por ciento, y todavía necesito llamar al Uber para volver a casa de Jackson. Sé que, tarde o temprano, voy a tener que abandonar esto.

Pero justo cuando empiezo a reconciliarme con ese hecho, un par de faros se desvían de la carretera principal y suben por la entrada, iluminando mi figura sentada con las piernas cruzadas.

Me cubro los ojos con la mano y me pongo de pie, entrecerrando los ojos para tratar de ver a través del parabrisas, pero no puedo. El coche se queda al ralentí y luego se apaga el motor.

Emory sale por la puerta del conductor.

Mi corazón da un vuelco cuando lo veo. No se ve bien. Parece exhausto y estresado. Sus ojos están pesados. Su boca está apretada en una fina línea, y su ropa está desarreglada. Pero más preocupante que todo eso es su rostro. Sangre seca corre por un lado. Un enorme moretón rojo y morado marca el otro lado de su mandíbula.

Mis manos vuelan para cubrir mi boca, mientras mis ojos se abren horrorizada.

—Emory... ¿qué...?

Él abre la boca con cansancio para responder, pero antes de que pueda hacerlo, estallo en lágrimas. Salen a borbotones de mis ojos mientras me encorvo tratando de contenerme. Feos sollozos sacuden mi cuerpo. No puedo creer que todo este tiempo he estado preocupada por mí y nuestra relación cuando, mientras tanto, él ha estado lidiando con algo que lo dejó magullado y ensangrentado. ¿Le hizo esto su padre? ¿Podría haber estado en una pelea? ¿Lo atropelló un coche? Mi mente está acelerada, y la culpa y el miedo me abruman.

—Angelica —se acerca a mí y pone una mano en mi espalda—. Estoy bien. Estoy bien. Lo prometo.

Su voz es tan naturalmente reconfortante para mí que soy capaz de mirarlo borrosamente a través de todas las lágrimas. Está usando esa sonrisa suave de nuevo. Parece preocupado por mí, lo cual es lo opuesto a lo que debería estar pasando ahora mismo.

—Pero ¿dónde está Ana? No debería verme así.

Niego con la cabeza y logro pronunciar las palabras entre sollozos.

—E-Ella... n-no está aquí.

Puede ver que estoy luchando incluso para hablar, así que simplifica su pregunta para mí.

—¿Está a salvo?

Asiento.

—Bien. Vamos adentro. Te explicaré todo. Lo prometo.

Logro recomponerme un poco en el camino por su propiedad. Es hermosa, un césped exuberante y perfectamente cuidado, que conduce a la imponente estructura de —no hay otra forma de describirlo— su mansión. Estaciona en la entrada circular que rodea una lujosa fuente exterior, parcialmente cubierta por el toldo que conduce a las enormes puertas de caoba. Sale del coche y se dirige a abrir mi puerta para ayudarme a salir.

Todavía estoy sorbiendo por la nariz, pero las lágrimas, afortunadamente, se han detenido. Me siento mucho mejor, solo por estar cerca de él.

Desbloquea la puerta principal y la abre para mí.

—Pasa. Podemos hablar en la sala de estar.

Intento no parecer obviamente asombrada por la enorme escalera curva en el vestíbulo, los pisos de mármol perfectamente pulidos o la intrincada lámpara de araña que cuelga sobre nosotros desde el techo abovedado.

—Por aquí —me guía por el brazo hacia una habitación acogedora y menos intimidante con algunos sofás minimalistas y el televisor más grande que he visto en mi vida, que actualmente muestra un video de una chimenea crepitante.

Nos sentamos uno al lado del otro, y él rodea mis hombros con un brazo, abrazándome. Finalmente estoy lo suficientemente lúcida como para estudiar sus heridas y me doy cuenta de que tiene una lesión que necesita ser limpiada.

—Emory, estoy segura de que ambos tenemos muchas preguntas el uno para el otro, pero primero, ¿tienes un botiquín de primeros auxilios? —Mis ojos se detienen en el corte cerca de su

ceja.

Me mira solemnemente y asiente. —Sí, lo traeré —se pone de pie y desaparece en la habitación contigua.

Intento aprovechar esta oportunidad para tomar algunas respiraciones profundas. Todo está bien ahora que estamos juntos. Sea lo que sea que haya pasado, lo resolveremos. Regresa con una caja blanca de plástico adornada con una prominente cruz roja. Me la entrega y la abro. Cuando tienes un niño pequeño, aprendes a limpiar raspones y cortes.

Tomo el alcohol y algunas bolitas de algodón, empapándolas. Él me observa mientras acerco su rostro hacia mí tomándolo por la barbilla y examino el corte. Es lo suficientemente profundo para sangrar mucho, pero no tanto como para necesitar puntos, al menos eso espero. Ha dejado de sangrar, pero aún no ha comenzado a formar costra. Presiono las bolitas de algodón contra la herida y noto que reprime una mueca de dolor.

—Te debo una disculpa, lo sé —comienzo, y Emory empieza a negar con la cabeza, pero uso mi mano libre para mantener su rostro quieto y detenerlo—. Lo siento por aparecer sin avisar. No... no quiero ser una fuente de estrés innecesaria. Pero estaba realmente preocupada al no tener noticias tuyas. Y hablé con Jackson, y él también estaba preocupado. Él... intentó detenerme, pero lo convencí de que necesitaba verte y asegurarme de que estuvieras bien. Así que me trajo en avión hasta aquí.

Emory parpadea y habla lentamente. —No, soy yo quien te debe una disculpa. Lo siento por haber estado incomunicado. Honestamente, las únicas veces que he tenido mi teléfono encendido ha sido para... bueno, para rastrear a mi hermano.

Hago una pausa cuando menciona a su hermano, pero luego continúo limpiando el corte. Cuando lo he saturado por completo, busco algunas vendas en el botiquín.

—Básicamente, mi... padre le dijo a Jackson que estaba teniendo una emergencia médica, así que fui a verlo por primera vez en... mucho tiempo. Cuando llegué, descubrí que en realidad necesitaba hablar conmigo sobre Adam, y que esa era la única manera que conocía para ponerse en contacto conmigo. Adam... está en problemas.

Duda y se muerde el labio. —Es difícil para mí admitir esto. Es difícil para mí asumir la responsabilidad de haber permitido que nuestra relación se volviera tan distante que Adam sintió que no podía hablar conmigo sobre esto. Pero... tiene una adicción al juego. Y sospecho que

también es alcohólico. Supongo que viene de familia.

Se encoge de hombros y baja la mirada. Lo miro mientras sostengo las vendas inmóvil.

—Tiene serias deudas. Teme por su vida, aterrorizado por las personas a las que pidió prestado. Y está completamente fuera de control.

La realización me golpea. —¿Es por eso que quería la empresa... para pagar sus...?

Emory asiente.

—Así que mi padre me contó todo esto, y ambos estuvimos de acuerdo en que necesitábamos hacer algo. Intentar ayudarlo. Fue muy difícil de encontrar. Finalmente lo encontramos esta noche, y, Angelica... —Cierra los ojos y mira hacia un lado con vergüenza—. Fue mucho peor de lo que podría haber imaginado. Y simplemente no puedo creer que yo... que no me diera cuenta cuando lo vi la otra noche...

Coloco mi mano suavemente sobre su pierna. —Emory. Esto no es tu culpa.

Niega con la cabeza y toma un respiro profundo. —No importa. En fin, lo confrontamos. Le dijimos que queremos conseguirle ayuda y que le ayudaremos a pagar sus deudas si acepta. Él... no lo tomó bien al principio. —Parpadea lentamente—. Estaba borracho. Se enojó y me atacó. No quería pelear con él, así que dejé que me golpeara hasta que mi padre intervino.

Mis ojos se llenan de lágrimas, y parpadeo rápidamente para tratar de contenerlas. Me duele mucho verlo culpándose de esta manera.

—Logramos calmarlo. Y accedió a dejarnos ayudarlo. Se está quedando con mi padre esta noche, en el centro. Y vamos a empezar a hablar sobre cómo resolver todo esto mañana. —Asiente pero no me mira, como si estuviera tratando de tranquilizarse a sí mismo—. Vamos a resolverlo. No voy a... no voy a permitir que le pase nada.

Asiento y le doy un suave apretón en la pierna, aunque todavía no me mira a los ojos.

—Lo sé. Parece que hiciste lo correcto, Emory. Solo lamento mucho... que esto esté pasando.

Exhala. —Sí. —Después de una larga pausa, finalmente se vuelve para mirarme—. Angelica, yo... he hecho cosas jodidas en mi vida. Tal vez no he sido completamente transparente contigo sobre mi pasado. Me gusta pintarme como el bueno, pero la realidad es que eso no siempre ha

sido cierto. Hay mucho que no sabes sobre mí, y tengo miedo... de que cambie la forma en que sientes por mí.

Niego con la cabeza y muevo mi mano hacia el lado de su cuello, mi pulgar acariciando su piel. —No, Emory. No me importa lo que hayas hecho en el pasado. No me importa lo que los demás piensen de ti. Te conozco. Y todo lo que me importa es el hombre que sé que eres y el hombre que sé que seguirás siendo.

Me mira con sinceridad, pero hay un dolor en sus ojos que no estoy segura de que nada de lo que diga pueda borrar.

—¿Y si... y si no soy ese hombre? ¿Y si soy el hombre que Adam ve en mí, o si... soy el hombre que yo mismo veo... en mí?

Me inclino hacia adelante y presiono un beso tierno y breve en sus labios. —Emory, lo único que importa es que cada día te despiertes e intentes ser la mejor versión de ti mismo que puedas ser. Por Anastasia. Por mí. Porque Emory, te amamos.

Hago una pausa.

—Emory... te amo.

Capítulo 28

Emory

—Bueno... sí. Aquí está la lista de las personas a las que les debo y las cantidades.

Adam me entrega un papel doblado por la mitad. Puedo notar que está avergonzado. No me mira a los ojos. Lo tomo con cuidado y lo desdoblo. Mientras lo examino, él se muerde el labio y mueve nerviosamente una pierna contra el suelo de baldosas.

Es mucho dinero. Pero entre mi padre y yo, es manejable.

—Está bien. No te preocupes, Adam. Nos encargaremos de esto.

Asiente y mira al suelo antes de responder:

—Así que... supongo... que también quieres que te devuelva las acciones. Es decir, no es como si pudiera dirigir la empresa ahora mismo de todos modos. Así que... creo que tiene sentido. Que vuelvas a tener el control.

Asiento con la cabeza.

—Creo que tiene sentido. No... no estoy tratando de usar todo este asunto de la rehabilitación en tu contra. Si quieres tener más voz en la empresa cuando salgas, estaré encantado de trabajar contigo en eso. Pero por ahora... creo que lo mejor sería que me devolvieras las acciones —digo lentamente.

Adam mira alrededor y suspira. Sé que todavía está procesando el hecho de que realmente estamos aquí. Que está siguiendo los pasos de nuestro padre de esta manera. Pero estará cómodo aquí. Tendrá una comunidad y un sistema de apoyo, algo que no ha tenido en mucho tiempo.

—Sí, por supuesto —concluye finalmente—. Supongo que tendrás que pedirle a tu asistente que redacte los papeles, ¿no?

—Bueno, ya no tengo asistente, después de que me traicionara para ayudarte, ya sabes.

Adam aprieta los labios.

—Cierto, um... —Se frota la nuca incómodamente—. Lo siento por eso. No fue mi... mejor momento.

Asiento y saco un documento del bolsillo frontal de mi maletín.

—De todos modos, me adelanté y los redacté yo mismo. Pensé que necesitaríamos abordar eso pronto.

Le entrego los papeles a Adam, y él los mira.

—Ah, claro. Sí. Solo dime dónde firmar, tío.

Hojeo los documentos, le señalo algunos lugares y le entrego un bolígrafo. Firma y me los devuelve, y yo los guardo de nuevo en mi maletín.

—Muy bien, supongo que es hora. ¿Estás listo para registrarte?

Respira hondo, asiente y se pone de pie.

Lo acompaño hasta la recepción y me aseguro de dejar mi nombre como su contacto de emergencia.

Entro en mi camino de entrada, presiono el botón de la puerta y subo, notando el coche de Jackson en la entrada circular. Angelica y Anastasia se han estado quedando conmigo desde la otra noche. Ha sido agradable tenerlas aquí, y Anastasia se ha empeñado en explorar cada rincón de la casa de seis habitaciones y siete baños. Pero no sabía que Jackson vendría.

Aparco y, mientras entro por la puerta, inmediatamente oigo chillidos de niños y pasitos corriendo por el suelo. Me recibe el hijo de Jackson, Jayden, que entra corriendo en el vestíbulo.

—¡Emory, estamos jugando a los dragones! —se detiene para decirme emocionado, mirándome con sus grandes ojos. Pero antes de que pueda responder, Ana entra corriendo en la habitación y ruge con fuerza.

Jayden grita y sale corriendo de la habitación, mientras Ana le grita:

—¡Te voy a atrapar!

Pienso en gritarles que tengan cuidado con las obras de arte que tengo expuestas por la casa, pero rápidamente descarto la idea. Son niños. Si rompen algo, está bien. Tengo que acostumbrarme al estilo de vida de padre. Y debo admitir que volver a casa y encontrarlos corriendo y divirtiéndose es agradable. Es refrescante después de lo que he estado lidiando todo el día.

—Así que Ana ha conocido a Jayden... —dice Jackson mientras se acerca desde la cocina. Nos saludamos con un abrazo y una palmada en la espalda.

—Ya veo. ¿Parece que se han hecho amigos?

—Sí. Jayden la ha tomado bajo su protección —hace una pausa—. Espero que no te moleste que estemos aquí para cenar. Angelica nos invitó.

Asiento y sonrío.

—Por supuesto que no. Lo... siento por no haber estado en contacto. Tengo muchas cosas que contarte.

Él hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—No te preocupes. Angelica me ha mantenido al tanto —me sonríe y me guía hacia la cocina.

Mientras nos acercamos, noto los olores que llegan hasta mí. Huele rico y especiado.

Pero nada podría prepararme para lo que siento cuando entro en la cocina. Angelica está de pie frente a la estufa con uno de mis delantales ridículamente cursis e irónicos atado a la cintura. Tiene el pelo recogido mientras remueve algo de carne en una sartén. Mira por encima del hombro cuando Jackson entra y, cuando me ve, su rostro se ilumina. Con esa sonrisa adorable. Verla allí, en mi cocina, en mi casa, cocinando para mí, mi hija y mi mejor amigo, me hace sentir increíble. Me siento ligero, como si pudiera caminar sobre el aire. Quiero esto. Quiero esto todos los días por el resto de mi vida. Esta domesticidad, esta comodidad, esta calidez, este amor.

—Hola, Emory —Se limpia las manos con un paño de cocina y cruza la habitación hacia mí. Estoy seguro de que estoy sonriendo, pero ni siquiera me doy cuenta.

Ella me rodea el cuello con los brazos y yo la abrazo. Intenta apartarse, pero la retengo unos segundos más. Estoy seguro de que Jackson se siente incómodo, pero no me importa.

Finalmente, nos separamos y ella saca un poco de lechuga de la nevera.

—Estoy haciendo tacos —dice y sonríe mientras coge un cuchillo para empezar a picar.

—Vamos, eres la invitada aquí. No deberías estar cocinando —digo, y Angelica me mira con curiosidad.

—¿Por qué no? —pregunta.

—Deja que Jackson termine eso.

Jackson empieza a protestar, pero le lanzo una mirada con una ceja levantada y cambia de rumbo.

—Sí, yo terminaré eso, Angelica. ¿Por qué tú y Emory no... pasáis un rato poniéndoos al día?

Le sonrío y me giro hacia Angelica con un guiño. Ella se sonroja y deja el cuchillo.

—Bueno... supongo que si realmente estás de acuerdo con eso, Jackson...

Jackson asiente y se dispone a continuar cortando lo que Angelica estaba preparando. Angelica sigue sonrojada mientras se desata el delantal y se acerca a mí, entrelazando sus dedos con los míos.

—Ah, y... —continúo como si fuera una ocurrencia tardía—. No dejes que Ana o Jayden suban. ¡Gracias, tío!

La guío escaleras arriba de la mano. Todavía está sonrojada. Puedo notar que la he avergonzado. Pero estoy a punto de hacerle olvidar todo eso.

Abro de par en par las puertas dobles de mi habitación y le doy un segundo para que lo asimile. A estas alturas, entiendo que esta cantidad de lujo es nueva para ella, y no quiero apresurarla para que lo disfrute.

Mi habitación es más minimalista que el ornamentado vestíbulo o los alrededores de la casa. La cama king-size está perfectamente hecha con sábanas de seda negra y un edredón blanco, rodeada por un cabecero tapizado en tela oscura. Varias opciones de asientos diferentes se distribuyen en el amplio espacio, todos de diseño y notablemente orientados al arte, pero manteniéndose en la escala de grises. Lámparas de estilo similar iluminan la habitación con un

suave resplandor. Una pared divisoria autoportante se sitúa a un lado de la cama, conteniendo un pozo de rocas de lava y un encendedor. Una pared está completamente acristalada y bordeada por cortinas oscuras.

Suelto su mano y me dirijo al pozo de fuego, encendiéndolo, que cobra vida con un crepitar. Corro las cortinas sobre los amplios ventanales que dan a mi piscina y terraza. Luego, me vuelvo hacia ella.

Ha perdido su actitud recatada y tiene esa mirada en los ojos. Como si supiera lo que quiere y fuera a conseguirlo. Lleva un vestido de verano y un cárdigan de punto caído sobre un hombro. En la tenue luz, su piel pálida parece brillar desde dentro, cada peca en su rostro destacada. Una pequeña sonrisa tira de sus labios, y levanta las cejas hacia mí expectante. Es asombroso verla así. Pienso en la primera noche que estuvimos juntos, cuando estaba tan insegura de sí misma, tan nerviosa. Pero ahora que sabe que puede confiar en mí, es como si estuviera viendo un lado completamente diferente de ella. Y estar enamorados el uno del otro lo hace aún más dulce.

Me apresuro con el control remoto en la mesita de noche para poner algo de música jazz que cubra cualquier ruido que los niños puedan oír. Luego cruzo la habitación lentamente, rodeo su cintura con mis brazos y la levanto contra mí, sosteniendo su trasero. Ella sabe cómo responder y envuelve sus piernas alrededor de mi cintura. Se siente tan pequeña y ligera en mis brazos. La beso apasionadamente, con los ojos cerrados, en el momento.

Me acerco a la pared y la presiono contra ella, evitando los muebles en mi camino de memoria. Su cuerpo se siente increíble presionado contra el mío. Tan suave y perfecto, y cambio su peso a un brazo para poder explorarla con el otro, recorriendo con mi mano sus curvas, apretando su trasero, su cintura, sus pechos perfectos. Ella gime suavemente contra mis labios, y un escalofrío me recorre, mi miembro endureciéndose en mis vaqueros.

Nos besamos allí y nos tocamos mutuamente durante unos minutos antes de que la lleve a la cama. Hay solo tanto que puedes hacer contra una pared, y quiero hacerle de todo.

La lanzo sobre la cama, y ella aterriza con un resoplido. Me desabotono la camisa mientras ella me mira con ojos entrecerrados.

—¿Estás lista, ángel?

Ella pone los ojos en blanco juguetonamente y sonríe con picardía. —Siempre.

Me quito la camisa y la ayudo a quitarse el vestido y luego estoy sobre ella con ferocidad. Subo su vestido apresuradamente y cubro sus muslos de besos ligeros, mis manos agarrando su suave carne. Mis manos exploran su cuerpo mientras mi boca se abre camino hasta sus bragas. Agarro la tela con los dientes y las bajo por sus piernas mientras ella me observa con los ojos muy abiertos. Cuando termino, encuentro su mirada intensamente y me muerdo el labio.

—Ojos en mí, ángel, ¿recuerdas?

Ella asiente mientras el color comienza a subir por sus mejillas, nuestros cuerpos irradiando calor.

Agarro sus muslos y separo sus piernas, exponiendo su perfecto coño rosado que ya brilla de excitación. Exhalo fuertemente en anticipación, mis manos viajando por sus costados para agarrar su cintura y mantenerla quieta. Bajo mi boca hacia ella y saludo su clítoris con un suave roce de mi lengua. El contacto hace que sus piernas tiemblen. Uso mi agarre en su cintura para acercarla bruscamente al borde de la cama, más cerca de mí.

Trazo círculos alrededor de su clítoris con mi lengua, provocándola, mientras ella se retuerce bajo mis manos, gimiendo suavemente con cada movimiento. Deslizo mi lengua hacia abajo sobre su clítoris y entre sus pliegues, moviéndome de un lado a otro suavemente, saboreando su piel. Es mi sabor favorito en el mundo. Levanto la mirada para asegurarme de que sigue observando, y obedientemente, lo está. Le guiño un ojo astutamente mientras vuelvo a su clítoris y lo rodeo con mi boca, chupando suavemente.

Su mano se enreda en mis rizos mientras una de mis manos migra de su cintura a su muslo, y mi pulgar roza sus pliegues húmedos. Mientras la provoco con un dedo, sus muslos intentan cerrarse a mi alrededor mientras gime y empuja sus caderas hacia arriba, pero yo los vuelvo a abrir.

—Sabes tan jodidamente bien, ángel —murmuro contra su cuerpo.

Cuando empieza a tirar de mi pelo con más fuerza y sus gemidos aumentan en volumen, finalmente deslizo mi dedo dentro, presionando en su interior. Ella jadea bruscamente. Muevo mi dedo lentamente al principio, presionando contra sus paredes y muevo mi otra mano a su bajo vientre para aplicar presión. Todavía estoy chupando su clítoris, y ella está fuera de sí, con la cabeza echada hacia atrás de placer. Pero eso no servirá.

Aparto mi boca de ella bruscamente. —Mírame —ordeno, y ella lo hace, sobresaltada. Le doy una sonrisa astuta—. Así está mejor. Buena chica.

Sus párpados revolotean mientras la elogio, y vuelvo a su clítoris, rozándolo rápidamente con mi lengua. Deslizo otro dedo dentro de ella y acaricio su punto G. Empieza a balbucear mi nombre mientras se acerca al clímax, y puedo sentir sus ojos sobre mí. Suspiro contra ella al sentir cómo sus paredes se contraen cuando se corre, y grita mi nombre, aferrándose a las sábanas y a mi pelo simultáneamente. Me aparto suavemente mientras su cuerpo se tensa y luego se relaja.

Cuando vuelvo a mirarla, me observa con dulzura, el pelo alborotado, los labios entreabiertos, satisfecha.

Me incorporo sobre las rodillas y me pongo de pie. Cuando habla, apenas es un susurro.

—Emory, eso fue... tú eres...

Pongo mi dedo húmedo sobre sus labios para callarla. Su lengua se asoma para lamerlo, y le sonrío lascivamente.

—No tienes que decírmelo, ángel. Lo sé.

Ella agarra mi mano y me atrae para besarla.

Me aparto. —¿Estás lista para más?

No puedo evitar estar ansioso. Mi miembro palpita impaciente en mis pantalones. Todo en lo que puedo pensar es en esa perfecta y húmeda flor rosada que me espera. Y ella se ve tan divina, como un ángel resplandeciente mientras me espera. El nombre le queda perfecto.

Asiente, pareciendo un poco aturdida por su orgasmo, pero a estas alturas, sé que puede soportarlo.

La levanto por debajo de las caderas y, admito que algo torpemente, la volteo para que quede a cuatro patas. Me mira inquisitivamente por encima del hombro. —¿Emory?

—Solo avísame si es demasiado, Ángel. Solo dímelo.

Ella asiente.

Paso mis manos por su cuerpo. El arco perfecto de su espalda, su piel impecable. Me inclino y cubro su espalda de besos, empezando por la nuca y bajando. Cuando llego a la parte baja de su espalda, acuno su trasero con mis manos, apretando su figura redonda y perfecta. No puedo

contenerme. Retiro la mano y le doy una nalgada, agradecido por la música para que nadie abajo pueda oír.

—¡Oh! —exclama sobresaltada, mirándome. Pero está sonriendo.

Finalmente me libro de mis restrictivos pantalones y calzoncillos. Mi erección está desesperadamente dura, suplicando por ella. Trazo la punta de mi miembro sobre sus pliegues, y ella jadea ante el contacto.

—¿Qué quieres, ángel? —le pregunto juguetonamente—. ¿Hm? ¿Puedes decirme qué quieres?

—Quiero que me folles, Emory —suspira. Pero follarla no es suficiente.

—Quiero que te toques mientras te follo —digo asertivamente.

Se sonroja.

—Quiero que te corras conmigo, ángel. Quiero que hagamos esto juntos.

Se muerde los labios y tímidamente desliza una mano por su cuerpo hasta su clítoris mientras me introduzco en ella.

Ambos gemimos cuando me deslizo dentro. Nunca me cansaré de cómo se siente tenerla alrededor de mí, suave y cálida y apretada, y clavo mis dedos en sus costados para mantenerme compuesto. Me muevo lentamente al principio, pero con fuerza, haciendo que su cuerpo se sacuda hacia adelante con cada embestida. Es intenso para ella, puedo notarlo, tenerme tan profundamente dentro, y sus nudillos están blancos mientras agarra las sábanas con una mano. La otra frota su clítoris.

Con una mano en su cadera, atrayéndola hacia mí, llevo la otra a su pelo, agarrándolo y tirando de su cabeza hacia atrás. Gime cuando tiro de sus mechones castaños, y respiramos juntos mientras la embisto.

—Oh, Dios, Emory... —maúlla entre gemidos.

—¿Te gusta eso, ángel? —pregunto, en parte para ver cómo está, pero sobre todo para oírla decir que sí.

—Sí, oh Dios, Emory, estoy... Estoy...

Siento su orgasmo sacudiéndola, pulsando sus paredes alrededor de mí, y es imposible contenerme. Me corro dentro de ella con un gemido. Mientras lo hago, me encuentro pensando que haría cualquier cosa por aferrarme a esta sensación, por hacer esto con ella cada noche, por compartir mi vida con ella. Me encuentro pensando —pero ni siquiera pensando, solo sintiendo — mi intenso amor por ella.

Una vez que ambos terminamos, salgo de ella y me desplomo en la cama a su lado. Ambos respiramos con dificultad, y ella se acurruca en uno de mis brazos extendidos. Me giro para mirarla, y tiene una sonrisa somnolienta en su rostro.

—Eso fue perfecto, ángel.

Ella pone los ojos en blanco juguetonamente. —¿Acaso alguna vez no lo es?

Solo le sonrío tontamente, perdido en mi propio mundo. Pero mi mundo es ella. Es estar con ella, cada día. Es nuestra familia. Nuestra vida.

—Bueno, supongo que ya es hora de que pregunte, ¿sigues tomando la píldora?

Ella se ríe y me empuja juguetonamente. —Es un poco tarde para eso.

Hago una pausa, pensativo. —Supongo que lo que quiero decir es... tal vez no sería lo peor... si no la estuvieras tomando.

Ella sigue sonriendo pero claramente sorprendida. Se muerde el labio. —¿Sí?

—Sí.

Permanecemos en silencio por un minuto, solo mirándonos y disfrutando de nuestra felicidad.

Finalmente, rompo el silencio. —Supongo que deberíamos volver abajo. Tenemos una cena familiar a la que asistir.

Capítulo 29

Angelica

Mis ojos se abren somnolientos ante la vista del pecho desnudo de Emory. Sonrío al darme cuenta de que todavía estoy en sus brazos, con la cabeza sobre su pecho, un brazo sobre su torso y su brazo acunando mis hombros. Estiro el cuello hacia atrás para mirarlo y ver si ya está despierto.

Efectivamente, me está sonriendo. Debe no haber querido moverse para no molestarme. El sol naciente que entra por la ventana ilumina su piel perfecta y los valles de sus hoyuelos. Me apoyo sobre los codos para poder mirarlo con más facilidad.

—Buenos días —digo con voz teñida por la neblina del sueño. Me froto los ojos.

—Buenos días, ángel —responde mientras pasa una mano por mi cabello, desenredándolo suavemente con los dedos mientras lo recorre.

—¿Cómo dormiste? —pregunto.

Él duda. —Bien.

Frunzo el ceño con fingida sospecha.

—Mentiroso —digo, y él se ríe.

—Está bien, quizás necesite acostumbrarme a esto de tener a otra persona en mi cama.

Me revuelve el pelo, deshaciendo todo su arduo trabajo.

—Ya te acostumbrarás —me siento y me estiro—. Hablando de eso, he estado pensando...

—¿Qué pasa? —pregunta Emory mientras se sienta también.

—¿Y si Anastasia y yo nos mudamos a California contigo? —Emory parece sorprendido, así que

continúo—. Espero que no sea... demasiado rápido. Pero a estas alturas, simplemente... no quiero estar lejos de ti todo el tiempo. Y sé que tu trabajo y tu familia están aquí. Sé que estar aquí es importante para ti.

Él niega con la cabeza. —No tan importante como lo eres tú para mí.

Sonrío y pongo los ojos en blanco ante la frase cursi. —Vale, pero en serio.

—En serio, déjame mostrarte algo.

Coge su teléfono de la mesita de noche y hace clic durante unos segundos. Luego gira la pantalla hacia mí. Está abierta en el anuncio de una casa preciosa. Y cuando me fijo en la ubicación, me doy cuenta de que está justo al lado de mi oficina, en un barrio donde nunca podría permitirme vivir.

—Ya he visto algunas propiedades por allí, pero tengo muy buenas sensaciones con esta.

—Emory, yo... no puedo dejar que hagas eso...

—Angelica, escucha. Lo último que quiero es desarraigar a Ana y a ti. Vuestras vidas también son importantes. Puedo trabajar a distancia, incluso establecer una sucursal satélite, con el tiempo. Y siempre podemos visitar a papá y a Adam.

Estoy en shock. No puedo creer que haría esto por mí. Que ya ha estado planeando nuestra vida juntos, a una escala tan permanente, sin que yo tuviera que pedirlo siquiera.

—Quiero que vengas a verla conmigo. He concertado una visita para dentro de un par de días. Y espero... que consideres mudarte conmigo. Sé que es lo que yo quiero. Espero que sientas lo mismo.

Me mira expectante, y trato de contener mis emociones y reunir fuerzas para responder.

—S-Sí... Emory, me encantaría.

Me sonríe con ternura y nos abrazamos. Este momento se siente perfecto. Mi cabeza acurrucada en el hueco de su hombro, sus fuertes brazos rodeándome. No puedo creer que esto es lo que voy a tener todas las mañanas a partir de ahora.

Nos separamos después de unos momentos perfectos.

—Aunque estoy seguro de que Jayden va a poner resistencia. Adora a Ana —dice Emory, aligerando el ambiente.

Me río. —Seguro que seguirán siendo amigos. Podemos hacer citas de juego por Zoom. Y además, volveremos de visita.

Él asiente. —Por supuesto.

Somos bendecidos con unos minutos más de simplemente hablar y estar acostados en la cama. Jugando con el cabello del otro, mirándonos a los ojos, esperando que comience el día. Pero, por supuesto, no podemos quedarnos en el paraíso para siempre.

El repiqueteo de pequeños pies contra los suelos de madera anuncia la presencia de Anastasia antes de que abra la puerta de golpe.

—¡Buenos días! —exclama en voz alta y corre hacia la cama.

—¡Nos encontraste! —exclama Emory, pero hay una sonrisa en su rostro.

—Por supuesto que sí. Soy una maestra rastreadora de dragones —explica con naturalidad antes de saltar a la cama. En lugar de sus habituales saltos y alborotos, me sorprende que se arrastre hasta Emory y se acurruque en sus brazos.

Se ven tan perfectos juntos, padre e hija. Hay tanto amor ahí. Al ver esto, una parte de mí sigue enfadada conmigo misma por mantenerlos separados. Pero otra parte está simplemente agradecida de que todos nos hayamos encontrado de nuevo. Mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas mientras los observo, Anastasia tan feliz de estar cerca de él, Emory tan feliz de que ella lo haya dejado entrar.

Parpadeo rápidamente e intento pensar en una forma de distraerme para no emocionarme demasiado. Desayuno.

Aplaudo con las manos. —Bueno, ¿qué tal si desayunamos una deliciosa avena?

Con la mera mención de una comida saludable, ambos se giran hacia mí inmediatamente con un ceño idéntico. Incluso siendo la mala de la película en este momento, mi corazón se hincha con la idea de que están creando un vínculo. Creo que nunca he sido más feliz que en este momento.

Epílogo

Emory

Cinco años después

—¡Cumpleaños feliz! —canto en voz baja mientras la sala termina la canción y aplaude. Noah intenta con todas sus fuerzas soplar las dos velas moradas sobre su absurdamente elaborado pastel de dinosaurio, pero mayormente termina escupiéndolo. Se escuchan algunas risas dispersas. Cuando se inclina hacia atrás para intentarlo de nuevo, disimuladamente le ayudo con un soplido. Las velas se apagan y todos aplauden.

Me mira con orgullo y le sonrío.

—¿Qué deseaste, hijo?

Rebota en su taburete y uso mis manos sobre sus hombros para estabilizarlo.

—¡Es un secreto!

Nunca me cansaré de escuchar su vocabulario torpe y en constante crecimiento. Le doy unas palmaditas en la cabeza, donde algunos rizos oscuros se levantan en su habitual desorden capilar. No importa cuánto intente Angelica domarlo, su pelo siempre encuentra la manera de hacer lo que quiere.

—¿Te gustaría hacer los honores? —Angelica sonríe y arquea una ceja mientras me ofrece el cuchillo para el pastel.

Niego con la cabeza. —Absolutamente no. Todo tuyo, ángel. —Le guiño un ojo. Nadie quiere cortar el pastel nunca.

—Puaj, papá... —Anastasia hace un puchero al otro lado de la mesa—. ¿Por qué siempre la llamas así?

Le sonrío con burla. —¿Cómo no hacerlo? Quiero decir, ¿ves este halo? ¿Esas alas? —Señalo dramáticamente los adornos aparentemente invisibles.

Pone los ojos en blanco. —No, no están ahí.

Miro de nuevo a Angelica. —Supongo que solo yo puedo verlos. En fin.

Nos sonreímos con amor y le doy un tierno beso en la mejilla. Ana hace un ruido de asco. Ya estamos acostumbrados a este punto.

Mientras tanto, Noah de alguna manera ya tiene glaseado azul por toda la boca y las manos. Supongo que se ha impacientado. Agarro una servilleta y empiezo a limpiarlo mientras Angelica se pone a cortar y servir el pastel.

Milo y René se acercan a la mesa del pastel, y Ana se distrae con la hija de ellos, corriendo a jugar afuera. Las dos se han hecho amigas rápidamente. René es la socia de Angelica en el bufete que fundó hace un año. Se conocieron en la facultad de derecho, creo. Con los años adicionales de experiencia de René y mis contactos, el bufete va bien. Me costó mucho convencer a Angelica para que finalmente se lanzara. Ni siquiera se presentó al examen de la abogacía hasta después de que naciera Noah. Decía que era feliz, que estaba contenta con su situación, pero yo sabía desde el momento en que la conocí que había más en ella que eso. Tiene empuje, pasión. Creo que quería tener más libertad en su carrera mientras Ana crecía y cuando Noah era más pequeño. Pero desde que aprobó el examen, no hay quien la pare.

Angelica le pasa el pastel a la pareja y se distrae charlando. Yo solo asiento y pienso en lo afortunados que somos. Nunca quise expresarle esto a Angelica, pero hubo resistencia por parte de la junta para abrir una sucursal aquí en Pensilvania. Nadie quería asignar un montón de recursos adicionales solo para adaptarse a mi vida personal. Me costó mucho trabajo incluso hacer que la idea despegara. Pero sorprendentemente, la empresa lo necesitaba. Rhodes ha estado creciendo como loca, y tener otra sucursal ha sido la única manera de mantenernos al día con la carga de trabajo. Baste decir que a los dos nos va muy bien económicamente. Le he dicho esto a Angelica desde el principio, pero con mis ahorros, podríamos jubilarnos cuando quisiéramos. Pero ninguno de los dos quiere. El trabajo nos mantiene activos. Somos el tipo de personas a las que nos gusta mantenernos ocupados.

La puerta principal se abre de golpe con un sonoro "¿Dónde está mi Noah?" y ni siquiera tengo que mirar para saber que es mi padre. Noah corre a abrazarlo. Por supuesto, tiene un enorme

regalo envuelto en sus brazos. No es que los niños necesiten más juguetes. Los malcría por completo. Ha estado viviendo cerca desde que salió de rehabilitación, poco después de que Adam ingresara. Y está claro que sus prioridades han cambiado. Ha cambiado del hombre que solía ser. Nos visita todo el tiempo, para cenas, noches de películas, los lleva a tomar helado, hace cualquier cosa que pueda para pasar tiempo con ellos.

A veces me entristece no haber tenido esa faceta suya cuando era niño. Pero entonces recuerdo el día que conoció a Ana, el día después de que le dieran el alta. Cómo la miró una vez y las lágrimas empezaron a brotar. Cómo ella intentó consolarlo, sin saber siquiera por qué lloraba. Sin saber lo que me diría más tarde: que se parecía tanto a mi hermana cuando era más joven que inmediatamente supo que tenía una segunda oportunidad para ser mejor.

Sonrío mientras Noah lleva a mi padre de la mano al patio trasero, suplicándole que lo empuje en el columpio. Entonces siento una mano en mi hombro.

—Oye, tío, creo que me voy a ir.

Me giro para mirar a Adam. Ha estado rondando, haciendo charla intrascendente pero generalmente pareciendo nervioso. Suele estarlo en cosas como esta. Creo que todavía está aprendiendo a confiar en sí mismo de nuevo.

—¿En serio? Ni siquiera has probado el pastel. —Intento ofrecerle un poco, pero lo rechaza con un gesto. Me entristece verlo así, tratando de ser parte de la familia pero conteniéndose por un miedo subconsciente a sí mismo.

Pero justo cuando está abriendo la boca para responder, presumiblemente para dar algún tipo de excusa para irse, Anastasia vuelve corriendo por la puerta.

—¡Tío Adam, tienes que ver esto! El abuelo trajo un pogo. ¡Tienes que probarlo!

Me mira nerviosamente, y asiento.

—Supongo que puedo quedarme un poco más. ¡Muéstrame lo que tienes! —La vida empieza a volver a su voz mientras Ana lo toma de la mano.

Por alguna razón, él siempre ha sido su favorito. Siempre se ha sentido atraída por él, y tienen una buena conexión. Nunca le permite alejarse de ella. Creo que es parte de mi hermana hablando a través de ella, diciéndole quién necesita ayuda, y ella siempre la ofrece sin que se lo

pidan. Es irónico que su relación comenzara con él siendo una amenaza para ella, pero sé que él también ha cambiado. Confío en él. Ha trabajado duro para mejorar.

Sin embargo, antes de que puedan salir, se escucha el sonido inconfundible de un tenedor golpeando una copa. —¿Puedo tener la atención de todos, por favor?

Me sorprende ver a Angelica dominando la sala. Todos la miran expectantes: Jackson, Lisa, Jayden, Camry y sus padres, Ana, Adam, todos los amigos del trabajo de Angelica, incluso papá y Noah vuelven a entrar. Nadie parece tener idea de lo que está pasando. Miro a Camry inquisitivamente —ella siempre es la primera en saber— pero solo se encoge de hombros.

—Tengo un anuncio que hacer —mira hacia mí—. No se lo he dicho a nadie. Ni siquiera a Emory. Quería hacerlo cuando estuviéramos todos juntos, como familia.

Le sonrío, pero mi expresión es suplicante, con las cejas juntas. Esto me está poniendo nervioso.

Se vuelve hacia la sala. —Estoy embarazada —antes de que la sala pueda reaccionar, me mira con una expresión de puro amor y alegría, colocando delicadamente una mano sobre su vientre —. Vamos a tener otro bebé.

Mi rostro se ilumina con una sonrisa mientras todos nos vitorean. Me pongo detrás de ella y la abrazo, mi cabeza en su hombro, mis brazos rodeando su cintura. Y mientras todos nos felicitan, me pierdo en mis pensamientos.

Nunca creí en esa mierda que dice la gente sobre "Cuando encuentras a la persona correcta, lo sabes". Pero encontré a la persona correcta. Y ahora sé que ninguna cantidad de mujeres al azar, fiestas o dinero podría hacerme más feliz de lo que soy en este momento, con mi familia a mi lado. Sé que cada elección que hice hasta ahora, por más estúpida o cruel que fuera, fue correcta, fue para mejor. Y sé que una sola noche, hace nueve años, cuando conocí a la mujer con la que estaba destinado a casarme, cambió toda mi vida para mejor.

Sé que atesoraré cada segundo.